

EMBARCA PARA NO
DESAPARECER



FINISTERRE

LO QUE LA MAREA SE LLEVA, NO REGRESA

JANA V MORENO

FINISTERRE



Jana V. Moreno

Copyright 2024. Jana V. Moreno.

Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Calice, Servicios editoriales, Luce Monzant.

Maquetación: Calice, Servicios editoriales, Tina Monzant.

Edición: enero 2024.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular de los derechos de autor. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Sobre el autor](#)

“Por el viaje desastroso a Formentera, donde pensé que el barco no encontraría tierra firme y entendí el significado del mareo.”



Capítulo 1

Bienvenidos a Finisterre



Arrastraban sus pies por tierra firme, donde pocas veces pisaba. El desconcierto se percibía en sus ojos azules, que cristalinos divisaban a lo lejos la cantina en la que ahogaba las penas ese lobo de mar solitario y tosco.

Jadeando expulsaba el olor al *whisky* que degustaba segundos antes con la premisa de marcharse a la cama con alguna mujer dispuesta a cobrar una razonable suma de dinero. Sin embargo, sujeto por los brazos, su destino terminó en un furgón de cristales tintados y asientos de cuero, propios de una limusina.

A cada lado se sentó uno de los hombres que lo acompañaban. Ambos de rostros cubiertos y con pistolas amenazantes en sus manos, que le impedían moverse. Frente a él, una hermosa mujer con una melena rubia y lisa observaba unos papeles con tranquilidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Khaled—. Para una vez que toco tierra firme y me rapta una secta.

—No somos una secta, capitán. —La mujer se cruzó de piernas y arregló su falda sobre las rodillas. Acto que pudo embelesar, de forma breve, al hombre de mar que tenía al frente—. Estábamos buscando a alguien como usted. Nos dijeron que, junto a su navío, ha sobrevivido a las peores situaciones y no perdió ni un solo tripulante.

—Así es.

—Sorprendente.

—Astucia. —El capitán se acomodó en el asiento y ojeó leve a los matones que lo tenían preso—. Para halagarme no hacía falta que me raptaras. Con que me invitaras una copa hubiera sido suficiente.

—Ya veo que lo suyo también es la labia, capitán Khaled Turner. —Se encogió de hombros ante las palabras de la mujer. Esta formó una suave sonrisa en sus labios teñidos de carmín rojo—. Necesitamos su ayuda para un programa de reinserción social.

—¿Cómo? —La mujer le entregó los papeles que constaban de fichas policiales de reclusos cuyo destino, esa misma semana, era la silla eléctrica. Los antecedentes no eran prometedores y el ceño del capitán se frunció al instante.

—Somos una empresa que quiere demostrar al mundo que cualquier humano tiene capacidad para ser rehabilitado.

—¿Y me ve a mí como el encantador de perros? No, mejor. El hombre que susurraba a los asesinos. —Lanzó los papeles sobre el asiento—. Esos hombres no van a subir a mi buque. Hemos servido como escuela de verano, turismo, dependiendo de qué nos entregaba más dinero, pero esto no.

Intentó levantarse, sin embargo, las armas se cargaron y entendió que debía volver a sentarse. Tragó seco.

—Capitán, esas personas necesitan disciplina y usted es el indicado. Lejos de la civilización conseguirán tener un futuro. Piense en el prestigio que recibiría después si lo logra. —Khaled suspiró y negó con la cabeza. Sabía que no era una propuesta—. Por si no se ha dado cuenta, no le estoy preguntando.

—Por si no se ha dado cuenta, no tengo nada que perder y preferiría morir a infestar el Finisterre con reclusos que deberían morir por sus crímenes.

—Se equivoca, capitán. Sí tiene algo que perder. —La hoja que le entregó fue el detonante para que el rostro del capitán cambiara y se viera tenso—. ¿Recuerda a la mujer que sale en el informe?

—Katherine —pronunció en voz baja. Tuvo que carraspear para aclararse la garganta. Había sido la única mujer que le hizo dudar de si debía seguir en el mar o no, no obstante, su verdadero amor estaba entre las olas y los miles de lugares por visitar. La abandonó sin saber nada de ella por dieciocho años.

—Me alegra comprobar que la recuerda a pesar de su comportamiento nefasto con ella.

—¿Qué le habéis hecho?

—A ella nada, porque falleció hace un año. —Los labios del capitán formaron una fina línea, se le cortó la respiración por un momento—. Pero dejó atrás a alguien que tiene mucho que ver con los dos. Vuestra hija.

—¿Disculpa? ¿Una hija? —Se le desenchajó la quijada—. No puede ser.

—¿No? ¿Está seguro? —Frente a él, la fotografía de una mujer joven mostraba rasgos indiscutibles de los dos. Se pasó ambas manos por su pelo marrón y canoso para luego dar un suspiro. Le asustaba más esa fotografía que los hombres sentados obligándolo a permanecer en ese vehículo—. Se llama Kayla Phillips. Obviamente no tiene tu apellido porque desapareciste, aunque dime, ¿serías capaz de dejar a tu hija en nuestras manos sin cooperar?

—¿Dónde está? —La voz de Khaled sonaba rasgada. El sentimiento de furia que sentía al saber que la estaban usando para sus fines, le incendiaba la mente—. Quiero verla, ahora.

—Como imagina, capitán, está a nuestro cuidado. Tuvimos que internarla en nuestro centro psiquiátrico después de tener momentos de agresividad tras la muerte de su madre.

—Son unos hijos de puta —susurró.

—¿Cómo dijo?

—¡Que son unos hijos de puta! —Las pistolas se posaron sobre la sien del capitán, sin embargo, él no bajó la cabeza y tampoco mostró cambios en la furia que encerraban sus ojos claros—. ¿La habéis encerrado durante un año para poder manipularme a mí?

—Estaba en medio del océano, capitán. Solo teníamos que esperar a que regresara. —La mujer sonrió al ver como Khaled arrugaba la nariz con hastío—. Como premisa de que se ocupará de la supervivencia de todos los nuevos tripulantes de su barco, le informo que su hija viajará con usted.

—¿Cómo va a ir mi hija con un montón de reclusos? ¡¿Está loca?!

—No se ha preocupado por ella durante dieciocho años, no se esfuerce ahora.

—¡Porque no sabía que existía!

—¿Es un sí a nuestra propuesta? —La mujer extendió la mano frente a Khaled. Él suspiró. El hecho de tener una hija cambiaba el rumbo de sus pensamientos. Frunció el ceño y con rabia elevó el brazo; sin embargo, las manos no se tocaron.

—¿Usted viene? —La mujer asintió—. Genial, ¡vaya mierda de viaje! —No le estrechó la mano, la dejó caer y entornó los ojos—. Mañana a las seis de la mañana en el puerto, todos. Si mi barco zarpa y alguien queda en tierra firme no seré responsable. Dígame la duración del trabajo.

—Tres meses. No se preocupe, capitán, seremos puntuales. —Al fin, los matones le dejaron paso para salir del furgón—. Hasta mañana, y manténgase fresco, no queremos a un capitán con resaca.

El vehículo arrancó y dejó a Khaled descompuesto.

—¡Capi! —lo llamó su mano derecha en cada travesía. El hombre de pelo por completo canoso levantaba una botella de vino con una mano mientras rozaba los hombros de una exuberante mujer con la otra—. ¡Tienes que venir a la fiesta, Khaled!

—Recoge tus cosas del motel, Saúl —respondió el capitán con sequedad. La sonrisa del compañero de travesía de Khaled se esfumó al segundo.

—Espera, acabamos de llegar.

—Zarpamos mañana a las seis de la mañana, obedece. —Pasó de largo sin siquiera mirar a Saúl y a la mujer.

—Pero, Khaled, espera. —Dejó a la mujer con una disculpa y un beso en los nudillos y siguió al capitán, su amigo, rumbo al puerto—. ¿Qué demonios te pasa? Es extraño que rechaces una fiesta así, después de tanto tiempo sin pisar tierra. ¿Sabes las mujeres hermosas que hay en ese bar?

—Tengo una hija. —El hombre que lo acompañaba detuvo sus pasos y se tambaleó por un momento.

—¿Qué?

—¡Que tengo una hija! —gritó el capitán. La palidez de su compañero se dibujaba en desesperación para Khaled—. Dios, quiero estar más borracho de lo que estoy en este momento.

—¿Quién te ha dicho eso? Quizá te metieron algo en la copa.

—No. —Se pasó una mano por el pelo y bufó.

—Sin una prueba de paternidad no puedes asegurar nada.

—Es igualita a mí, joder —Khaled habló de forma apresurada—. No hay duda de que es hija mía y de Katherine.

—¿Katherine? ¿La que abandonaste? —Asintió—. Pues estará contenta tu hija.

—Ese comentario no hacía falta en este momento. —El capitán volvió a dirigir sus pasos hacia el puerto—. Ya sabía yo que volver a tierra firme era mala idea.

—¿Por eso quieres huir a las seis? ¿No puede ser más tarde?

—No voy a huir, ella viene con nosotros.

—¿Te has vuelto loco?!

—Katherine murió.

—¡Te doy el pésame, pero somos marineros! ¡No sabemos tratar con mujeres a no ser que les paguemos! —Khaled detuvo sus pasos y lo observó con furia.

—¿Comparas a mi hija con una puta?

—¡No, no! —La sangre del compañero dejó de fluir con normalidad. Levantó las manos con un espaviento como muestra de tranquilidad—. Relájate, estás demasiado alterado. Solo digo que nosotros no estamos preparados para criar a nadie.

—Tiene dieciocho años, ya es mayorcita.

—No lo suficiente. —Saúl siguió de vuelta los pasos del capitán—. ¿Qué le vas a enseñar?

¿A no vomitar en medio de una tormenta? ¡Khaled, por Dios! Nosotros no servimos para tener familia.

—Tampoco para rehabilitar reclusos y es lo que vamos a hacer.

—¿Cómo?!

Los ojos verdes del recluso se resentían cuando al fin vieron la luz del sol en la mañana. Tuvo que pestañear varias veces para poder acostumbrarse al reflejo de la luz sobre los coches patrulla. Las manos le sudaron y las muñecas se aliviaron al sentir la liberación de las esposas de hierro que, en ocasiones, le cortaban la circulación.

La vista estaba puesta en él, incluso la de los reclusos que lo acompañaban. Observar a alguien con medio rostro desfigurado por completo, no era común ni agradable, mas el morbo humano les provocaba fijación en ese lado cicatrizado, pero arrasado por el fuego.

—Allá donde vas causas furor, Jared —comentó uno de los compañeros, para luego reír a carcajadas. Él no respondió ni cambió su seriedad—. ¿No es genial que vayamos a durar al menos tres meses más?

—¿No te parece extraño? —preguntó Jared. El compañero se encogió de hombros sin entender la pregunta—. ¿Por qué a nosotros? No merecemos una segunda oportunidad, Misael. Lo sabes.

—¿No puedes detenerte a pensar que quizá sea suerte?

—No lo es. —Fijó la mirada en los prisioneros que se unían al grupo—. Somos los del ala psiquiátrica, los que hemos cometido los peores crímenes. Si quieren rehabilitar reclusos, ¿por qué empezar por los más difíciles?

—No sé, Jared. —Misael suspiró con cansancio—. Disfruta sin pensar tanto, ¿quieres?

Uno de los reclusos, empezó a gritar al sentir sus manos libres. Con emoción tocó tierra, pero cuando se levantó y empezó a correr con el fin de escapar, un tiro certero en la cabeza terminó con su vida.

—¿Todavía crees que a esta gente le importa que vivas o no? —le preguntó Jared a su compañero. Este, por primera vez, se mantuvo en silencio.

Los tacones de la mujer rubia se escucharon en el silencio que había dejado tras de sí aquel disparo.

—Soy Ruth Wilson, la encargada de que el proyecto salga adelante —se presentó—. Como ven, deben colaborar. Sus días iban a terminar esta misma semana, si no están dispuestos a seguir el programa de rehabilitación... —Señaló el cadáver del prisionero—. Vuestro final será el que ya estaba escrito. Así que, tengan un comportamiento ejemplar y nada malo pasará.

Khaled miraba la hora en su reloj de pulsera. Esperaba que llegaran tarde, lo ansiaba. Dormir había sido imposible para él y su compañero en las travesías. Ambos se habían quedado en trance en la cubierta del barco y no fueron capaces si quiera de gesticular palabra.

Cuando los coches patrulla llegaron, el capitán se llevó la mano a la frente con desesperación.

—¡Qué bonito se está quedando el día! —dijo con sarcasmo Saúl.

—Quiero estar borracho —balbuceó el capitán.

—Podríamos estarlo, pero no, prefieres ser correcto.

Cundo Khaled divisó a la mujer rubia del día anterior, sus suspiros de cansancio se volvieron más pesados. Un coche negro se detuvo, y sus puertas fueron las primeras en abrirse

antes de que los reclusos bajaran de los vehículos.

Las ruedas de una maleta sonaron junto a los pasos de una chica joven, morena, de media melena y ojos azules. Saúl no tuvo que preguntar. Con un solo vistazo, supo de quién se trataba. Khaled suspiró hondo. Le recordaba a Kat, por quien todavía tenía sentimientos encontrados, aunque ya no estuviera viva.

Ruth acompañó a la joven con amabilidad, hasta detenerse frente al capitán. Él se quedó en silencio. Solo la observaba, las palabras lo habían abandonado.

—¡Hola, pequeña! —exclamó Saúl con una voz chillona—. ¿Sabes quién soy? El tío Saúl. ¿Verdad que te vas a portar bien? ¿Verdad que sí? ¡Buena chica!

—Para, no es un perro —ordenó Khaled. A ese punto, su hija ya mostraba un nivel de cabreo que, con solo la mirada, perdonaba la vida a Saúl.

—Qué hermosa reunión familiar —se burló Ruth. El capitán elevó la mirada hacia ella y entrecerró los ojos. Que no la soportara le producía gracia—. Los dejaré solos en lo que bajan los reclusos.

El silencio imperó en ambos cuando la rubia se retiró. Saúl observó al capitán, a su hija y repitió el acto varias veces. Colocó las manos tras la espalda y dio un paso al lado para alejarse de la tensión asfixiante que se sentía alrededor de ellos.

—Hola —pudo decir el capitán.

—Hola.

—¿Traes mucho equipaje?

—Poca cosa.

—¿Te ayudo? —Se agachó para tomar la maleta, pero la joven la retiró.

—Descuida, puedo sola. He podido sola toda mi vida. —Señaló el buque—. ¿Puedo ir subiendo?

Khaled asintió y la dejó marchar sin decir ni una sola palabra más.

—Qué mala suerte que salió con tu carácter, capi —comentó Saúl.

—No eres para nada gracioso. Ve a bajar el resto de su equipaje.

—Pero ella dijo que no necesitaba ayuda.

—¡Saúl!

—Voy.

Los prisioneros se agruparon en el exterior del buque. Saúl los observaba mientras cargaba las maletas. Algunas más grandes que él. Pasó entre los hombres, hasta encontrarse con Jared. El sobresalto fue tal que todo el equipaje se le cayó.

—¡Ay, Dios santo bendito! —exclamó el marinero.

—Dios hace mucho que nos abandonó —susurró Jared con voz baja y gruesa.

Saúl forzó una sonrisa y se apresuró a recoger las maletas para llegar con el capitán de nuevo.

—Tírame a los tiburones cuando zarpemos, por favor —le rogó—. Esto es demencial.

—Me estás poniendo más nervioso de lo que estoy —Khaled bufó y señaló el barco—. ¡Ve a dejar las malditas maletas y quédate ahí!

El Capitán suspiró aliviado cuando su compañero obedeció. Sin embargo, su paz terminó pronto cuando la mujer rubia volvió a su lado.

—Creo que no me presenté ayer —comentó.

—Los alacranes no necesitan presentación. —Después de la breve sorpresa, Ruth iba a responder, pero él calló sus palabras—. ¿Están todos?

—Sí, pero... lo que ha dicho no está bien. —El capitán la ignoró y se posicionó frente a los reclusos—. ¡Oiga!

—Soy al capitán Khaled Turner —pregonó, dejando a un lado los reclamos de Ruth—. Las normas en el buque son fáciles. Se respetan los horarios y no se hace nada que yo no ordene. Si en medio de la travesía dijese que deben dejar de respirar, lo harán, porque la mayor autoridad sobre ese buque, soy yo —dijo tajante, observando de reojo a la rubia que lo acompañaba—. Nadie más. —Volvió a observar a los prisioneros—. Cualquier mal acto, servirá para alimentar a los peces. ¿Está claro? —El silencio lo aturdió—. ¡Tienen que responder con un sí, capitán!

—¡Sí, capitán! —obedecieron a coro.

—Bienvenidos, al buque Finisterre.

Capítulo 2

La tormenta



La oscuridad de la noche mecía el buque Finisterre y el mar se apaciguaba cuando chocaba con la madera. Al mando, Khaled no descansaba. Trazaba una ruta de tres meses con opciones de abordar en varios embarcaderos para repostar combustible y alimentos. De un momento a otro, sus pensamientos se perdieron. Dejó el mapa en el que trazaba coordenadas y suspiró. Sus ojos claros se empaparon de lágrimas que intentó detener. El recuerdo de Kat ardía en sus venas y únicamente en la soledad fue capaz de reaccionar y admitir que no la vería nunca más. Dieciocho años no fueron suficientes para olvidarla. Ni siquiera las mujeres que tocaron su piel durante tantas travesías lograron borrar la marca profunda que dejaron las uñas de porcelana de la mujer por la que sabía lo que era amar.

El arrepentimiento no borraba el pasado y tampoco el presente. Su actitud infantil lo había orillado a perderse la vida de su hija. Esa que tenía tantas similitudes con él, que podría haberla reconocido sin una presentación previa.

Detuvo motores, dejó caer el ancla y bajó a los pasillos de los camarotes vigilados por guardias policiales armados hasta el cuello. La vista de su buque infestado de maleantes tensaba su cuerpo, pero más el hecho de que Kayla no había querido dirigirle la palabra en todo el viaje.

Se detuvo frente al camarote de su hija, justo al lado del suyo. Se había encargado de tenerla cerca para que no le ocurriera nada. Aunque ella no lo supiera, la habría cuidado y se hubiera quedado en tierra firme de saber que iba a nacer. Levantó la mano, quiso llamar, mas la cobardía le aflojó el brazo. Se pasó una mano por el pelo y suspiró. ¿Cómo podía arreglar dieciocho años de ausencia? Tantos cumpleaños, tantas navidades, fines de años. Tantas etapas quemadas sin una figura paterna.

—¿Es su hija, capitán? —preguntó una voz masculina desde una esquina sombría del pasillo. Jared permanecía sentado en el suelo, con una pierna flexionada, la otra estirada y los brazos cruzados.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Khaled—. Deberías estar en el camarote.

—Los ronquidos de mi compañero me están poniendo nervioso y creo que es demasiado pronto para cometer un asesinato en este buque, ¿no cree? —El capitán arqueó las cejas e intentó ignorar su cinismo. Volvió a observar la puerta con anhelo—. ¿No sabe golpear una puerta?

—¿Te crees gracioso? —Jared se encogió de hombros—. Vete a dormir.

—Si fuera tú, llamaría. Es mejor tarde que nunca y es duro criarse sin padres. —Jared se levantó y sacudió sus ropajes grises—. Te lo dice alguien que está completamente solo.

—Siento eso.

—No lo sientas, yo mismo los maté. Míralo por el lado positivo, no creo que ella quiera matarte.

Al capitán se le desencajó la mandíbula. Observó al recluso hasta que pasó la puerta de su camerino. Un pequeño escalofrío lo acompañó hasta que la puerta sonó al ser golpeada por sus nudillos. Los pasos de la joven le aceleraron el pulso. Tragó saliva y el nudo de la garganta no se disipó. Ya se había quedado sin palabras como la primera vez que la vio.

—Hola —saludó ella al recibir a su padre.

—Hola.

—¿Vas a preguntarme de nuevo por el equipaje?

—No. —El silencio se instaló entre ambos. Ella esperaba alguna palabra, pero Khaled no sabía cómo tratarla o de qué forma acercarse a ella para recuperar el vínculo que debería haber tenido con ella toda su vida—. Yo... lo siento.

—¿Qué sientes?

—Lo que le pasó a tu madre, Kat era todo lo que estaba bien en la vida.

—Entonces, ¿por qué la abandonaste? —El capitán suspiró. Era un inmaduro y un cobarde, no estaba en sus planes centrar cabeza, pero tampoco admitir que se había equivocado. Su silencio dolió en el corazón de Kayla—. Ya veo que ni siquiera tú lo sabes.

—De haber sabido que estaba embarazada yo...

—¿No te hubieras ido? —lo interrumpió—. Creo que hubieras huido con más razón.

—Te equivocas.

—Creo que no, Khaled. ¿Sabes por qué murió? —Negó con la cabeza—. La depresión que le formaste acabó con su vida. Siéntete orgulloso de haber asesinado a la mujer que amaste y a la madre de tu hija. No te disculpo, no pude tener peor padre que tú.

La puerta del camarote fue azotada frente al rostro del capitán. El nudo de su garganta creció y en una milésima de segundo su mejilla se mojó con una lágrima traicionera que limpió con la manga de su camisa.

Un golpe de consolación en su brazo lo hizo voltear y fijarse en Saúl. Le mostró una botella de bourbon y dos vasos de cristal.

—Vamos, capi, creo que necesitas hablar. —Khaled mostró una suave sonrisa y aceptó la invitación de su compañero.

En el bar del buque no eran los únicos despiertos. Eliza Kramer llevaba años trabajando en la cocina del Finisterre. Acostumbraba a tratar con los dos marineros, con toda la tripulación, no obstante, por algún motivo, esa travesía la estaba inquietando. Removía la manzanilla con ahínco. Tomaba pequeños sorbos sin que los latidos de su corazón se calmaran.

Cuando observó a ambos amigos llegar, les dedicó una suave sonrisa. Se recogió el pelo, que pelirrojo brillaba bajo la tenue luz de una lámpara sobre la barra.

—¿Pretendes enamorarnos, Eli? —preguntó Saúl. Ella entornó los ojos.

—Claro, a los dos. Así me verán como una mujer moderna. —Las risas de los tres amigos se escucharon por todo el salón, sin embargo, la amargura llegó pronto al rostro del capitán—. ¿Qué te pasa, Khaled?

—Kat murió por mi culpa —contó. Mojó los labios en el licor—. No merezco el perdón de mi hija. Ojalá pudiera cambiarme de sitio con su madre. Dudo que pueda ser un buen padre si ni siquiera fui capaz de poner en orden mi vida.

—No digas eso, Khaled —lo animó la cocinera—. Has sido capaz de llevar este buque por años, contra tormentas, mareas, dificultades increíbles, así que eres capaz de ser padre.

—Nos cuidaste a todos como nadie —admitió Saúl—. Y eso que yo soy un viejo cascarrabias que se unió a tu tripulación al quedarse en la bancarrota. ¡Y, mírame, sigo vivo!

—Eso es un milagro, tratándose de él —Eli siguió la broma. Los labios de Khaled se arquearon y formaron una sonrisa tímida repleta de dolor—. Cuando te conozca mejor, sabrá el padrazo que le tocó. No te preocupes y dale tiempo. Tienes tres meses para lograrlo, no puede salir de los veinticuatro metros de eslora.

—Gracias por los ánimos, chicos —agradeció el capitán—. Creo que me siento un poco mejor.

—¡Por el capi! —Saúl levantó la copa.

—¡Por el capitán! —siguió Eli.

—Por el Finisterre. —Khaled chocó la copa, terminando con el brindis.

Después de varias copas más, chistes sin gracia y brindis inventados, se retiraron a los camerinos para descansar. Junto a ellos, los vigilantes de los pasillos tomaron rumbo a su camerino comunitario. El buque quedó en completo silencio, si no fuera por el sonido de las olas que poco a poco se embravecían más, testigos de una cercana amenaza.

Jared no conseguía dormir y el motivo era mucho más preocupante que los ronquidos sonores de Misael. Nada encajaba en su mente y el no tener la situación bajo control no era de su agrado. Permanecía acostado, con las manos atrás de la cabeza y una sensación de impotencia absoluta. Esperaba. Una mala noticia, algo que le asegurara sus sospechas. Ese sentimiento de haber entrado de forma voluntaria a una ratonera.

El barco empezó a sacudirse. Las olas lo arrastraban a pesar del ancla. Jared rodó por la litera y cayó a cuatro patas en el suelo. Su compañero se despertó aturdido y se sujetó de la cabeza.

—¿Qué está pasando? —balbuceó.

—No lo sé. —Tambaleándose consiguió llegar hasta la puerta. Las luces del pasillo parpadeaban y un sinfín de reclusos comenzaban a tener sus primeras náuseas. Dejó atrás el descontrol que se vivía en cada uno de los camarotes que se habían convertido en celdas.

Los oficiales intentaban calmar la situación, pero el barullo era cada vez más notorio. La puerta del camarote de Kayla se abrió y observó a Jared pasar por el frente, a toda prisa. Pretendía llegar a cubierta para observar de primera mano qué estaba pasando. Con los pies descalzos y en pijama, tomó rumbo detrás de él. Observó el desastre que se vivía en los pasillos y le extrañó que su padre no estuviera mediando para encontrar un remedio.

En la cocina los platos se cayeron y el sonido retumbó por el comedor. La estructura del buque crujía con fuerza con cada ola que lo azotaba. Cuando los pies descalzos de Kayla sintieron la cubierta empapada, advirtió del peligro. El mar estaba furioso e inundaba con sus olas toda la cubierta del buque.

Jared la observó sobre el hombro.

—¿Dónde está tu padre? —Ella negó con la cabeza, asegurando no saberlo—. Esto no me gusta nada.

Un sonido extraño impulsó a Jared a acercarse al borde. El agua alrededor del buque parecía arder. En torno, las burbujas expulsaban humo del agua evaporada, hasta que empañaron la visión alrededor del navío.

Cuando los ojos verdes de Jared volvieron al frente, una luz tenue empezó a dibujarse en el horizonte. Como si de un faro se tratara, la luz se agrandó hasta que el destello lo golpeó con fuerza, al mismo tiempo que lo hizo una ola que sacudió el Finisterre. Jared cayó de espaldas y el

agua lo cubrió. El golpe fue sonoro, por lo que Kayla no dudó en correr hacia él cuando la luz había desaparecido de nuevo y el estallido menguado.

—¿Estás bien?! —Jared, aturdido, visualizó una estrella brillante en el cielo, aunque con el vapor, era imposible ver las nubes. Cuando su visión volvió a la normalidad, observó a Kayla sosteniendo su cabeza.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó. Sangre brotó de su nariz y cuando el sabor metálico empapó sus labios, la repulsión lo obligó a sentarse. Su camisa cobró el precio como pañuelo para limpiarse.

—¿El qué? —preguntó Kayla.

—La luz.

—¿Qué luz? —Estaba a pocos metros de él, era imposible que algo tan vivo no hubiera sido visto por ella. La ansiedad creció en el pecho de Jared—. Está lleno de niebla, no se ve nada.

—No es niebla —aseguró él—. ¿Dónde demonios está el capitán?

Ante la situación, ambos empezaron a buscarlo entre tripulantes perdidos, reclusos mareados y soldados que intentaban mantener la compostura.

Llegaron hasta su camarote y azotaron con fuerza la puerta. La borrachera y el sueño de Khaled fue interrumpido por los gritos y golpes que inundaron su camarote.

—¡Capitán! —gritó Jared—. ¡Es urgente!

—¡Khaled, el buque se hundirá! —exclamó su hija.

El capitán se levantó de golpe. Por suerte, no se había desvestido para acostarse. Con la respiración alterada, observó el pasillo detrás de su hija y Jared. El descontrol que se vivía ante su ausencia.

Una fuerte turbulencia los estampó contra la pared.

—Dios santo —susurró el capitán—. ¡Tripulación, a cubierta, ahora! —Con el control tomado, todos lo siguieron a sus puestos. Saúl se levantó, como si tuviera resorte, al escuchar el grito del capitán—. ¡Aseguren los cabos!

—¡Sí, capitán! —respondieron. Los reclusos siguieron a los marineros, aunque no sabían qué hacer ante una situación semejante.

Khaled intentó observar más allá del buque, pero ese humo extraño no lo dejaba ver nada en lo absoluto. Llegó a los mandos del buque e intentó encontrar las coordenadas que le indicaran dónde se hallaban con exactitud, pues el ancla había hecho poco ante tal tormenta. Sin embargo, el dispositivo de localización presentaba fallas.

—¡Lo que faltaba!

—¡Capi! —Saúl llegó junto a él y observó los mandos—. ¡¿Qué demonios está pasando?! ¡Esto no es una tormenta normal!

—¡Sé lo mismo que tú, Saúl!

—¡Capitán! —gritó Jared.

Cuando Khaled llevó la mirada hacia donde le señalaba, una ola de aproximados veinticinco metros se alzaba frente al barco, se podía divisar por la dispersión del humo que antes les nublaba la vista.

—¡Id a popa, ahora! —ordenó el capitán.

Todos obedecieron y huyeron a la parte trasera del buque; sin embargo, Kayla, absorta y en shock, permaneció unos segundos más sin poder reaccionar. Jared la sostuvo del brazo y la obligó a correr con la multitud.

—¡¿Cuántos metros tiene eso?! —preguntó Saúl.

—No lo sé y cada vez es más grande. —La fuerza del motor no era suficiente para que el barco huyera del hundimiento. Con un fuerte volantazo, el buque se ladeó, aun así, seguía siendo arrastrado por la corriente—. ¡Extiendan las velas!

—¡Khaled, se partirán!

—¡Es la única forma!

Saúl suspiró hondo y salió de la cabina de mando.

—¡Ya habéis oído al capitán, a trabajar, ahora! —Junto con Saúl, tripulantes y reclusos trabajaron para obedecer las indicaciones. Las velas se extendieron y el viento las mecía con agresividad.

—¡Viramos a babor! —ordenó el capitán.

—¡A babor! —comunicó Saúl.

Aunque los reclusos no entendían términos náuticos, siguieron a los marineros hasta tirar de las cuerdas de las velas, de tal modo que girase hacia la izquierda.

—¡Vamos! —gritó Khaled.

—¡Tirad! —ordenó Saúl, con las manos rojas por las sogas.

Kayla sintió que la cuerda le quemaba. Con una ráfaga de viento, la vela se movió y la brusquedad fue suficiente para tumbarla al suelo de rodillas y con las manos ardiendo.

—¡Ah, joder! —Levantó la mirada al observar que alguien más tomaba la cuerda. Jared le ofreció la mano para levantarla y junto con él volvieron a guiar el rumbo de la vela.

De pie en la cocina, el corazón de Eliza se encogía. Los cubiertos permanecían pegados al techo después de elevarse como si una electricidad los estuviera llamando. Con ellos, cada decoración metálica salió volando de forma agresiva. Se sostuvo la camisa a la altura del pecho y respiró agitada. El pánico creció en la mujer, pues había vivido mil cosas en el Finisterre, pero nada parecido a eso.

Los pasos rápidos de Ruth se escucharon junto al lamento y los rezos desesperados de la cocinera. La rubia subió a cubierta, y sin detenerse a mirar lo que estaba pasando, irrumpió en la cabina del capitán en el momento exacto en el que la brújula que reposaba sobre la cabina de mandos también salió por los aires hasta que el techo detuvo su travesía.

—¿Qué demonios? —expresó el capitán tras ver eso. Luego bajó la mirada hacia Ruth—. ¡Deberías estar ayudando a los demás!

—Justo vengo a eso, a ayudar. —Se colocó al lado de Khaled y con las manos temblorosas, sujetó el mapa que el capitán estaba divisando unas horas antes—. Vire a estribor.

—¿Estás loca? —se negó el capitán—. Si hacemos eso, estamos muertos.

—¡He dicho que vire a estribor! —Las lágrimas de la mujer acompañaron a la mano que escondía una pistola, la cual alzó hasta apuntar al capitán—. No me obligue a hacerlo.

Khaled quiso mediar, pero con solo un movimiento leve hacia ella, Ruth cargó la pistola y le apuntó a la cabeza. Las lágrimas de la mujer y la desesperación que mostraba acreditaban cuán capaz era de matarlo con tal de que le hiciera caso.

—¡Viren a estribor! —ordenó Khaled.

—¿Qué? —Saúl observó la ola que se perdía de vista con la altura que había tomado. Tragó saliva y con la confianza ciega en su capitán, y amigo, dirigió a los tripulantes—. ¡A estribor, ahora!

Los segundos fueron angustiantes. El Finisterre rozó la línea que rompía la vida y la muerte. La ola se partió y, en su inmensidad, se dibujó un hueco que surfearon con el buque. Solo los

últimos instantes, los tripulantes fueron empapados por el agua salina que los envolvía. Los tumbó al suelo con la fuerza que solo la naturaleza posee, pero cuando pudieron volver a respirar y abrir los ojos, solo encontraron un cielo despejado y una pesadilla que dejaban atrás, propia de una película de terror.

Sentados en el suelo y por completo empapados, al fin Jared y Kayla tomaron un respiro. Ella extendió su mano para presentarse.

—Me llamo Kayla.

—Jared —respondió. Le estrechó la mano y ambos mostraron una suave sonrisa, aliviados por seguir con vida.

Ruth parecía estar en trance mientras el capitán miraba fijo al horizonte. La brújula cayó y rebotó por el suelo, igual que todos los cubiertos de la cocina.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Khaled—. Usted no ha pisado un barco en su vida, ¿o sí? — Ruth negó con la cabeza y tuvo que apoyarse de la pared—. Entonces dígame, ¿cómo sabía salir de eso? —El llanto de la mujer fue en aumento—. ¡Responda!

—¡No puedo responder!

—¡¿Por qué?!

—¡Capitán! —Saúl irrumpió en la conversación y con orgullo abrazó a su compañero—. ¡Eres un grande de la navegación!

Khaled se quedó en silencio, sin apartar la mirada de acusación hacia Ruth. Ella solo lloraba y miraba al océano de forma desesperada. Estaba aturdida. Cuando el capitán fue liberado por los brazos de su compañero, se acercó a la mujer y tomó la pistola. Ruth no reaccionó hasta que la vio volar por la borda.

—¡Oiga, era mía! —reclamó sin dejar de seguir los pasos del capitán.

—Tiene suerte de que no la lance a usted por la borda, aunque si quiere ir a buscar la pistola, puede hacerlo.

—Espera, ¿una pistola? —Saúl se quedó boquiabierto—. ¿Qué ha pasado?

—Aquí, nuestra amiga militar, creyendo que está en uno de sus campos de entrenamiento. —Se detuvo y levantó un dedo en advertencia hacia Ruth—. A la próxima que me amenace, será la última.

Como capitán no acostumbraba a grandes fiestas cuando alguna proeza lograba que el Finisterre siguiera de una pieza, sin embargo, esta vez fue arropado por todos los tripulantes del navío y gritaron tres hurras por él. Aunque, para Khaled fue mayor premio observar en el rostro de su hija una sonrisa de orgullo con la que lo premiaba mientras lo miraba y alzaba la voz en alabanzas hacia él.

Capítulo 3

La gaviota y el petróleo



La calma del mar acariciaba el Finisterre para que todos pudieran descansar. Después de la extraña tormenta que por poco los arroja al olvido, todos a bordo decidieron tomar aire y regresar a sus camarotes después de una extensa sesión de limpieza. Sin embargo, Ruth no conseguía conciliar el sueño. Tampoco calmar los estrepitosos latidos de su corazón. Las manos le sudaban, el cuerpo le temblaba, daba vueltas sobre la cama de su camarote. Suspiró y se levantó con un nudo en la garganta y el llanto a punto de mojar su rostro.

De entre sus pertenencias, sacó un teléfono móvil viejo, el cual no poseía ni siquiera internet. Apretó la tecla de llamada y caminó como un alma en pena por el camarote, esperando un solo pitido, pero no ocurrió. Ni siquiera saltó el contestador. El teléfono estaba en silencio, como si nadie estuviera al otro lado de la línea. Tampoco un teleoperador que le respondiera para avisar que el teléfono estaba ocupado o fuera de cobertura.

Las piernas le fallaron y se arrodilló en el suelo. Se pasó las dos manos por el pelo y el pesar le inundó el pecho. No pudo aguantar más para romperse para dejar salir el terror y la tensión que guardaba desde que había subido al Finisterre.

Cuando el Sol ascendió por el horizonte, Khaled fue el primero en levantarse a observar el espectáculo. Solía hacerlo siempre que zarpaban. No se perdía ni un amanecer y lo consideraba un tesoro valioso. El inicio de un nuevo día, listo para enfrentar una nueva aventura.

Su presencia por los pasillos antes de subir a cubierta no pasó desapercibida. Ruth lo acompañó unos minutos después.

—Buenos días. —Khaled no respondió—. Es hermoso ver cómo amanece. Un amanecer que seguro ve poca gente.

—¿Qué quiere? —interrumpió la conversación—. ¿Tengo que explicarle con marionetas que no me fío de usted?

Ruth suspiró hondo y se sostuvo la chaqueta, intentaba calmar así sus nervios.

—Ayer me llamó militar, quiero aclararle que no lo soy. Fue la primera vez que sostuve un arma.

—¿Me explica qué hacía con un arma a bordo de mi buque?

—Está lleno de reclusos, capitán, era una forma de defensa. —Khaled arrugó la nariz mientras la observaba. Su desconfianza era palpable—. Yo solo soy una cara bonita con mucha inteligencia, que fue contratada por su cerebro para un proyecto.

—Ya, la reinserción de esos delincuentes. ¿Esa inteligencia es la causante de que supiera cómo sobrevivir a lo de anoche? —Ruth asintió, aunque alejó la mirada del capitán cuando lo hizo—. No le creo. Estaba desesperada y absorta en sus pensamientos. Lo que no sé, es por qué

me miente.

Ruth apretó las manos en puño. La impotencia le superaba.

—Vamos a estar mucho tiempo aquí, capitán. Deberíamos intentar llevarnos bien.

—Tres meses pasan volando, no hará falta.

Saúl los acompañó y les entregó un vaso de café.

—Gracias. —Ruth le sonrió después de agradecerle.

—Pensé que todos lo necesitaríamos, apenas hemos podido descansar —explicó el hombre—. He estado revisando los daños en el Finisterre. Milagrosamente fueron pocos, pero estaría bien revisarlo a fondo en el puerto más cercano.

—¿Funciona el localizador? —preguntó Khaled. El silencio de Ruth dibujó seriedad en su rostro al escucharlos, y miró al suelo.

—A ratos. Según las coordenadas debemos estar cerca de Menorca. Podríamos desembarcar allí.

—Estaría bien, así tomaremos provisiones.

—¿Provisiones? —habló Ruth al fin—. ¿No hay provisiones en el barco?

—Las hay, pero tenía previsto hacer una pequeña parada para recargarlo, no creo que haya suficiente comida para tres meses —explicó el capitán.

—No puede ser. —La mujer empezó a hiperventilar—. ¡No puede ser!

Saúl y Khaled se observaron con confusión. Ruth salió corriendo y ambos la siguieron. Desesperada bajó a la bodega y comprobó la carga. Los pocos suministros alimenticios e incluso de bebida que se encontraba a bordo. El corazón se le subió a la garganta y olvidando el hecho de que se estaba haciendo daño con las cajas de madera, empezó a retirarlas y moverlas de sitio para comprobar el contenido.

—¡Debe de haber más! —gritó mientras el llanto se apoderaba de su ser—. ¡No puede haber tan poco!

—¡Cálmese! —Khaled sostuvo sus brazos, pero a riesgos de hacerle daño no sujetó con suficiente fuerza, por lo que se soltó y comenzó de nuevo su comportamiento frenético—. ¡Sé que asusta estar en altamar, pero tengo previsto detenernos para recargar el buque!

—¡Usted me prometió que cuidaría de nuestra supervivencia! —Se volteó y lo empujó—. ¡Me prometió que se encargaría de todos los que estamos en este maldito barco!

—¡Y lo pienso cumplir! —Khaled le sostuvo las manos y la zarandeó solo un poco para que reaccionara. Bajó el tono de la voz—. Pienso cumplirlo, te lo prometo. No pasa nada, después de tres meses estaremos todos de una pieza.

Las palabras del capitán no fueron suficientes para calmar su angustia. Negó varias veces con la cabeza y lo abrazó por el cuello para estallar y dejar fluir su miedo, y dolor en el hombro de Khaled. Él levantó los brazos con sorpresa. A priori, sin saber cómo reaccionar. Con lentitud, le rodeó la cintura y la estrechó, con el único fin de calmarla. Nada funcionó. Sin embargo, al capitán, los ojos de Ruth se le antojaron a brisa veraniega cuando se fijó en ella y ambos se observaron, sintiendo la tensión en un segundo. Ella entreabrió sus labios y dejó escapar un jadeo. Fue suficiente para darse cuenta del error, lo último que debía de hacer era fijarse con el capitán. Apoyó las manos en su pecho y lo apartó, para luego mirar al suelo mientras se acariciaba el brazo.

Saúl permaneció en la puerta de la bodega y miró la escena. Suspiró hondo y se retiró, esa desesperación de la mujer no olía bien y sabía bien que lo vivido la noche anterior no era algo normal. Llegó al comedor, donde Eli preparaba el desayuno. Sin embargo, las ojeras de la mujer

pelirroja eran más visibles que sus propios ojos.

—Eliza, ¿estás bien? —preguntó Saúl. Ella negó. Lo tomó del brazo y lo llevó a la cocina para hablar con él en privado sin que los reclusos o los tripulantes a bordo dieran la voz de alarma.

—¿Qué se supone que vivimos anoche? —preguntó la señora.

—Con sinceridad, no lo sé. Jamás había visto algo igual.

—Los cubiertos se pegaron al techo —contó—. Como si hubiera un imán que atrajera el metal. Algunos se quedaron suspendidos en el aire hasta que pasamos la ola y cayeron. Saúl, siento que algo muy malo pasó anoche.

—La mujer encargada del proyecto está muy rara, inquieta. Creo que tienes razón y no nos tardemos mucho en averiguar qué ocurre.

Una luz parpadeante se observaba en un fondo negro. A los costados un mar oscuro se dibujó para observar el hundimiento de los continentes. Los gritos de la gente resonaban como una alarma de estridente y angustiosa melodía. No hubo tiempo para anunciar el fin de los tiempos. La luz volvió a parpadear, y un sismo lo movió. Lo zarandeó hasta marearlo, su corazón latió tan rápido que, sofocado y dejando atrás ese sueño, Jared se sentó en la cama y empezó a jadear. Llevó las dos manos a la cabeza y calló un quejido. Había sido un sueño, pero tan realista que sentía como la ansiedad le azotaba el pecho.

—¿De nuevo con tus visiones? —preguntó Misael—. ¿Tomaste la medicación anoche?

—Creo que lo olvidé —confesó Jared. De un salto bajó de la litera y sacó las pastillas de su mochila. Tomó un cóctel de cada una.

—Hay muchas, no pensé que estuvieras tan jodido. —Misael se encogió de hombros—. Mi trastorno no precisa tanta medicación.

—Te aseguro que no estás tan jodido como yo. —Guardó las cajas y se quedó pensativo. La luz que lo había tumbado la noche anterior no fue perceptible para la chica que lo acompañaba, por lo que estaba dudando de que hubiera sido real.

—¿Tienes suficientes para tres meses? —Se preocupó Misael—. Esto de dormir en el mismo camarote que tú es un deporte de riesgo.

—Tranquilo, está todo controlado. —Lo calmó Jared. Misael sonrió—. Si no te mato por falta de medicación lo haré antes por tus ronquidos. Es fácil que dejes de respirar usando el cojín.

—Eh, ¿qué? —Jared se marchó del camarote—. ¡Espera! —Lo siguió—. A los demás los intimidas con esas contestaciones, pero conmigo no funciona, científico loco. —Jared lo observó de reojo al llamarlo así, sin embargo, optó por no responder hasta llegar al comedor—. Por cierto, te vi anoche muy protector con la hija del capitán.

—Estamos aquí para trabajar junto con el capitán, no sé tú, pero yo al menos sí quiero vivir cuando regresemos. —Tomó asiento y Misael a su lado.

—Ya, de toda la gente que había tú la estabas protegiendo a ella.

—Es mejor proteger a la hija del capitán para tener mejor puntuación, ¿no crees?

—Claro. —Misael enarcó las cejas con incredulidad.

Kayla pasó frente a los dos en el momento indicado. Cuando Jared levantó la mirada, se encontró con la de la joven fija en él, hasta que el contacto visual la obligó a apartar la mirada y agachar la cabeza. Una pequeña sonrisa se mostró en el rostro del recluso sin siquiera darse cuenta. La misma que se esfumó cuando miró a su compañero y lo observó levantar y bajar las cejas.

—¿Qué? —preguntó Jared.

—¿Cómo que qué? Jared, que no soy estúpido.

—Déjame en paz, estás más insoportable que de costumbre. —Se levantó para coger los platos del desayuno. Agradeció a Eli con la cabeza.

—Te gusta, admítelo. —Misael cogió su desayuno y lo siguió de vuelta. Jared entornó los ojos—. Si te soy sincero, sabes elegir muy bien.

—¿Y qué si me gusta? —admitió—. No voy a permitirme romances absurdos.

—¿Por qué? Es la primera mujer que veo que te observa a los ojos y no a la cicatriz.

—Sí, se siente cálido —comentó. Acompañó sus palabras con un suspiro de resignación—. No importa. No condenaré a nadie más a la muerte.

—Qué extremista eres, de verdad.

En la barra, Kayla se había sentado frente a Eli. Sin embargo, con disimulo observaba hacia Jared, a la vez que fingía arreglarse el pelo.

—Así que tú eres la hija de Khaled —le habló la cocinera. No obstante, la joven no estaba por la labor de escucharla—. ¿Hola? —Observó en dirección hacia donde la joven miraba—. Sí, es guapo.

—¿Qué? —Reaccionó—. Disculpa, es que el vaivén del barco me tiene un poco aturdida.

—Ya, claro, el vaivén.

—Sí. —Dio un pequeño sorbo a la leche.

—Mientes igual de mal que tu padre. —Kayla mostró una pequeña sonrisa escondida por la taza—. Soy Eliza, puedes llamarme Eli.

—Encantada. —Quiso estrecharle la mano, pero la mujer la envolvió con un cálido abrazo.

—¡Estoy muy feliz de que estés aquí! Tu padre necesitaba algo más que un barco, mar y su soledad. Un motivo por lo que seguir, ¿sabes? Últimamente estaba bebiendo demasiado.

—¿Hace mucho que trabajas con él? —Eli asintió con la cabeza.

—Yo estaba aquí cuando lo nombraron capitán, tenía tu misma edad —contó—. Era muy joven, pero el más capaz.

—Ojalá hubiera sido igual de bueno siendo padre.

—No es tarde, ¿no crees? —Kayla se encogió de hombros. Dudaba—. Ya verás que pronto recuperan el tiempo perdido. El capitán es como un osito de peluche. Te encariñas de él con solo un abrazo.

Ruth logró calmarse. Sus lágrimas se limpiaron con la camisa del capitán y suspiró hondo. Cuando se percató de la cercanía con Khaled, detuvo las manos en su pecho y se alejó. El calor se instaló en sus mejillas mientras lo observaba. Tragó saliva y se recolocó la camisa de botones para verse más estable.

—Gracias por... —Hizo una pausa—. El abrazo.

—En realidad me abrazó usted.

—Pero me estrechaste.

—No iba a ser descortés.

—¿Solo me abrazó por educación?

—¿Por qué sino?

Ruth bufó y prefirió marcharse.

—Se me olvidó con quién estaba tratando.

Cuando la había perdido de vista, Khaled sonrió con amplitud. Tuvo que aguantar la risa, aunque una pequeña carcajada fue más fuerte y se escapó, sonando por toda la bodega. Al subir las escaleras, ambos se dirigieron al salón para desayunar, pero con la vergüenza que sentía la mujer ante la última conversación, no tuvo ganas de iniciar otra con el capitán.

Al llegar, el buen humor de Khaled se esfumó al ver a su hija allí.

—Kayla, ¿qué haces aquí? —preguntó. Observó de reojo a los reclusos—. Ordené que te llevaran el desayuno al camarote.

—¿Qué tiene de malo que esté aquí? —Kayla se encogió de hombros—. Veo a gente normal.

—Pues no lo son y yo no voy a arriesgarte.

—¿Pretendes tenerme encerrada en un camarote por tres meses?

—Y por tres años si fuera suficiente con tal de protegerte.

—¿Va en serio? —Kayla bufó. Era evidente que su padre no sabía tratar con gente que no estuviera bajo sus órdenes—. Llevas tanto tiempo en el mar y tan poco en la civilización que no sabes que cuando a una joven le dices que no haga algo, el morbo incrementa y lo hace más.

—¿Eso es una amenaza?

—Una advertencia, no soy uno de tus tripulantes.

Eliza los observaba en silencio. Cuando el desafío fue visual, la mujer quiso mediar, mas Saúl interrumpió la charla. Después de hablar con Eli, llevaba el rumbo del Finisterre en lo que el capitán desayunaba.

—Khaled, es urgente que vengas a la cabina de mandos —informó Saúl.

—Seguiremos esta conversación después, no creas que te librate —advirtió Khaled a su hija.

—Bien, pero yo me quedo aquí.

La sonrisa retadora de Kayla sacó de los nervios al capitán, no obstante, prefirió atender el asunto importante y que, a simple vista, parecía grave.

Los ojos del capitán observaron la devastación desde cubierta. Peces muertos flotaban y rodeaban al Finisterre. Un mar que pareciera haberse muerto a lo largo de la noche. Mientras que podía observar el moribundo océano. Jared lo veía sin moverse de su asiento en la cocina. Sus visiones lo llevaron como en un navío fantasma y cruzó cada océano que formaba un único planeta azul para comprobar el horrible final de la vida tal y como la conocían.

Se levantó de la silla de forma tan brusca que esta se volcó y cayó al suelo. Misael se retiró por el sobresalto. Por la preocupación que se podía percibir en el rostro de su compañero, lo siguió, y no fue el único. Kayla notó la inquietud y quiso saber qué estaba pasando. Junto con ella, Eli y Ruth se unieron en cubierta. Jamás habían mirado a la muerte tan cerca.

Kayla se acercó a su padre y lo tomó del brazo.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, hija —admitió—. Deberías estar en el salón.

—¿No decías que tenía que estar en el camarote? —La mueca de molestia de su padre le provocó una suave sonrisa—. Estoy donde tengo que estar, a tu lado.

A pesar de la situación, la felicidad fue visible en los brillantes ojos del capitán.

Las piernas de Ruth fallaron y se apoyó del borde. Se llevó una mano a la frente y el llanto, y la desesperación regresó a instalarse en su pecho. Kilómetros y kilómetros de muerte absoluta, que teñía de rojo el azul del mar.

Un presentimiento sofocante impulsó a Jared a subir al mástil con rapidez. No avisó de su proeza, puesto que jamás había hecho tal cosa, aun así, en ese momento no le importó la altura.

Situado en lo más alto, agudizó la vista y desde el horizonte se percató del origen de los peces acribillados.

—¡Capitán! —gritó—. ¡Que todos se pongan a cubierto!

El sonido del granizo era parecido al aterrizaje de meteoritos del tamaño de una sandía. La cubierta fue azotada con fuerza y las cuerdas que sujetaban las velas se rompieron. El mar volvió a agitarse, y con cada pieza de hielo que reventaba contra la superficie, las olas sacudían al Finisterre y lo elevaban unos centímetros por encima.

—¡Mierda! —Khaled sostuvo el brazo de su hija y la acompañó hasta la protección del área del comedor—. No salgas de aquí.

—Pero...

—No te hablo como padre, te hablo como el capitán y responsable de la seguridad de todos. —Observó a toda la tripulación y alzó la voz—. ¡No salgan bajo ningún concepto y cubran las ventanas con lo que sea! ¡Hay que proteger las estructuras frágiles! —Volvió la vista hacia su hija—. Quedas al mando. —Kayla asintió. Khaled se dirigió hacia Eli—. Ayuda a mi hija para cualquier cosa.

—¡Sí, capitán! —respondió la cocinera.

—¡Ya escucharon a mi padre! ¡Protejamos al Finisterre! —ordenó Kayla una vez su padre había vuelto al infierno de granizo.

Jared intentaba bajar del mástil mientras que las bolas de granizo golpeaban con fuerza su cuerpo. Una de ellas, consiguió desestabilizar su bajada y colgó por una mano de uno de los extremos. La misma que, tras la lluvia, empezaba a mojarse y resbalarse lentamente. Observó una cuerda que se sacudía por el fuerte vendaval. Arrugó la nariz y fue la primera vez en su vida que rezó por lograr su objetivo. Dejó que la mano se soltara del todo. Se vio cayendo en picada, pero con rapidez, consiguió sostenerse de esa cuerda que había divisado. Con el impulso, se columpió por las alturas del barco y llegó hasta el capitán. Se dejó caer sobre él y lo empujó en el momento exacto en el que le iba a golpear una bola de granizo en la cabeza. Ambos cayeron al suelo y el granizo golpeó a los lados.

—¡Gracias! —agradeció el capitán y le ofreció la mano para levantarse del suelo.

—¡Solo fue suerte! —Quitó importancia Jared. Tomó su mano y se levantó.

—No te creo nada.

Con rapidez, se cubrieron en la cabina de mando, donde Saúl y Ruth se encontraban.

—Deberíamos estar bajo cubierta —comentó Ruth.

—El Finisterre resistirá —respondió Khaled con convicción—. Nunca me abandonó, no lo hará ahora.

—Khaled, ella tiene razón, deja el mando del barco y que sea lo que Dios quiera.

—Dios nos acompañará, pero yo guío al Finisterre, nadie más. —Con los motores al máximo y las manos apretadas en el timón, Khaled tomó el control de la situación y con destreza, con todo en contra, esquivó todo el granizo que le era posible.

—Estás loco, Khaled —admitió Saúl—. Pero a la mierda, ¡me quedo contigo! —Revisó a un lado de la cabina—. ¡A babor, capitán!

—¡Oído!

Jared se asomó por el otro costado e indicó al capitán cuando debía girar. El zarandeo agresivo del barco obligó a Ruth a sostenerse del brazo del capitán. Él la observó por un segundo

y volvió la vista al frente.

—Si no quiere estar aquí, puede ir con los demás para tapar ventanas —sugirió Khaled.

—No, debo quedarme —se negó Ruth, sin dar un por qué.

En el interior del barco, el caos no era mínimo. Cubrían las ventanas con muebles que rompían para conseguir más soporte. Los azotes que el Finisterre recibía se sentían como sismos en la cima de una montaña llena de piedras, a punto de romperse. El crujir del armazón que los cubría, llenaba de terror a la tripulación, pero no desistían para poder sobrevivir.

—¡Necesitamos cubrir más las ventanas del salón y los pasillos! —exclamó Kayla. Junto con Eli rompieron mesas, sillas, usaron cartones, telas, sábanas para taponar las grietas que empezaban a crearse por las que la filtración de agua era inminente—. ¡Aguantad!

El vidrio de la cabina de mando fue golpeado por uno de los bloques de hielo. Empezó a desquebrajarse, aunque soportó el impacto sin romperse del todo. Khaled apretó los dientes con fuerza y se aferró al timón.

—Vamos, pequeño. Aguanta aguanta —susurró.

Una enorme piedra de granizo se divisó al frente del buque. Khaled giró lo bastante rápido y tosco, de modo que, todos los que permanecían a bordo del buque resbalaron hasta chocar con la pared. Escuchó los latidos de su corazón, rápido, sonoro, sabiendo qué pasaría si no volvía a poner las dos manos en el timón. El Finisterre volcaría. El granizo fue evadido, pero de nada serviría si el buque terminaba hundiéndose. Con fuerza se arrastró por el suelo que parecía una pared resbaladiza. Trepó hasta el timón y consiguió girarlo para llevar recto el navío.

Apoyó la frente sobre el timón y jadeó con alivio. El granizo menguó de tamaño, hasta ser uno más pequeño.

—¿Estáis todos bien? —preguntó el capitán cuando al fin le salió la voz.

Saúl se comprobó sobre los ropajes y se resbaló hasta sentarse en el suelo.

—Estoy vivo. ¡Estamos vivos! —celebró. Jared sonrió y se cruzó de brazos. Ruth fue la única que no cambió su expresión, mostró alguna especie de alegría por el buen resultado. Bajo cubierta también se celebró a la vida y, con lágrimas en los ojos, Kayla revisó cómo el buque seguía en una pieza, excepto algún que otro desperfecto sin importancia.

Cuando parecía que estaba todo en calma, Saúl se levantó del suelo y observó las coordenadas en las que se encontraban. Revisó el mapa y miró a Khaled con preocupación.

—Khaled, deberíamos estar en la isla —informó.

—¿En el embarcadero?

—No, encima.

—¿Cómo? —El capitán apagó motores y sostuvo el mapa. Observó las coordenadas y se le desencajó la mandíbula—. No puede ser, esto tiene que estar roto.

—Esperemos que sí, capi. Si no, significaría que estamos navegando sobre lo que un día fue una isla.

El shock silenció a todos los presentes. Jared miró hacia el mar y tuvo la sensación horrible de volver a estar en una celda, encarcelado.

—No diremos nada hasta estar seguros —ordenó el capitán—. Los tripulantes están pasando por demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—Está bien —aceptó Jared—. Pero espero con todas mis fuerzas que ese aparato esté roto y no sean las coordenadas exactas.

Ruth permaneció en silencio y se marchó en medio de la conversación, levantando las sospechas del capitán como el polvo en una carretera sin asfaltar.

Rayos rompieron la oscuridad del firmamento, una estrella volvió a dibujarse en él. El fondo negro cubierto de niebla la volvía más brillante. Los lamentos de dolor y auxilio se maximizaron. A los lados, la tierra se convertía en agua, los animales en espuma de mar, la humanidad se lamentaba por sus actos y flotaban hasta que el Sol volvía a golpear sus cuerpos amoratados. De nuevo una sacudida lo despertó. Las pastillas no lograron detener esas extrañas visiones.

Cuando Jared consiguió recuperar el norte y recordar dónde se encontraba, bajó lento la mirada y halló a sus pies el cadáver de uno de los reclusos. La respiración se le cortó. Dejó caer el cuchillo que portaba en su mano. Ambas manchadas de sangre.

Dio unos pasos atrás y tragó saliva ante la escena. No recordaba haberlo hecho, pero ese comportamiento se había repetido con antelación y el terror por él mismo era más asfixiante, que el de pensar que la isla se hubiera hundido.

Como un canto de sirena, la locura lo acompañó. Le cantó una nana que relajó sus sentidos. La mirada verde se volvió gélida como el hielo que, horas atrás, cubrió el Finisterre. Lanzó el cuerpo por la borda, limpió los rastros del crimen y con tranquilidad, se lavó las manos.

—¡Oye! —lo llamó Kayla al verlo salir del baño—. Creí que estarías dormido, como todos.

—¿Qué haces despierta?

—Fueron unos días de emociones fuertes, no puedo dormir.

—Me pasa lo mismo —mintió. Formó una suave sonrisa en sus labios y dio unos pasos hacía ella—. Tendremos que acostumbrarnos a esto, supongo.

—Iba a cubierta, para ver el cielo e intentar relajarme. ¿Me acompañas? —sugirió la joven. Jared borró la sonrisa y llevó la mirada a la oscuridad del pasillo. Esa que anidaba en su mente.

—Debes alejarte de mí, Gaviota. —Pasó la mano sobre la mejilla de la joven y dejó el mechón de pelo tras la oreja—. Soy como el petróleo que ensucia tus mares. Es mejor que te alejes antes de que no puedas volver a volar.

Mientras él se confundía con la oscuridad del pasillo hasta perderse de vista en la entrada de su camarote, Kayla se quedó sin saber cómo reaccionar. Aunque sus instintos le gritaban que corriese lejos y que obedeciese la llamada de libertad que le había propuesto, existía algo en él que le impulsaba a estar a su lado. Incluso después de hallar unas gotas de sangre a la entrada del baño.

Capítulo 4

Tierra firme



Desayunar en un barco en movimiento era difícil para algunos. Aunque los tripulantes caminaban como si se tratara de tierra firme, algunos de los reclusos terminaban tropezando y dejando caer sus cereales en el suelo. Kayla intentaba no reírse a consecuencia del espectáculo. Aunque nunca había subido a un barco, lo llevaba bien. En el fondo, era hija del capitán.

Desde la barra de la cocina intentó buscar a Jared, sin embargo, no lo encontró, no estaba allí y tampoco el compañero que bromeaba con él la mañana anterior.

—¿Cuánto se tarda en llegar a tierra firme? Estoy un poco agobiada con tan pocos metros y tanta gente —comentó la joven.

—Pues, creo que nos estamos retrasando más de la cuenta —confesó Eli—. Quizá sea causa de la meteorología, lo que me preocupa es que ni Saúl ni tu padre vinieron a desayunar, subieron a cubierta sin esperar.

—Qué extraño.

—Marineros, son únicos, difíciles de aguantar, pero únicos. —Kayla se carcajeó ante las palabras de la mujer y llevó la vista una vez más hacia el salón—. ¿Hoy no vino el chico del rostro quemado?

—Al parecer no, cosa que también me resulta extraño.

—Tampoco lo vi subir a cubierta, debe estar en su camarote. —Kayla se quedó en silencio y jugó con los cereales del bol—. ¿Qué piensas?

—¿Será muy atrevido ir a llamar a la puerta de su camarote? —La mujer sonrió y se inclinó para hablarle más bajo.

—Eres joven y a pesar de dónde viene, lo he visto más centrado que sus compañeros. —Moviò la cabeza hacia el pasillo—. Ve, te cubriré y no se lo contaré a tu padre. Además, hay vigilancia por todo el buque. No va a pasar nada.

La sonrisa de Kayla se agrandó. Comió unas cucharadas más con rapidez y se marchó. Dudó unos instantes, aun así, sus nudillos tocaron la puerta y esperó por respuesta. Una que jamás llegó.

—¿Jared? Soy Kayla. Sé que me dijiste que me alejara de ti, pero es extraño que no salgas a comer. —Hizo una pausa y suspiró hondo—. Si el problema es porque imaginas que estaba yo allí, puedo comer en mi camarote, pero no te mates de hambre. —No hubo respuesta. Frunció el ceño con extrañeza y volvió a llamar—. ¿Jared?

Abrió la puerta sin esperar mucho más. Los frascos de pastillas se esparcían por el suelo al igual que su propietario. Tendido boca arriba con las manos a sus costados y el cuerpo congelado por las horas que llevaba inconsciente.

—¡Jared! —exclamó Kayla. Se arrodilló e intentó moverlo, mas no hubo manera—. ¡Jared,

despierta!

Sus gritos de alarma alertaron a Ruth. Tras ver la escena, su expresión cambió. El pánico la inundó más que cuando supo que quizá vagaban sobre lo que un día fue civilización.

—¿Se tomó todas esas pastillas? —preguntó.

—¡Creo que sí! —Kayla le tomó el pulso—. ¡Sigue vivo!

—Recuerdas por lo que estás aquí, ¿verdad? —se refirió Ruth. Kayla aguantó la respiración y observando a Jared asintió con la cabeza—. Te instruimos para esto. Cumple tu trabajo, porque de lo contrario, sería fácil que dejaras de estar a bordo del Finisterre.

Kayla suspiró y levantó la mirada hacia la mujer.

—Ayúdame a llevarlo a la enfermería, sin que me amenazaras iba a hacerlo de todos modos. —Se levantó del suelo y frunció el ceño—. Mejor date cuenta de tus actitudes antes de ver las mías.

—¿Mis actitudes?

—Estás siendo muy sospechosa y mi padre no es tonto, Ruth. Controla tus malditos nervios y hazte cercana a él. Es un hombre, no es difícil.

No alargaron más la recuperación de Jared. Entre las dos pudieron llevarlo a la enfermería del buque. Lo acostaron en la camilla y ataron su cuerpo con unas cintas para que no cayera por los movimientos del barco. Kayla era joven, pero se manejaba con los elementos curativos como si hubiera estado trabajando en ello por mucho más tiempo. Ruth la observó de lejos, el entrenamiento había sacado sus frutos y se sentía orgullosa de ello. Quizás en un futuro, todos podrían ser igual de eficientes que Kayla.

Cuando las constantes vitales de Jared se restablecieron, Ruth se retiró y los dejó solos. Kayla observó de reojo como se iba, y se agachó a sujetarle la cabeza a Jared, cuando empezó a toser y vomitar nada más despertarse. Le acercó la cuña y lo ayudó.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué sigo vivo? —se quejó Jared.

—¿Qué estás diciendo? —Kayla retiró la cuña y con cuidado lo acostó de vuelta—. No entiendo por qué has hecho esa locura.

—Daría menos problemas.

—No es así, ayer ayudaste a mi padre. —Kayla tomó asiento en la camilla, a su lado—. Aquí nadie es indispensable, Jared. Menos tú. Eres la persona más astuta de todo el buque.

—A la vez que la más peligrosa —admitió él—. Anoche te dije que no te acercaras a mí.

—El peligro atrae y mucho. —Cuando lo observó sonreír, la preocupación de Kayla menguó un poco—. No vuelvas a hacer algo así, estaba muy preocupada.

—¿De verdad te preocupaste por mí? —Kayla asintió—. Es la primera vez que me alegro de haber hecho una locura de tal magnitud.

—Tonto. —Le dio un toquecito en la punta de la nariz y sonrió con él—. Créeme cuando te digo que te necesitamos a bordo, ¿de acuerdo?

—Bien, no me regañes más, sigo un poco mareado. —Jared levantó el brazo y se señaló el pecho—. ¿Qué tal si me acompañas? Quiero más atenciones de mi doctora.

—¿No tenía que alejarme de ti?

—A ratos.

—Bueno, si es solo a ratos. —Se les escapó una risa corta y suave. Kayla suspiró y se acostó a su lado. Apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos cuando la estrechó.

Cuando Jared se durmió, Kayla tomó un momento para observar su rostro. Lo acarició sin pudor y con cariño. No le importó rozar la zona en la que su rostro se difuminaba y dejaba una

enorme cicatriz. Sus caricias le llegaron a la comisura de la boca y allí se detuvieron. Justo cuando el corazón de Kayla no podía alterarse más. Estaba en su límite.

Se levantó y lo cubrió con una sábana para dejarlo descansar. Dejó un beso sobre su frente y se retiró con una sensación amarga en la boca y en su pecho. Llegó al camarote sin levantar sospechas y levantó el colchón de su cama. Abajo se encontraba escondido un maletín repleto de archivos clasificados. Lo abrió solo para sacar una foto. Una que reveló su cercanía con Jared mucho antes de embarcar. Un saludable Jared sin el rostro marcado la abrazaba, ambos sonreían y posaban para la cámara con una prestigiosa universidad de investigación y medicina detrás.

En el reverso de la imagen, una nota escrita por Jared decía:

Nunca olvidaré nuestros comienzos. Guarda esta foto, para siempre recordar que estamos juntos en esto.

Te quiero.

Kayla negó con la cabeza y volvió a guardar la fotografía.

—Ese Jared ya no existe —dijo para sí misma—. No quedó nada de él.

Cuando salió de la habitación, chocó sin querer con alguien que estaba pasando justo por el pasillo.

—Cuidado —dijo el hombre y le sostuvo del brazo para que no se cayera.

—¡Perdona! —Los ojos de Kayla seguían brillando de añoranza. Se limpió las mejillas y fingió una sonrisa—. Fue mi culpa, salí sin mirar.

El pelirrojo con tatuajes que le llegaban hasta el cuello, se cruzó de brazos y esbozó una enorme sonrisa.

—Tú eres la hija del capitán, ¿no es cierto? —Ella asintió. La miro de arriba abajo—. Eres tan hermosa como me habían dicho.

Kayla miró a uno de los guardias. Se sentía intranquila e inquieta frente a ese hombre. Sin embargo, la presencia de los militares le calmaba un poco. Fingió una sonrisa y se dirigió hacia el joven que la miraba con ojos felinos.

—¿Y tú eres?

—Danilo Clark. —Extendió la mano frente a Kayla. Lo estrechó con un poco de duda—. No te diré cuáles han sido mis delitos, prefiero que los imagines tú.

—Ya, tampoco es algo que pregunte. —Retiró la mano y caminó de espaldas por el pasillo—. Tengo que ir con mi padre, ya sabes.

—Sé que eres la Gaviota de Jared —soltó Danilo. La sonrisa fingida de Kayla se borró al instante. El chico pasó por su lado y se detuvo solo para susurrarle—. ¿Cuántas más cosas sabré? La medicina no funciona igual para todos.

Kayla se congeló y solo pudo observar cómo se marchaba.

Ruth llegó a la cocina y Eli la recibió con la sonrisa de siempre.

—Buenos días —la saludó Eli.

—Buenos días, ¡huele delicioso! —Ruth probó uno de los panes dulces que cocinaba Eli cada mañana. Junto al café, sabía delicioso—. Oh, esto está genial. Te lo dice alguien que nunca supo cocinar.

—Me alegra ver que mi comida gusta, aunque por los mareos pocos la resisten en la barriga.

—Pobres, se acostumbrarán. —Ruth se rio al observar a algunos con las primeras náuseas—. O eso espero.

—Seguro que sí.

—Por cierto, ¿dónde está el capitán?

—Él y Saúl no han desayunado hoy, estarán en la cabina de mandos, en cubierta.

—¿Podría llevarles el desayuno? —sugirió Ruth. Eli asintió y preparó todo sobre una bandeja.

—Es muy buena idea —admitió—. No entienden que por mucho que quieran llevar el barco, si no se alimentan como toca, terminarán enfermos. —La sonrisa de Ruth detuvo los movimientos de sus manos por un momento—. Espera, ¿te interesa el capitán?

—¿Qué? —Levantó la mirada hasta observarla a los ojos—. ¡No! Es solo que todos dependemos de él y hay que cuidarlo.

Eli entrecerró los ojos y levantó las cejas. Esa expresión formó una sonrisa en Ruth, pero no dijo nada más a pesar de las sospechas de la mujer. Eli terminó de acomodar la bandeja y se la entregó.

—Toma, ve a cuidarlo —dijo con sarcasmo.

—Imaginaba que ibas a decir algo así.

Nunca había sentido nervio o ansiedad por hablar con un hombre, sin embargo, con el capitán era difícil entablar una conversación, y sus piernas temblaban por su sola presencia. Reacción que no entendía, aunque fuera producida por su cuerpo. Sostuvo la bandeja y caminó rauda hasta llegar a la cabina del capitán.

—Te estoy diciendo que parece que la tierra se esfumó. —Saúl se alarmó. El mapa ya estaba lleno de rayas y coordenadas. Ambos estaban alterados. Khaled observaba el localizador y gruñía en voz baja.

—Puede que nos hayamos perdido —comentó el capitán—. Si es así y los aparatos funcionan mal, estamos perdidos.

—¿Y si la ola que vimos arrasó con el mundo? —La hipótesis de Saúl erizó la piel del capitán.

—No digas burradas, Saúl, antes de llegar a alguna playa habrá menguado. Esas cosas solo pasan en las películas.

—Y las películas siempre tienen bases científicas donde nos explican que es posible, Khaled. Estoy seguro de donde estamos, llevamos años navegando. En el fondo sabes que no nos hemos perdido.

A Khaled le faltó el aire. Tomó una bocanada y abrió la puerta. Su cuerpo chocó con Ruth y el café con leche salió desparramado, manchando la camisa del capitán.

—Siempre que apareces me das problemas —soltó Khaled.

—¡Fuiste tú quién salió sin mirar! —reclamó Ruth. Saúl ignoró la discusión, tomó la bandeja y empezó a desayunar en lo que ellos acababan.

—¿Sabes qué? —Khaled sacudió las manos y se desató la camisa de lino blanca.

—¿Qué?!

—Que justo te quería ver a ti. —Cuando terminó de desatar la camisa, la mirada de Ruth se perdió en unos abdominales que, escondidos bajo la tela, pasaban muy desapercibidos. Se quedó con la boca abierta. No pudo hablar antes de verse sujeta por el capitán y obligada a andar por cubierta.

—¡Espera! ¿Adónde me lleva?!

—¿Ahora sí me hablas con respeto? Mejor termina por tutearme lo que quede de viaje. — Todos los que se encontraban en el salón los vieron pasar discutiendo.

—¡Suéltame, animal! —Tiraba—. ¡Dios, te faltan modales!

—¡Y paciencia!

Incluso Eli tuvo que aguantar la risa tras verlos como niños discutiendo y armando un espectáculo por todo el barco.

Llegaron al camarote del capitán. Abrió la puerta, la hizo pasar y cerró después. Los decorados náuticos revestían las paredes. La cama estaba deshecha y las botellas de alcohol se amontonaban en uno de los rincones. Libros viejos de navegación acumulaban polvo en los estantes y la poca luz que había provenía de una ventana que daba directamente al mar.

—No has traído a muchas mujeres aquí, ¿verdad? —comentó Ruth.

—Sí, a veinte sirenas y un calamar.

—Lo del calamar te lo creería.

—Siéntate. —Señaló la cama y al ver que no le obedecía levantó la voz—. ¡Que te sientes!

Ruth suspiró y optó por obedecer. Se cruzó de brazos y lo observó con molestia.

—¿Vas a interrogarme?

—Mira, qué lista. —Echó la llave en la puerta y se la guardó en el bolsillo del pantalón—. De aquí no va a salir hasta decirme la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Empecemos porque me diga, qué ocurrió hace dos noches.

—Sé lo mismo que usted, capitán.

—No es cierto. —Se sentó a su lado y negó con la cabeza—. Llevo desde los dieciocho años en este buque. El mar es mi casa y jamás vi algo parecido a lo que vivimos esa noche. Asombrosamente, alguien que jamás estuvo en medio del océano fue quién nos salvó, y ese alguien eres tú. —Ruth suspiró y apartó la mirada de los azulados ojos del capitán. Tragó saliva, al tiempo que pensaba en algún discurso convincente—. Sin embargo, —siguió el capitán— sé que estás asustada y quiero que recuerdes que cuando acepté el trabajo me responsabilicé de la seguridad de todos encima de este buque. También de la tuya.

Ruth suspiró hondo. Sus ojos empezaron a bañarse de dolor y apretó los labios. Tomó otra bocanada de aire y aguantó el llanto.

—No estoy asustada, estoy aterrada —confesó—. No puedo dormir ni pensar con claridad. No logro calmarme, aunque lo intento, capitán.

—Si me lo contaras, podríamos compartir esa inquietud. —Khaled sostuvo sus manos. No pensó en lo que estaba haciendo, solo se guió por el impulso de acariciar sus nudillos. Ruth lo observó fijo a los ojos y tragó saliva. La cercanía le pintaba las mejillas y, lejos de calmarse, era más el nerviosismo—. Quiero que confíes en mí.

—Confío en ti —aseguró—. Eres el único en este buque en quien se puede confiar. Lo sé. Justo por eso es por lo que no quiero contarte nada.

—Creo que no te has dado cuenta de que para protegeros necesito información. De lo contrario, no sé a lo qué atenerme. —Le pasó una mano por la mejilla y con suavidad le levantó el rostro. Ruth ahogó un jadeo. No pensó que esa caricia lograría tanto en su cuerpo. Lo observó con la boca entreabierta. Ella era la que debía acercarse a él, pero el efecto era inverso y la hechizada por el capitán era la misma que debería hacerlo morder la manzana prohibida—. Soy tu capitán, estás en mis manos. Deja que pueda protegerte.

—Dejen de buscar tierra firme —pronunció Ruth. El fruto prohibido había sido mordido por ella y, junto a la cercanía, sabía delicioso. Incluso el perfume del capitán le nublaba la mente.

—¿Por qué? —insistió Khaled.

—Será inútil, no hay tierra firme.

—¿Cómo? —El capitán alejó la mano y se alejó de ella—. ¿Me estás diciendo que no hay nada de tierra firme en todo el planeta?

—Somos parte de un proyecto de investigación y los únicos sobrevivientes de la Tierra si llegara a salir mal. Creo que fue así.

—¿Qué clase de investigación haría tal cosa?

—Una que pretende hacerse con el control total de la humanidad con una máquina subatómica capaz de crear vida y eliminar otra. Jugar a ser Dios tiene un precio muy elevado. Y más para gente importante.

Khaled se levantó de la cama. Intentaba mantener la calma, debía hacerlo. Era surrealista lo que la mujer le contaba, sin embargo, después de todo lo que había pasado en dos días, veía posibilidades de que todo fuera real.

—¿Qué pintamos nosotros? Solo soy un marinero.

—Todos a bordo del buque Finisterre son importantes —aseguró—. Incluyéndote, capitán. La supervivencia a partir de ahora se hará difícil y es el más cualificado para mantener el buque en buen estado, al igual que cada tripulante a bordo.

—Si todo esto fuera real... —Suspiró hondo—. ¿Hay alguna posibilidad de que quede, aunque sea un palmo de tierra en algún lugar del planeta?

Ruth se encogió de hombros y miró al suelo.

—No lo sé —respondió con pesar—. Ojalá que sí.

La desesperación visitó al capitán. No pudo soportar el nervio que se agolpaba en su garganta. Subió a la cabina de mandos y habló por el localizador, cambiando de frecuencia y rezando porque alguien lo escuchara.

—Al habla el capitán Khaled Turner, del buque Finisterre, necesito coordenadas para desembarcar. ¿Alguien me recibe? Cambio. —Otra frecuencia y el mismo mensaje—. Aquí el buque Finisterre, buscamos tierra firme, ¿hay alguien ahí? —Saúl se quedó en silencio tras ver el comportamiento de Khaled. No hizo falta que le explicara nada—. ¡Necesitamos desembarcar! ¡¿Hay alguien?!

—Capi... —Saúl puso la mano en el hombro del capitán para que se detuviera. Solo se escuchaba estática como respuesta—. Tenemos que avisar a todos.

—Todavía no, hasta no estar seguros, no.

Un motor rompió el silencio en el cielo. Ambos salieron de la cabina de mando y observaron un avión surcar los cielos hasta golpear con braveza el mar. Tras él, llegaron varios más. En busca un lugar donde poder aterrizar, dieron tumbos por las alturas hasta que no pudieron más.

—Ni los aviones encontraron tierra firme —se lamentó Saúl—. Creo que no hay mucho que comprobar, capitán.

En la cama de Khaled, Ruth seguía sin poder contener la angustia ni levantarse. Pudo observar los aviones estrellarse desde la ventana redondeada del camarote.

—Te has ido de la lengua —dijo una voz masculina. Ruth levantó la mirada hacia la puerta. Danilo mostró una sonrisa molesta—. Sabía que no debían confiar en ti.

—Estoy asustada, por eso le conté lo mínimo.

—¿Sabes por qué lo estás? —Se adentró en la habitación con lentitud y cuando estuvo cerca de ella, la tomó por el cuello, golpeó su espalda contra la pared y apretó. El filo de una navaja punzó leve el estómago de la mujer mientras se asfixiaba—. Porque debes estarlo. Hazle caso a tu intuición para no morir pronto, Ruth. —Le lamió el cuello y sonrió con amplitud—. Eres demasiado valiosa para partirte el cuello a estas alturas, pero no dudaré de hacerlo si pones en riesgo el plan. ¿Lo tienes claro?

Ruth asintió, solo pudo formar ruidos de asfixia. Cuando la soltó, cayó al suelo y jadeó. Se tocó la garganta y tosió con el fin de conseguir más oxígeno.

Los pasos del pelirrojo lo llevaron hasta la enfermería. Sus ojos oscuros se encontraron con el verde claro de la mirada de Jared. Ambos se sostuvieron la mirada como un desafío. Jared frunció el ceño sin saber quién era y qué hacía allí. Danilo esbozó una sonrisa ladeada, mostró sus caninos y dio un paso al frente.

—Ni imaginas cuánto tenemos en común —susurró—. Pronto lo averiguarás.

Capítulo 5

Al fondo del mar



El capitán siempre pensó que el barco era un planeta, y que en él reinaba sobre todas las cosas. Debía ser justo con sus grumetes y apiadarse de ellos si las situaciones se volvían peligrosas. Su vida dependía de que ellos estuvieran bien. Así fue como logró surcar los mares sin una sola queja, y por esa gran proeza estaba a bordo del Finisterre en una travesía que duraba más de lo habitual.

Se vistió con el neopreno y una bombona de oxígeno. Debía descender a las profundidades para encontrar parte de los aviones.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó Saúl—. No sabemos cómo está el mar por debajo y si fuera estamos viendo cosas extrañas, ¿qué nos podríamos encontrar abajo?

—Debo hacerlo —contestó seguro—. Los aviones guardan una copia de sus conversaciones en la caja negra. Con ella, podemos saber las conversaciones que tuvieron los pilotos antes de la colisión.

—Ya, ¿no puede ir otro? El muchacho de la cara quemada, por ejemplo.

—Está enfermo y si no lo estuviera, yo soy el capitán del Finisterre.

—¡Y ellos reclusos! Vamos, hombre.

—Voy contigo, capitán —los interrumpió Ruth—. Si hay víveres podemos cargar una lancha.

Khaled asintió. Toda ayuda era poca para la situación en la que se encontraban.

A bordo de la lancha motora, Ruth ojeó de forma breve al capitán. Vestido con el neopreno podía visualizarse mejor su figura ruda y musculada. Pudo jurar haber visto al mismísimo Poseidón cada vez que lo observaba con el mar de fondo. Cuando él dirigió su mirada azul hacia la mujer, esta bajó la cabeza y carraspeó la garganta.

—Gracias —le dijo, a lo que Khaled no entendió. Levantó las cejas y negó con la cabeza—. Por no contarle a nadie lo que pasó —aclaró—. Lo de la pistola, el cómo salimos de la ola y ahora esto.

—Estamos en un buque repleto de delincuentes, no seré yo quien prenda la pólvora.

La mujer sonrió y dejó que el capitán apartara la vista de ella. Aunque no quería aparentarlo, Khaled se veía como un hombre rudo pero tierno y era algo que lo caracterizaba. A pesar de que intentaba disimular sus palabras para que sonaran más toscas.

Ruth extendió la mano frente a él y cuando lo vio fruncir el ceño con extrañeza, sonrió.

—Me llamo Ruth Wilson —se presentó al fin.

El capitán suspiró hondo, la observó de reojo y terminó por estrecharle la mano.

—Khaled Turner, el estúpido al que embaucaste para esta locura.

—¿Te embaucó? Creí que te había amenazado.

—Si no fueras tan atractiva, les hubiera dado una paliza a tus escoltas y me habría ido — soltó Khaled y dibujó una pequeña sonrisa en sus labios. Ruth dio una risita que no pudo contener.

—Bueno, te embauqué entonces. —Se encogió de hombros—. Qué suerte tengo.

—No tienes ni idea.

Los aviones sintieron el impacto, una luz los cegó y los cubrió. Algunos estallaron en el aire y cayeron como fuegos artificiales. Otros pudieron gritar, llorar y desesperarse. Algunos pilotos intentaron despedirse de sus familiares cuando la gasolina era nula. La desesperación los orilló a tomar la decisión de dejarse caer a voluntad para no alargar la angustia. Pidieron por ayuda, no llegó. Un último abrazo a los pasajeros por parte de las azafatas, un «hasta siempre» del piloto y un adiós definitivo para miles de personas. De nuevo oscuridad y estrella brillante que, como un *flash* cegador, llegó a nublar la mirada de Jared.

Cuando se despertó, se encontró de pie en la enfermería. Observaba su rostro en el espejo que se encontraba delante de la cama. Siempre le había costado mirarse desde que su rostro no fue el mismo, sin embargo, esta vez sostuvo la mirada y tragó saliva. Había soñado una caricia y un beso en la frente, antes de esas visiones que lo perturbaban. En la garganta se le formó un nudo que no pudo disipar con nada. Ni siquiera con el vaso de agua que había dejado Kayla sobre la mesa.

—Veo que estás mejor. —La joven le sonrió desde la puerta de la enfermería.

—Gracias a ti, Gaviota. —Jared se sentó en la cama y esperó a que Kayla tomara asiento a su lado—. Veo que eso de cumplir órdenes no es lo tuyo. No pienso volver a decirte que te alejes de mí.

—Es una buena decisión. —Los ojos de Kayla se cristalizaron por segundos—. A pesar de todo, nunca voy a dejarte.

El pesar se sintió latente en su mirada. Jared frunció el ceño un poco y le acarició la mejilla. Ella levantó la mirada, ambos la sostuvieron en un momento especial, pero a la vez triste. Kayla suspiró e intentó aguantar el llanto que, sin aviso, mojó su rostro y la mano del recluso.

—Oye, Kayla, ¿qué te pasa? —Con un fuerte agarre, Jared la estrechó contra su cuerpo y le provocó un escalofrío—. No me gusta verte llorar.

La respiración de Kayla se entrecortó. La cercanía de ambos se volvió peligrosa. Los labios le quemaron y rozaron el infierno junto con los de Jared. Un jadeo anunció el deseo en el hombre frente a ella. Con un movimiento rápido, la gaviota abrió sus alas y tomó asiento sobre el tiburón de aspecto fiero que podría arrancarle las plumas.

Las manos de Kayla ascendieron por el pecho desnudo de Jared. Rozaron cada marca que adornaba su fornido cuerpo y se entrelazaron en su nuca para acercarlo con la fuerza que la marea empujaba el mar en ese momento.

Jared rozó la espalda de Kayla y sus manos asesinas trazaron mapas por su columna vertebral hasta desnudarla. El sostén cayó junto a la camisa y se encargó de sentir la dureza de sus pezones contra su pecho.

El beso llegó furioso y los derribó, entregándoles la locura perpetua. Las lenguas danzaron húmedas hasta que el aire no fue suficiente y les arrancó gemidos guturales. Jamás esa camilla de hierro había sentido tanto calor como el que sintió cuando Jared acostó a Kayla en ella. El contraste con el frío del metal le erizó la piel y, arqueó la espalda. Momento que él aprovechó para besar sus pechos y absorber cada recoveco de ellos. Con los dientes dejó mordidas que la

irguieron más.

Jared descendió a las profundidades y probó el diluvio que provocaba en la joven. Ella gimoteó cuando el oral se intensificó y sus piernas temblaron dándole la bienvenida y cayendo a los lados igual que puertas corredizas camino al averno. Y Jared se perdió. Sus dedos se introdujeron y jugó con el botón placentero que pocos sabían manipular, pero que él conseguía elevarla al infinito.

—¡Jared! —gritó Kayla. Se contrajo sobre la camilla. Su pelvis se movió con voluntad propia. Se pasó las dos manos por el pelo y cerró los ojos por un momento. Se mordió el labio inferior y gruñó para sí misma, mientras el placer se apoderaba de ella.

Cuando abrió los ojos, el orgasmo estaba gritando por salir. Entornó los ojos y desde el rabillo, observó una silueta desde la entrada de la enfermería. Se sobresaltó y observó hacia la posición, sin restricciones.

De pie, con los brazos cruzados y apoyado de la puerta, un pelirrojo con mirada ardiente los observaba sin decir ni una sola palabra. Las piernas de Kayla se tensaron, Jared las forzó con las manos sobre sus muslos y las abrió sin percatarse de lo que ella veía.

Cuando la mirada de Danilo se diluyó con la de Kayla, el orgasmo le llegó y convulsionó por el placer. Una sonrisa ladeada por parte del pelirrojo, la terminó de estremecer. Se agarró con las manos a los bordes de la camilla y apretó. Jared se elevó con los labios empapados y perdido en la pasión. Desató su pantalón antes de que ella se sentara y posara las manos sobre sus hombros.

—¡Espera! —gritó. Jadeó y observó de vuelta hacia la puerta. Danilo ya no se encontraba allí.

—¿Qué ocurre? —Jared llevó la mirada hacia la dirección en la que ella observaba y su duda creció.

—Nada —susurró. Observó a Jared y el calor regresó a su interior cuando observó su rostro empapado y la mirada ardiente que tanto había extrañado. Sonrió satisfecha por tenerlo de vuelta y lo besó una vez más.

Esta vez, no lo detuvo. Se apoderó de su interior y gruñeron al compás de sus cuerpos. Lo abrazó con las piernas y apretó. Se movió debajo de él y con círculos le dio la bienvenida a lo más profundo de su ser. Erizados, sudados, deseosos. La camilla sonó con cada embiste y el mecer del barco conseguía un plus a los movimientos toscos y placenteros de Jared.

El pelirrojo se apresuró a pasar por los pasillos y, sin que los guardias se percataran de su presencia, se introdujo en el camarote de Kayla. Del bolsillo del pantalón sacó un auricular inalámbrico. Se lo colocó y frunció el ceño. Habló en voz baja.

—Estoy en la habitación, procedo a buscar la pieza que falta.

—Contamos contigo, Danilo —respondieron al otro lado con una voz robótica.

Con desesperación, empezó a revisar cada centímetro de la habitación. Incluyendo las maletas. Cada pertenencia de Kayla fue tocada por sus sucias manos. Rozó la tela de la ropa interior y la olfateó como el perverso que era. La regresó para seguir con su trabajo. Levantó el colchón, sin embargo, la carpeta que allí se encontraba, ya no estaba. No había nada. La habitación estaba por completo vacía.

—Ni rastro de la pieza —dijo.

—Debes sacarle información, tenemos registro de que está a bordo. Debe estar protegiendo a su novio, como siempre ha hecho —ordenó la voz robótica—. De ti depende que el proyecto

Finisterre tenga el final que queremos.

—Bien, lo haré.

El descenso a las profundidades fue tranquilo. La temperatura del agua era más alta de lo habitual. El mundo acuático estaba en constante cambio como en la superficie. Bajo las gafas de buzo, Ruth y Khaled observaron ciudades arrasadas por el agua. Nadaban sobre las casas como si se encontrasen en un universo paralelo. El azul del mar brillaba gracias a la luz del sol reflejado desde la superficie, y reflejaba en las fachadas de ciudades fantasmas azotadas por el fin del mundo.

Visión que derrumbó las pocas esperanzas del capitán, con encontrar tierra firme.

Paquetes de comida fueron elevados a la superficie, Ruth ayudó al capitán a visitar a la muerte en el interior de los aviones. Las personas todavía se encontraban abrazadas dentro. Muriendo en el acto, permanecían con la misma postura. Tan inertes que parecieran figuras de cera. Entre las manos del piloto, una foto de su esposa con sus dos hijos mostraba el horror del momento. Un teléfono flotaba por la cabina. El cual nunca fue descolgado, y la despedida quedó suspendida en el aire, y en ese momento en el fondo del mar.

Khaled pudo encontrar la caja negra y junto con Ruth volvieron a la superficie. Se quitaron el dispositivo de buceo y arrastraron las cajas de alimento hasta la lancha motora.

—Pues, no fue para tanto —comentó Khaled. Sin embargo, una fuerza poderosa lo hundió de golpe. Consiguió volver a la superficie un segundo, pero de nuevo un tirón extraño lo arrastró a las profundidades.

—¡Khaled! —el grito de Ruth, quien ya se encontraba sobre la lancha, alertó a Saúl. Corriendo usó los prismáticos para observar la situación y vio como su capitán era arrastrado al fondo.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Tripulantes, apresúrense! ¡Hay que mover el Finisterre para llegar con el capitán!

Ruth no pudo esperar, se colocó el oxígeno y se lanzó al mar. La lancha motora fue absorbida junto al cuerpo de la mujer. El Finisterre se balanceó y comenzó a dar vueltas como si se tratara de una peonza.

La rapidez y la fuerza con la que el buque daba vueltas, obligó a todos a bordo a tomar algo de donde sujetarse. Ni siquiera Saúl era capaz de sostenerse en pie a pesar de estar acostumbrado al vaivén del barco. Ese movimiento de centrifugado era superior a cualquier fuerza humana.

En el interior del Finisterre, Kayla y Jared no tuvieron tiempo de celebrar el momento candente como dos jóvenes enamorados. Pronto las turbulencias les aturdieron la cabeza. Tuvieron solo un segundo para volver a vestirse y, con temblores en el cuerpo y un mareo imposible de ocultar, llegaron a cubierta.

—¡Saúl! —lo llamó Kayla. Se cayó a su lado en el suelo—. ¿¿Dónde está mi padre?!

—¡Se lo tragó el mar!

—¿¿Cómo?! —El barco crujió y se ladeó. Kayla se resbaló por el suelo, pero Jared la sostuvo y se sujetaron con fuerza al palo del mástil.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó Jared.

—¡Y ayudar a mi padre! —insistió Kayla, con los ojos brillando por las lágrimas cristalinas.

Saúl frunció el ceño y arrastró el cuerpo hasta la cabina de mandos. Sostuvo el timón e intentó ir contracorriente, solo para demostrarle una vez más que la fuerza de la naturaleza era más fuerte que cualquier motor.

La presión aturdía la cabeza de Ruth. Comenzaba a sentirse como si tuviera unos grados de alcohol en el cuerpo. Intentó regular el oxígeno, no obstante, la rapidez con la que descendían era demasiado brusca. Con sus ojos borrosos observó la silueta inconsciente del capitán. Se forzó por llegar a su lado y tomó su mano. Activó su oxígeno y se lo colocó con la esperanza de que pudiera tomar al menos una exhalada de aire y aguantara. Sin embargo, Khaled no reaccionó.

La corriente cambió de rumbo y con la misma fuerza los elevó. Ruth abrazó al capitán e intentó no perder el conocimiento. Controlar la descompresión del oxígeno de ambos.

La fuerza del mar los elevó unos metros por encima del nivel del agua. El golpe terminó de aturdir a Ruth. Cuando consiguió mantenerse estable, observó la lancha motora a punto de golpearlos a ambos. Sostuvo al inconsciente capitán y lo alejó de la lancha. Se libraron por centímetros, pero consiguieron no terminar sepultados por la lancha.

—¡Capitán! —Ruth se quitó el oxígeno y también lo libro del suyo. Golpeó leve el rostro de Khaled—. ¡Khaled, no puedes dejarnos ahora!

Ruth lo sostuvo con fuerza por la espalda y juntó los labios con los del capitán. Con los labios medio separados, le cerró la nariz con la mano libre y exhaló aire. Con el mismo cuerpo golpeó el pecho del capitán. Tenía que mantenerlo en la superficie y, a la vez, hacerle RCP. Gruñó por la dificultad, mas no se rindió. Volvió a insuflar, los pulmones de Khaled se llenaron. Dos veces más dieron la enhorabuena cuando Khaled empezó a toser.

Expulsó toda el agua de sus pulmones y se sostuvo de los hombros de su compañera. Ella sonrió emocionada y con las lágrimas acompañando al agua salina que le mojaba el rostro.

—El Finisterre —gruñó el capitán, nada más pudo hablar.

Ambos levantaron la mirada y lo observaron dando vueltas sin cesar. El barco se hundía por segundos.

—¡Se va a hundir! —alertó Ruth. Khaled se alejó de ella y le dio la vuelta a la lancha. Se subió e intentó arrancarla—. ¡¿Qué demonios estás haciendo?!

—Salvar mi buque y a la gente que está en él.

—¡No puedes subir!

—¿Vienes o te quedas?

Ruth suspiró y subió a la lancha. El motor no arrancó, por lo que Khaled arrastró a nado la lancha hasta que la corriente los arrastrase junto al Finisterre. Dieron vueltas a su alrededor, como los planetas alineados alrededor del Sol. Ruth se sujetó del borde de la lancha.

Kayla no pudo soportar la angustia por no ver a su padre. Ignorando los gritos de preocupación de Jared, se acercó al borde del buque. Sus ojos se abrieron en sorpresa al observar a su padre en la lancha.

—¡Papá! —Kayla corrió hacia Jared—. ¡Mi padre está intentando subir a bordo!

Jared observó la cubierta hasta encontrar una cuerda que ataba una de las velas. Sin permiso, la soltó y la arrastró hasta atarla a uno de los hierros de cubierta. A parte del agarre, él también la sujetó cuando la lanzó por la borda.

La fuerza con la que giraban la elevaba por el aire, pero Khaled comprendió que era la única forma de subir a su buque. Miró a Ruth, y ella lo comprendió. Tragó saliva y se acercó a él. La abrazó con fuerza y sin pensarlo ni dos segundos, saltó.

Ambos se sujetaron de la sog a y se aferraron a ella con todas sus fuerzas. Dieron vueltas a la vez que el barco lo hacía. Sus cuerpos parecían dos títeres que seguían el movimiento.

Kayla y Jared intentaron recoger el cabo para llevarlos a bordo, pero al hacerlo, el

movimiento logró un círculo sobre el buque.

Khaled conocía bien el Finisterre y su resistencia. Al llegar a un punto, su mano se soltó, y la de Ruth cedió. Ella gritó en pánico. Se aferró a su pecho. Sintió el cuerpo acariciado por la vela del barco. Los acompañó como un tobogán, ahogando la muerte hasta que sus cuerpos llegaron al suelo. Las piernas de Khaled fallaron y rodó por el suelo con Ruth sobre él, protegiéndola del impacto.

Ruth y Khaled se observaron por un segundo. Recuperaron el aliento sin importarle la postura tan íntima en la que se habían quedado.

La mano del capitán rozó los labios de Ruth y limpiaron un poco de sangre provocada por un pequeño corte. A pesar del hechizo en el que se perdieron, Khaled se levantó y le tomó de la mano para alzarla. Se sintió aturdida por el movimiento y por cómo había latido su corazón con ese roce.

El capitán arrió las velas por completo. Con dificultad, llegó a la cabina de mando y observó a Saúl. Sudando y con las manos temblorosas, intentaba enderezar al Finisterre sin éxito. El barco crujía por su esfuerzo.

—Detente —ordenó Khaled.

—¿Qué dices?!

—No se puede ir en contra de la naturaleza.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Las ventanas del buque volvieron a cubrirse. Los salvavidas de todos los tripulantes se ataron en cubierta. Bajo las órdenes del capitán, forjaron el buque para un hundimiento inminente. Rezando para que la estructura aguantara la presión del agua, cerraron las puertas y se encerraron en el comedor. El sonido del agua cubrió sus cabezas. La luz falló, la fachada crujió, varios tornillos reventaron y el agua corrió como una diminuta cascada por el orificio. Kayla se abrazó de su padre y él le ofreció un estrechón cálido.

Danilo observaba desde una esquina del salón. Con tranquilidad, apoyado de la pared. Sonrió y suspiró. De su boca se escapó una carcajada burlona que expresó junto a una sonrisa amplia, mostrando su lado más psicópata.

Una explosión fortuita detuvo de golpe el descenso del Finisterre y subió con la misma rapidez con la que se estaba hundiendo. El buque volvió a la superficie, tan fuerte como su capitán. Rompió las olas que había creado la corriente y su ascenso. Retomó el rumbo, con la cubierta inundada, pero en una pieza.

—¿Qué está pasando, capitán? —preguntó Danilo, aunque la respuesta no le importaba lo más mínimo. Solo buscaba crear crispación—. He estado en altamar antes y estos sucesos no los he vivido nunca.

—¿A ti quién te dijo que puedes opinar? —Lo encaró Kayla. Su malestar respecto a ese hombre iba mucho más allá del hecho de que pusiera a su padre entre la espada y la pared.

—Ya veo que follar te sienta bien —espetó Danilo.

Jared se colocó frente a él. Su imponente porte y su mirada amenazante no lo achicaron.

—¿Quieres que te parta la boca? —preguntó Jared. El otro solo sonrió y asintió con la cabeza. Colocó el rostro y se tocó la mejilla. Estaba claro que lo provocaba a propósito.

—¡Basta! —ordenó el capitán—. Tiene razón, estos sucesos no son normales. Tengo que contaros algo muy grave. —Khaled observó a Ruth. Ella agachó la mirada y apretó los labios. Saúl se sentó sobre la barra del bar y su mirada también se perdió en la inmensidad del comedor

—. Tenemos sospechas de que no existe tierra firme.

—¿Cómo? —La sorpresa de la cocinera fue la misma que la de todos los presentes—. ¿Y qué pasó con la gente que no embarcó?

Khaled suspiró y negó con la cabeza. Eli se cubrió la boca con las dos manos para no gritar. Las voces y reclamos hacia su persona aturdieron los oídos de Khaled. Lo culpaban de llevarlos al fin del mundo, de ocultarles la verdad. El silencio de su hija dolía más que las críticas. Ella lo observaba sin saber cómo reaccionar. Jared sintió esa presión de encierro en su pecho y tuvo que tomar asiento en el suelo antes de perder el conocimiento por la ansiedad.

Mientras Danilo no borraba la sonrisa y observada impasible la situación.

—¡Callaos todos! —gritó Saúl. Fue tan raro escucharlo levantar la voz, que todos callaron en automático—. ¡Este hombre aquí presente es el capitán del buque y gracias a él, estáis todos vivos! ¡Subió a este barco sin saber lo que iba a pasar y aunque no perdió a nadie en tierra firme, les aseguro que no pueden estar en mejores manos, así que callaos de una jodida vez y escuchadlo!

De manera asombrosa, el capitán tuvo toda la atención y el silencio que necesitaba desde un inicio.

—No estamos cien por ciento seguros de esto. Queríamos coger la caja negra de uno de los aviones que colisionaron en el mar, cerca del Finisterre. Lo perdimos junto a las provisiones. Tampoco sabemos si existe alguna posibilidad de encontrar tierra firme, lo único de lo que estamos seguros es de que estamos sobre ciudades que un día vistieron el continente. Sea como sea, prometí proteger a todas las personas a bordo del Finisterre y esa promesa no se romperá, a no ser que me hunda junto a este buque. Tenéis mi palabra.

Capítulo 6

Sigue la corriente



Los abucheos se situaron en lugar del apoyo que Khaled esperaba. Tomó aire y con el cuerpo repleto de moratones, llegó a la cabina de mandos. Apoyado del timón se bajó el neopreno. Observó los cortes que, por su proeza, traía en la piel. Apretó los labios y suspiró hondo. No sentía pesar por haber perdido tierra firme, y la culpa por ello le consumía. Todo lo que le importaba estaba a bordo. Su hija, el buque, el compañero al que consideraba su hermano. No tenía a nadie a quién llorar, extrañar o lamentar.

Se sintió una mala persona por una sensación tan natural como razonable.

La puerta de la cabina se abrió y observó a Ruth. Se acercó a él y lo tomó del brazo. No quiso decir nada cuando el paño húmedo que llevaba con ella rozó cada herida del capitán.

—Imaginé que lo iban a tomar así —comentó Ruth—. Es un golpe muy duro.

—Lo es. —Khaled tragó saliva y negó con la cabeza—. Bueno, para mí no. Me siento culpable por no lamentar la extinción de los humanos.

—Tanto como extinción...

—Dudo que los que estamos aquí vayamos a poder repoblar un planeta.

—¿No te sientes capaz?

—¿Es un ofrecimiento? —La seriedad en ambos se rompió y sonrieron a la vez—. Me siento mal por el remordimiento y no por la situación.

—Es normal, capitán. Tu mundo es este, no te sientas culpable. —Khaled la observó fijo y la conexión creció cuando ella levantó la vista. Se le escapó una sonrisa y tragó saliva antes de volver a hablar. Las caricias con el paño le erizaban la piel.

—¿Y cuál es tu mundo? —Ruth hizo una mueca de duda—. Sí, ¿cómo era tu vida antes de esto?

—Colegios especiales para niños superdotados, universidad estricta, trabajo de profesora a tiempo completo. Mi vida no era tan intrépida como la tuya.

—Así que eres de quedarte en un mismo lugar y hacer cosas cotidianas.

—Bueno, podría acostumbrarme a ser nómada, ¿crees que sería buena idea? —La sonrisa del capitán se agrandó. Se encogió de hombros y levantó la mano hasta que rozó la mejilla de la mujer.

—Te encantaría si lo probaras —respondió Khaled.

—Entonces, confío en ti, capitán.

Las manos de Khaled rozaron el cuello de Ruth. El cuerpo de la mujer se tensó y la piel se le erizó con cada caricia. El cierre del neopreno descendió por los fuertes dedos del capitán, lo suficiente como para observar parte de sus pechos. Tragó saliva y la tomó de la nuca. El movimiento tosco de él, la impulsó a gemir. Sin embargo, la mirada clara de Khaled fue directa a

los moratones que se habían dibujado en el cuello de Ruth tras ser agredida por Danilo.

—¿Quién te ha hecho eso? —Se preocupó.

—¿El qué? —Ruth se obligó a salir del trance.

—Los moratones del cuello —Ella tardó en responder. Sin embargo, dibujó una sonrisa fingida para disimular.

—Supongo que me habré golpeado al ir tras tu rescate —mintió.

—¿Golpeado? —Los dedos de Khaled encajaron en las marcas sin apretarle el cuello. Subió la mirada a sus ojos y se volvieron gélidos como el granizo que azotó el navío. La seriedad en Ruth no tardó en delatarla—. De nuevo me estás mintiendo.

—No, bueno...

—Sí, lo estás haciendo. —La soltó y se alejó de ella—. Soy estúpido y es absurda la conexión que tengo contigo.

—No lo es.

—¡Si no lo fuera me dirías la verdad! —Se enfureció el capitán. Golpeó el timón y bufó con la mirada fija en el horizonte.

—No es absurdo, porque yo también la siento, pero... no puedo, Khaled. —La mano de Ruth rozó la del capitán sobre el timón y acarició sus nudillos. Él la observó de reojo y llevó la vista hacia las manos—. Quiero protegerte y también a mí. Créeme que es mejor así.

La mano del capitán se retiró. Se quedó en silencio. Para él no existía nada más doloroso que una mentira. Ruth llevó la mirada al suelo y asintió. Entendió sus motivos para alejarse y se recolocó la ropa. Cuando la mujer iba a marcharse, un golpe fuerte hizo rechinar la madera de la cubierta. Khaled detuvo los pasos de Ruth y salió primero.

Tras la puerta de la cabina de mando, la caja negra del avión los esperaba como si alguien la hubiera puesto ahí en ese mismo instante. Ruth se abrazó del capitán y este la calmó con la mirada. Le sostuvo de la cintura y la estrechó con suavidad.

—Espérame aquí. —Ruth asintió.

Khaled recorrió cada centímetro del exterior del buque y se asomó para observar el mar infinito y, en ese momento, tranquilo. No había nadie. Volvió con Ruth y rozó su mano para calmar temblores producidos por el frío.

—Ve a cambiarte de ropa —sugirió—. Resfriarnos sería algo horrible en estas condiciones.

—¿Qué pasa con la caja?

—Yo la escucharé primero —informó—. Ve a cambiarte. —Ruth asintió y dio unos pasos para marcharse—. Por cierto. —La detuvo—. Gracias por salvarme la vida.

Ruth sonrió, asintió con amabilidad y se retiró con un poco de angustia en su pecho, al haber sido rechazada por el capitán. No podía contar más de lo que ya sabía. En su recorrido por el pasillo para llegar a su camarote, se cruzó con Jared. Lo observó por un instante. Tragó saliva, y su mente la situó en un pasado que no quería repetir.

Agachó la mirada, aunque él ni siquiera se dirigió a ella. El roce de los labios de Jared todavía quemaba por su piel. La mujer tragó saliva y se encerró en el camarote. Se sentó sobre la cama y apretó las manos en puño contra la manta.

Y recordó con detalle.

—¡Jared! —Sobre la mesa de la clase, Jared llenaba de besos el cuello y la boca de Ruth—. Basta, nos van a ver.

—¿Y qué? —ronroneó en su oído—. El riesgo me excita.

—Soy tu profesora, no es correcto. —Las piernas de Ruth flaquearon y la experta mano de Jared se hundió entre su ropa interior. Arqueó su espalda ante la intromisión y ahogó un grito que convirtió en gemido.

—Eres la profesora que me va a consentir a partir de ahora.

—Tienes novia. Yo estoy casada y podrías ser mi hijo. —Jadeó—. No está bien.

—No soy tu hijo y ellos no tienen por qué enterarse, ¿o sí?

Ruth negó con la cabeza, hechizada por los ojos verdes de Jared. Se fundió en sus labios y se dejó llevar por la situación, el morbo y las palabras candentes de aquel joven que le incendiaba las venas.

Ruth regresó al presente. Se arrepintió de ello en sus adentros y golpeó con el puño el colchón. Cubrió su rostro con las manos y se dejó caer de espaldas. Se maldijo una y otra vez, y se dejó torturar por el frío un rato más antes de cambiarse de ropa.

Jared llegó junto a Kayla. Agarró una infusión para los nervios y se la entregó. Eli los observó por un instante, sonrió y decidió retirarse para que hablaran a gusto en la barra del bar.

—No pareces afectado por las palabras de mi padre. —Con disimulo, Kayla llevó la mirada sobre su hombro y observó por donde se había marchado Ruth. Pudo percatarse de la mirada que fue desapercibida por Jared y la tensión creció en su pecho. Mojó los labios con la infusión y el trago caliente le calmó las ideas.

—Créeme, soy el que peor está encajando esto —confesó Jared—. No me quedan pastillas para muchos meses y estar encerrado me produce ansiedad. No estoy preocupado por mí, lo estoy por todos los demás.

Kayla volvió a centrar la mirada en él.

—Jared, ¿has visto por todo lo que hemos pasado? El problema menor que tiene este buque, eres tú.

—No estaría muy seguro de ello. —Jared apretó las manos en puño y suspiró hondo—. No sé lo que me pasa. Tengo alucinaciones.

—¿Alucinaciones? —El ceño de Kayla se frunció—. ¿Cómo son?

—Postapocalípticas y diferentes a todas las que he tenido antes de zarpar. —Kayla suspiró al escucharlo y jugó con la infusión dándole vueltas—. Parecen premoniciones, no creería en ellas si no hubiera visto granizo del tamaño de sandías o aviones estrellados después de haberlas tenido.

—¿Se lo has contado a mi padre? —Jared negó—. Debes hacerlo, es el único que puede salvarnos, aunque los demás no lo comprendan.

—Tienes razón, debemos confiar en el capitán. Hasta el momento, no nos ha fallado. —Kayla asintió. Se levantaron para ir a hablar con Khaled. Sin embargo, al hacerlo, la mano de Jared estrechó la suya. Kayla sintió un nudo en la garganta. Le aceptó el acto, no obstante, suspiró hondo y con la voz temblorosa, quiso ahondar en su malestar.

—Jared, ¿qué somos? —preguntó. Él la miró un segundo y levantó las cejas, sorprendido—. Sí, es que no lo sé.

—Pretendo pedirte ser mi novia en un momento más romántico y cuando el barco no esté dando vueltas en una lavadora marina. —Le sacó una sonrisa a Kayla. Él se encogió de hombros

y sonrió a su vez—. ¿Por qué esa pregunta tan absurda? ¿Crees que me acosté contigo por puro calentón?

—Pues, ¿sí? —Jared arrugó la nariz y negó con la cabeza—. ¿Y tampoco me engañarías?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —Kayla se quedó en silencio. Suspiró y apartó la mirada de Jared. Él la sostuvo del mentón y dirigió la mirada de la joven a sus ojos verdes—. No sé qué te pasa, pero no. No voy a fallarte.

—Estás muy cambiado —susurró Kayla. Él frunció el ceño con extrañeza, a lo que ella tuvo que redirigir la conversación—. Digo, que eres muy diferente a mi exnovio.

—Por eso es tu ex, supongo.

—Supongo que sí. —Kayla apretó los dedos alrededor de la mano de Jared. Él le sonrió y dejó un suave beso en sus labios. Solo con ese roce, erizó hasta el más mínimo centímetro de su cuerpo.

Khaled no se había retirado para quitar el neopreno empapado sobre su piel. Intentaba encontrar la manera para escuchar el contenido de la caja negra. Con solo una vieja radio y pocas herramientas para la electrónica.

Cuando Kayla y Jared llegaron, lo observaron en el suelo, con todo alrededor y una desesperación visible.

—Khaled, ¿qué haces? —preguntó su hija.

—Cuando me viste en peligro me llamaste papá, ¿ahora intentas hacerte la dura? —La observó de reojo. Ella bufó y se cruzó de brazos, molesta. Khaled sonrió leve y le indicó con la mano que se acercara—. Para saber qué les pasó a los aviones y si en realidad no existe nada de tierra firme, tomamos las grabaciones de cabina. Falta saber cómo escucharlo, porque aquí no tenemos mucha tecnología que se diga.

—¿Lo puedo intentar? —preguntó Jared. Khaled llevó la mirada hacia él y asintió. Le dejó sitio—. Creo que podría conseguir algo con esto.

—¿Estás seguro? —El capitán se extrañó cuando Jared, con habilidad, descomponía la radio, y empezaba a unir trozos que no iban, con otros—. A ver si no lo terminas rompiendo.

—No, tranquilo, capitán. —La destreza de Jared era asombrosa. Kayla y el capitán se retiraron y lo dejaron trabajar. Se absorbió en el trabajo y parecía que no existiera nadie a parte de él y el aparato que debía restablecer. Su seriedad imperaba y le resaltaba los ojos verdes como si un prado estuviera iluminado por el atardecer más rojizo que existiese.

Conectó la radio con el dispositivo de escucha que había por todo el buque. Khaled tuvo que contener las ganas de gritar y apartarlo del Finisterre, pero la seguridad que mostraba Jared le hizo comprender que no lo rompería.

Conectó la caja, un cortocircuito quitó la electricidad por un momento, sin embargo, cuando se reestableció, la grabación sonó por todo el buque con un mensaje estremecedor. Un piloto con acento español aseguraba no encontrar el país, pedía por auxilio al quedarse sin combustible. Kayla se acercó al mapa de navegación de su padre y empezó a tachar los lugares que diferentes pilotos nombraban. Un piloto francés, anunciaba no observar nada en el firmamento. La tierra se había esfumado. Lo mismo para Estados Unidos. En inglés, otro daba la alerta y se escuchaban hasta los gritos de los pasajeros antes de la colisión. Latinoamérica no se había librado. Corea, China, Rusia. Para cuando Kayla terminó, el mapa estaba en rojo, el rotulador le tembló en la mano y lo dejó caer sobre el papel. Con lentitud, llevó la mirada hacia su padre.

El capitán suspiró, se apoyó sobre el timón y negó con la cabeza. Por primera vez desde que

desembarcaron, la realidad les hablaba. En esta ocasión, Khaled sí sintió dolor. La empatía le permitió notar la asfixia que, en ese momento, Jared sentía. El dolor en los ojos de su hija y los gritos de desesperación de todos a bordo.

El capitán detuvo la grabación. Suspiró hondo y tomó el mando para hablar a todos los tripulantes. Apretó el botón y se aclaró la voz.

—Les habla el capitán Turner. Sé que esto es un momento difícil, pero rogaría que mantuvieran la calma y confiaran en una mínima posibilidad de encontrar tierra firme. Hay que tener fe.

Mientras el capitán hablaba, el desorden se instalaba al interior del buque. Los reclusos se rebelaron contra los oficiales que los contenían. Estos se defendían con sus armas reglamentarias. Cuando la sangre manchó las paredes del Finisterre, Eli tomó una bocanada de aire y fue a buscar a Saúl.

Sentado en el suelo, en la popa del buque, observaba el cielo y posaba sobre sus labios el último cigarrillo que le quedaba. La mujer llegó con él y se agachó a su lado.

—Las palabras del capitán no calmaron a nadie, ¿verdad? —preguntó Saúl. Eli negó con la cabeza—. Lo imaginaba.

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntó Eli.

—No tenemos muchas opciones, solo seguir en el buque.

—Sé que a nosotros no nos afecta igual como a los demás, pero no deja de ponerme mal pensar lo que les ha pasado a todos los que se quedaron en tierra firme. —A Eli se le rompió la voz y las lágrimas se presentaron en su rostro—. Esto significa que, ¿somos los únicos en todo el planeta? —El terror también se sintió en Saúl—. Tengo miedo.

—Y yo. —Saúl levantó el brazo. Eli lo observó con duda. A pesar de llevar años trabajando en el Finisterre, jamás compartieron tal cercanía. Sin embargo, bajo la presión de la situación, la mujer se apoyó en su pecho y lo abrazó cuando él hizo lo mismo. Pudo entonces desahogarse y llorar, matando las lágrimas en la camisa de Saúl.

Los momentos empezaron a pasar lentos para Jared. Aturdido se sostuvo de la pared. Kayla notó su palidez y le sujetó del brazo. Al igual que el capitán, evitaron que el mareo lo hiciera caer. Pronto la respiración de Jared se aceleró. Miró a todos lados. Ahora lo entendía, jamás habían sido libres. Siempre estuvieron en una cárcel, una todavía más grande que la anterior. Una angosta, repleta de peligros y con el mar como rejas.

—¿A qué están jugando? —se preguntó. Kayla lo escuchó y miró a su padre con disimulo.

—¿A quiénes te refieres? —lo increpó el capitán.

—¡A los cabrones que nos metieron en este buque! —Jared se soltó de las manos de ambos y empezó a hiperventilar—. Capitán, ¿de verdad piensa que esto fue un accidente?

—¿Crees que no?

—No. —Jared negó con la cabeza ante su rotunda negación—. Lo buscaron a usted expresamente, ¿por qué al Finisterre, habiendo tantos buques de gran envergadura? ¿Por su talento para navegar? ¿Solo por eso? Y su amiga, la rubia, no me da confianza.

—No es mi amiga, pero... —Khaled hizo una pausa antes de seguir—. Tampoco confío en ella, desde que subió al buque tiene comportamientos extraños, y otras veces no me quiere contar las cosas. Creo que tienes razón, esto no es una coincidencia.

—Ellos sabían a dónde nos mandaban —continuó Jared—. Nos toca a nosotros averiguar por qué.

Kayla se quedó en silencio y se pasó la lengua por los labios con nerviosismo. De reojo observó el mapa tachado y se le cortó la respiración. Ahora más que nunca, debía estar callada.

En las entrañas del Finisterre, el caos terminó cuando Ruth, con un leve movimiento de cabeza, ordenó a Danilo que pusiera fin al desorden. Con mano dura y sin piedad, no le importaron las bajas y los cuerpos que decorarían el mar alrededor del buque. Fue suficientes con diez hombres a bordo con el cuello roto, las costillas fracturadas, manchando los pasillos de sangre, para que los demás entendieran que tenían que obedecer.

Cuando los reclusos fueron encerrados en sus camarotes, Danilo arrastró los cuerpos uno a uno hasta cubierta, con la ayuda de otro militar.

La visión del Finisterre repleto de cadáveres alteró a Khaled.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?! —gritó. En ese mismo instante, Danilo soltó el cadáver que arrastraba y golpeó con la rodilla el estómago del capitán. Khaled se encorvó y se agarró de la barriga. El sabor metálico llegó a su boca antes de que la sangre cayera como gotas al suelo.

—¡Papá! —Kayla lo sostuvo del brazo y enfurecida observó a Danilo. Luego a la mujer que tenía al lado—. ¡No lo vuelvas a tocar!

—¿Qué demonios estáis haciendo?! —Jared miró al capitán y con lentitud llevó la mirada hacia Danilo—. ¿Por qué no me sorprende?

—¿Vas a colaborar o cumplirás tu amenaza de partirme la cara?

Jared no dejó que intuyera sus movimientos. El primer puñetazo en el rostro fue suyo. La nariz de Danilo sangró; sin embargo, eso le produjo risa. Una cínica y estridente. Cuando cerró la boca, la furia y las ganas de muerte se dibujaron en los ojos miel del pelirrojo.

Cuando los golpes ya eran más escandalosos, Khaled miró hacia la cabina de mando. Observó desde allí un arpón y quiso detener el descontrol con él. No obstante, unos militares detuvieron sus pasos. Suspiró hondo, no le quedaba de otra que luchar por la libertad del Finisterre.

El capitán y Jared estaban en desventaja, aun así, los golpes consiguieron alertar a Saúl. Junto con Eli se levantaron del suelo y corrieron a proa.

Observar al capitán, un hombre pacífico y de rectas actitudes, unirse a puños y patadas junto con un criminal, y con un montón de cadáveres alrededor, fue una estampa más que desgarradora para ambos.

Eli dio un paso atrás, mientras Saúl se hacía con uno de los arpones.

—¡Están intentando tomar el Finisterre! —avisó. Momento en el que los tripulantes fieles al capitán se agolparon a su alrededor y lo ayudaron en la batalla por evitar la conquista del buque.

Detrás de la masacre, Eli llevó la mirada hacia Kayla. Ella observaba con horror la escena, pero no reaccionó hasta que llevó la mirada hacia Ruth. Ambas mujeres se observaron por un instante hasta que la hija del capitán llegó con ella.

—Detén esto —le ordenó Kayla—. ¡Ahora!

—Sabes que no puedo. —Kayla no se anduvo por las ramas. No golpeó flojo. Con los nudillos le hizo sangrar la mandíbula a Ruth—. Ah, ¿así que a esas vamos?

—Me quitaste a mi novio y ahora pretendes que maten a mi padre —gruñó Kayla.

El rencor y la rabia acumulada en la hija del capitán, la convertían en un arma infalible después de todo el entrenamiento que había tenido antes de encontrarse en el buque. Los puñetazos y patadas de Ruth fueron esquivados sin ningún problema. Para cuando Kayla la cansó, le bastó un rodillazo en las costillas para dejarla sin respiración. La tomó del pelo y la

lanzó al suelo. Con patadas la hizo rodar hasta llegar a la puerta que daba al interior del Finisterre.

Ruth exhaló y, con el cuerpo temblando y ensangrentado, consiguió levantarse. Abrió la puerta y se forzó a correr hasta llegar a la cocina. Kayla la siguió y lanzó por los aires uno de los platos que se encontraban para lavar. Iba directo a la cara de Ruth, sin embargo, la mujer consiguió esquivarlo. Tropezó con una de las mesas y cayó de costado en el suelo. Kayla tomó una botella vacía de vidrio y a paso sereno, se acercó a la mujer.

—¡Espera! —gritó Ruth. Levantó ambas manos—. ¡Les diré que paren! ¡Espera, no lo hagas!

Kayla no escuchó. Partió la botella en la cabeza de la rubia y salió corriendo hacia su camarote. No se le vio la pizca de remordimiento por manchar sus ropajes de la sangre que había salpicado.

Eli observó la escena desde una esquina y se alarmó tanto que tuvo que ahogar un grito de horror. Cuando Kayla se retiró, ella se acercó a Ruth y al tomarle el pulso sintió movimiento suficiente para intentar salvar su vida. Cautelosa, pidió a dos de los grumetes escondidos en la cocina, que la llevaran a la enfermería.

Sin embargo, la mujer no fue con ellos. A pasos silenciosos, siguió el recorrido manchado de sangre que hubo dejado Kayla hasta detenerse fuera de su camarote, donde la escuchó hablar.

—¡Detengan esto! ¡Se trata de mi padre! —Kayla hizo una pausa—. ¡Ya no quiero ese trato, estoy callada, no dije nada, detengan el ataque ahora!

Eli se escondió cuando Kayla salió embravecida del camarote. Bajó a la bodega y retiró las cajas. Entre el cargamento, una caja repleta de explosivos, de los cuales ni el capitán sabía de su existencia, la ayudó con el plan de detener la inminente catástrofe.

Con una dinamita, subió a cubierta y trepó hasta detenerse sobre la cabina de mando. En una mano la dinamita, en la otra; el encendedor de la cocina.

—¡Alto! —gritó y prendió el encendedor—. ¡Dejad a mi padre tranquilo o todos pereceremos aquí!

Todos se detuvieron. Incluso Jared palideció ante la reacción de Kayla. Se veía segura y muy capaz de hacerlo. En medio del desconcierto, el buque se aceleró. No fueron los motores, tampoco el viento que mecía las velas. Kayla tuvo que soltar la dinamita y agarrarse del hierro que revestía la parte superior de la cabina. Khaled y Jared se asomaron a estribor y observaron las corrientes marinas arrastrando el Finisterre, esta vez, en línea recta.

Las visiones de Jared llegaron en el momento oportuno. La estrella se situó de nuevo sobre el Finisterre. Las corrientes lo arrastraron por muchas millas, pero el despertar de un nuevo amanecer pintaba el horizonte de lo que parecían ser una especie de estructuras altas parecidas a rascacielos.

—¡Hay que seguir la corriente! —pidió Jared. El capitán lo observó y entrecerró los ojos, pues esa velocidad era demencial para soportarla por unas horas—. ¡Confíe en mí, capitán, debemos seguir la corriente!

Capítulo 7

En bucle



El Finisterre recorría los mares con rapidez. La corriente lo arrastraba tan rápido que los radares no lograban funcionar con normalidad. A pesar de ello, aunque alerta, Khaled dejó a Saúl al mando del timón.

Como capitán debía cerciorarse de restablecer el orden en el buque después del intento de reyerta. Junto a Jared, Ataron las manos de Danilo tras su espalda. Él los observaba y dejaba que lo apresaran. Tuvo recuerdos de antes de zarpar. Suspiró hondo y sobre su hombro se fijó en Jared, mientras apretaba el nudo de la cuerda que cortaba la circulación de sus manos.

Intentando ignorar el mareo que el marco les ocasionaba al ir tan rápido, lo ataron al mástil, sentado en el suelo.

—¿Dónde está Ruth? —preguntó el capitán.

—No tengo ni idea —respondió Jared. Eli llegó con ellos y observó la calma que antes no se respiraba en cubierta. Llevó la mirada hacia Kayla y suspiró hondo.

—Se cayó en medio del revuelo —mintió la señora—. Está en la enfermería.

Kayla la observó y ambas se sostuvieron la mirada como un reto para saber qué haría la otra al próximo aliento.

—¿Fue muy grave?

—Bastante, capitán. Tuvieron que detener el sangrado de su cabeza, pero está estable.

La información de Eli enfureció a Kayla, quien, en realidad, la quería muerta.

—Iré a verla, Jared, retira los cuerpos de cubierta —ordenó el capitán—. Diles a varios de mis hombres que te ayuden.

Jared asintió y cuando el capitán se retiró dejó un beso en los labios de Kayla antes de volver al trabajo. La hija del capitán seguía con la mirada fija en la cocinera, y esta no mostró ni un ápice de miedo.

—No juegues a joderme —le advirtió Kayla.

—¿Por qué debería? —respondió Eli—. Solo lo haría si escondes algo grave, ¿lo haces?

Kayla mostró una sonrisa molesta.

—Ten cuidado, cocinera, la hija del capitán es más importante que tú.

—Igual la que debería tener cuidado eres tú, comes de lo que cocino. —Las dos se quedaron en silencio por un segundo. La tensión se respiraba y podría cortarse con un cuchillo. Eli mostró una sonrisa suave y siguió—. No sé lo que pretenden estando en este barco, pero seas hija de Khaled o no, no dejaré que le hagáis daño a la única familia que he conocido y a mi hogar, que es este buque. Y no me importa que me vean como una cocinera sin más. Yo no moriré aquí.

—No después de mí —retó Kayla. Ahora sonrió con cinismo, la mujer suspiró con exasperación, agachó la cabeza y se retiró con Saúl.

Él notó el malestar de la mujer, mas no quiso preguntar en ese momento. Tenía bastante con mantener el rumbo del barco a la velocidad que habían alcanzado.

La mirada de Kayla llegó hasta Danilo. Él la observaba desde que lo habían atado. Una sonrisa ladeada lo acompañó cuando la vio acercarse. Sin embargo, los andares de la joven fueron acompañados por dos bofetadas que le hizo girar la cara a ambos lados y le hicieron escupir sangre.

—¡Guau! ¡Nos levantamos bravas! —exclamó el pelirrojo—. ¿Eres así para todo?

—Deja tus mierdas. —La mano le ardió y tuvo que visitarle de nuevo la cara. Danilo gruñó y escupió la sangre en el suelo, al morderse la lengua—. Si vuelves a hacer algo en contra de mi padre o mi novio, te juro que te mato. Nadie te echaría de menos.

—Tu novio —gruñó.

—Jared —aclaró Kayla—. Te advierto que no es el único capaz de matarte.

La sonrisa de Danilo se agrandó. Se lamió los labios ensangrentados y se encogió de hombros.

—Creí que ibas a reclamarme porque te vi teniendo un orgasmo, pero al parecer, esa situación no te desagradó en lo absoluto.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Seguiste? —preguntó Danilo. Con solo fruncir el ceño tuvo la respuesta de Kayla—. Claro que sí, no te quitó el calentón verme, te lo incrementó. Por eso tu orgasmo llegó mientras me mirabas.

—¿Quieres otra bofetada? —Danilo dio una carcajada—. No te reirás así cuando no te queden dientes.

—Relájate, nena. —El sonido de la próxima bofetada se escuchó por toda la cubierta. Danilo cerró los ojos y gruñó. La observó furioso y apretó los dientes. Luego los destensó y siguió—. No fui a verte a ti.

—¿Cómo?

—¿Te decepciona? —Danilo se mordió el labio inferior y agrandó la sonrisa—. Quería verlo a él. Jared es muy atractivo. Sin embargo, tú también. —La miró de arriba abajo—. Puede que esta vez haga una excepción.

Kayla iba a volver a golpearlo, pero Danilo solo hacía tiempo con la conversación hasta que sus manos se sintieran libres de la sogá. Antes de que pudiera llegar a su rostro la tomó de la mano. La hizo girar sobre su eje, apoyó la espalda de la joven contra el mástil, la sujetó y se inclinó.

Estampó los labios contra los de Kayla y hundió la lengua hasta el interior. Los puñetazos de la joven contra su pecho no lo detuvieron. Le sostuvo la nuca y dejó que el sabor metálico de la sangre los encendiera a ambos. Envuelta en un abismo absoluto y falto de remordimiento, Kayla siguió el beso.

Con las manos sostuvo la tela de la camisa de Danilo y tiró hacia ella. Gruñeron a la vez, y el jadeo les arrancó un pequeño quejido sin detenerse ni alejarse.

Cuando el nombre de Jared sonó entre los tripulantes, Danilo alejó la boca y el cuerpo de Kayla. Ambos se observaron un segundo, la sonrisa volvió al rostro de Danilo antes de marcharse con una erección visible en los pantalones y la cual se había clavado en Kayla, a pesar de las ropas que lo cubrían.

—¿Dónde está el pelirrojo? —preguntó Jared. Kayla salió del trance, aunque la excitación

no se marchaba. Jared se acercó y le tomó la temperatura con la mano en la frente—. ¿Te mareas el movimiento del barco?

—Ese cabrón escapó —contó ella. Cuando Jared se acercó, su olor, su presencia, la estremecieron. No podía ocultar que lo amaba como siempre lo había hecho, por lo que la confusión creció en sus pensamientos. Miró hacia donde se había marchado Danilo. Un sentimiento animal y extraño se instaló en su pecho. Tragó saliva y levantó la mirada hacia Jared cuando este la besó.

—Te ves aturdida.

—Me besó —confesó la joven. Sabía lo que se sentía con un engaño y no iba a dejar que alguien pasara por lo mismo. Jared se enfureció en un segundo y se movió decidido a encontrarlo y darle una paliza, pero Kayla lo detuvo—. Me besó y me gustó.

Con la confesión de su novia el cuerpo de Jared se paralizó.

—¿Has visto lo que le ha hecho a tu padre? —preguntó atónito—. No lo puedo creer.

—Lo vi igual de claro que tú.

—Si no hubiera sido por ti, lo habrían matado. ¿Eres consciente?

—Lo soy.

—¿Entonces?

—No lo puedo explicar. —Kayla se pasó las dos manos por el pelo. Suspiró y cerró los ojos—. Es irracional.

—Lo racional se terminó desde que embarcamos, ¿no te das cuenta? —Jared suspiró y quiso marcharse, mas Kayla dio unos pasos hacia él y le habló para detener su recorrido.

—¿Te enfadaste?

—¿Tú que crees? —La miró solo un segundo—. Hace unas horas me estabas preguntando si te engañaría y ahora lo haces tú.

Kayla pensó en alguna excusa, sin embargo, nada podía detener lo que había pasado entre ella y el pelirrojo que casi los deja sin tripulación.

—Lo siento —respondió con un hilo de voz.

Jared recordó el calor que decoraba la respiración de su novia. La respiración que se mantenía agitada, subiendo y bajando su pecho. El calor que parecía tener cuando llegó con ella. Evidencias de la excitación que había sentido solo por un beso con ese hombre.

La furia lo abalanzó sobre ella. Apretó su trasero y la cargó en brazos mientras se apoderaba de su boca con un frenesí absoluto. Golpeó sus nalgas y las apretó. Sobre la tela, Kayla sintió el dolor que manchaba de rosa su trasero, pero le encantó sobremanera. Lo abrazó por el cuello y siguió cada movimiento de la boca de su novio. Él envolvió el cabello entre sus dedos y tiró al cerrar la mano en puño. No iba a ser delicado, no después de haberla visto así por otro.

El sabor metálico de Danilo ahora se saboreaba en ambas bocas y lo absorbían con una locura que los embravecía y excitaba cada vez más.

Jared la tomó en brazos, apretó sus nalgas, e ignorando cualquier suceso que ocurriera en el Finisterre, la llevó a su camarote. Rozó su piel con la lengua y con un afilado cuchillo que guardaba en el pantalón, rompió los ropajes de la joven. Ella, presa de la excitación, ni siquiera se quejó porque le rompiera la ropa.

La dejó caer en la cama y los dedos se hundieron en primer lugar, mientras volvía a saborear el exquisito néctar de su boca. Gimotearon. Kayla desató la locura que se encontraba encerrada entre el pantalón y el bóxer, y le rozó la base de su erección con el ancho de la mano. Subió y bajó sin descanso. Estimuló cada punto con el que sabía que Jared iba a delirar.

Gimieron a la vez y se observaron fijo a los ojos. Las mejillas sonrojadas de Kayla no ocultaban el amor que sentía por el hombre que, sobre ella, empezaba a hacerla suya una vez más.

Se encontraba más abierta y húmeda que nunca. Resbaló el miembro entre sus carnes y apretó al fondo. Calló un grito de Kayla tapándole la boca con la mano. Siguió sin descanso. La cama crujía y los golpes podían escucharse hasta el pasillo. Ella se estremeció. El placer era absoluto cuando aumentó la fuerza y la velocidad. Entornó los ojos, agarró con las manos la sábana y tiró. Abrió las piernas y dejó que le estimulara el clítoris con la mano que tenía libre.

Había un festival de placer y fuego en el cuerpo de Kayla y se transportaba con todas las consecuencias hacia el de Jared.

Él la observaba. Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad, por poseerla y demostrarle a quién le pertenecía. Rozó sus labios y dejó que babeara sus dedos hasta meter dos en su boca. Jugó con la lengua de la joven hasta escucharla gritar. Con suavidad, llevó la mano al cuello y apretó. No lo suficiente para hacerle daño, pero sí para jugar con la respiración y aumentarle la locura, y el placer.

Jared gruñó cuando Kayla enterró las uñas en sus brazos. Se observaron cuando cayeron juntos al abismo. El orgasmo les azotó con fuerza. No pudieron callar los gritos, esta vez no. Sin embargo, en medio de todo el frenesí, Jared no quiso parar.

Kayla se sostuvo del cabecero de la cama y echó la cabeza hacia atrás. Sus piernas lo abrazaron por la cintura y se dejó llevar. Los orgasmos salían seguidos, uno tras otro, sintiéndose cada vez más sensibles, excitados. Tan placenteros que no calmaban las ganas de más de ninguno de los dos.

El capitán revisó las heridas en la cabeza de Ruth mientras ella estaba inconsciente. No era estúpido, aunque hubiera estado absorto todo el viaje.

Además de que no acostumbraba a tratar tanto con la gente que transportaba, no había sido fácil para él pasar por tantas adversidades. Suspiró hondo cuando vio un vidrio en una de las gasas que usaron para limpiar las heridas de la cabeza de Ruth. Observando más a fondo las posiciones en las que se encontraba lastimada, supo al segundo que no se trataba de un accidente fortuito y menos una caída. Se sentó en la cama y suspiró hondo. Esperaba que se despertara, y así lo hizo.

Cuando la escuchó balbucear y sintió que la sábana se movía, la observó y le sostuvo la mano para evitar que se levantara.

—¿Dónde estoy? —dijo aturdida.

—En la enfermería —aclaró Khaled—. No te levantes, sufriste un accidente.

—¿Un accidente? —En los recuerdos de Ruth llegaron las imágenes de Kayla con la botella de vidrio. Apretó los labios y soltó la mano del capitán. Él se extrañó por ese acto de hastío hacia su persona, pero no le insistió en tomarle la mano una vez más.

—Me dijeron que te caíste —contó el capitán—. Pero no creo que fuera la verdad, y estoy cansado de que me mientan y me oculten cosas. He estado dieciocho años sin saber de la existencia de una hija que me hubiera gustado criar. No más. —Ruth suspiró hondo y apretó las manos en puño—. ¿Te sientes con fuerzas para contarme las cosas?

—Te conté lo de la máquina —reclamó Ruth—. ¿Pretendes que me maten, capitán?

—Pretendo saberlo todo para hacerme a una idea de cuántas cosas más van a pasarnos a bordo del Finisterre.

Ruth suspiró hondo y asintió.

—Puede que haya tierra —confesó. La esperanza brilló en los ojos azules del capitán—. Pero para encontrarla se necesita una pieza de una máquina que restablece el espaciotiempo. Está descompuesto, por eso la meteorología no nos acompaña.

—¿Qué significa eso?

—Significa que podemos estar navegando por cinco meses y estar en el mismo lugar donde navegamos el día de la tormenta. Estamos en un bucle espacio temporal, completamente atrapados. Solo podemos avanzar unas millas y volvemos atrás una y otra vez.

—¿Y la máquina? —Ruth negó con la cabeza—. ¿No sabes dónde está?

—Debería de estar aquí.

—¿Dónde? ¿En mi buque? —Ruth asintió—. ¿Por qué?

—Porque a alguien se le ocurrió que la mejor forma de esconderlo era en altamar. Un científico que fue creador de las máquinas y que sabía unas coordenadas que no serían afectadas por la explosión. Él es el destructor de la humanidad y el único que puede salvarnos.

Khaled suspiró hondo y se pasó las dos manos por el pelo. Asintió con la cabeza y se le escapó una sonrisa sarcástica.

—Estáis locos, esto nunca fue para reinsertar reclusos —aseguró el capitán.

—No.

—¿Quiénes son esas personas en realidad?

—Son gente brillante y la gente brillante siempre está un poquito loca. Cometieron crímenes, pero sus mentes son privilegiadas, perfectas para este trabajo. Los prepararon y entrenaron para estar aquí. Como a mí.

—¿Cómo se llama este proyecto? —curioseó el capitán y luego, se mofó—. ¿Cómo matar a todo el mundo en un segundo?

—El proyecto Finisterre —confesó Ruth—. Todo empieza y termina en tu buque, capitán. Por eso siempre has sido tú el indicado.

—¿Somos los únicos supervivientes de la catástrofe? —Ruth hizo una pausa y el capitán se inclinó hacia ella con seriedad—. Responde, ya no tengo paciencia con esto.

—Sí, nos salvamos porque yo sabía una de las coordenadas que serían inmunes a los efectos. Fue el mismo día que viste la ola más grande que verás en toda tu vida.

Khaled negó con la cabeza. Sabía que las provisiones se acabarían, quedaba poca gasolina y, además, no podían seguir por tanto tiempo en altamar, con tantas inclemencias y sin revisar el estado del buque. Tarde o temprano serían naufragos a bordo del Finisterre. La esperanza de que hubiera tierra le alegraba; sin embargo, ¿cómo encontrarla si no podían avanzar?

—¿Hay alguna forma de salir del bucle sin esa máquina?

—Puede haber campos electromagnéticos que nos sirvan de túnel. Lo escuché de alguien. —Apartó la mirada del capitán, mientras que sentía la culpa que se hospedaba en su pecho—. Pero era una posibilidad entre mil y nos veríamos absortos en otro bucle. Quizá presente, pasado o futuro. A partir del incidente no sabemos si pasan años o segundos, cuando nosotros contamos días y noches. Sería como pasar de bucle en bucle por toda la eternidad.

—Dios santo. —Khaled se tuvo que sentar—. La única escapatoria es encontrar la pieza y la máquina, ¿me equivoco?

—Es la única forma de lograr encontrar tierra, si es que la hay.

—¿Qué papel tienes tú en todo esto? —En ese momento, solo obtuvo silencio por parte de Ruth. El capitán se levantó y suspiró hondo—. Recupérate, porque esa pregunta pienso repetirla hasta tener una respuesta. Tenlo claro, Ruth.

Cuando el capitán iba a retirarse, la mano de Ruth sostuvo la suya. Notó una leve caricia en los nudillos. Con la mirada, la mujer le imploraba que se quedara. Khaled tragó saliva y suspiró hondo. Observarla a los ojos le resultaba irresistible e incomprensible.

—Te conté muchas cosas —susurró Ruth—. Necesito que me protejas.

—Protejo a todo el que está a bordo, ya lo dije muchas veces.

—No, de forma especial. Si yo vivo, tú vivirás, capitán.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa —aclaró Ruth—. No me dejes sola, por favor.

Khaled suspiró hondo y volvió a sentarse. Las caricias en sus nudillos le alteraban el pulso. Las miradas de ambos se conectaron en un instante. La mujer se sentó con lentitud sobre la camilla y se inclinó. Posó una mano sobre la mejilla del capitán y se acercó a su boca. Iba a besarlo, sin embargo, Khaled alejó la cabeza. Le ocultaba demasiadas cosas y no poseía su confianza. Menos para terminar en algo serio con ella.

—Deberías descansar —comentó. Ruth suspiró y volvió a acostarse. Entendió las razones del capitán, a pesar de la frustración que le había ocasionado el rechazo—. Cerraré la puerta de la enfermería con llave, así estarás más protegida. Vendré en un rato.

—Está bien.

El capitán se retiró sin mirar atrás. Ruth solo se acomodó en la camilla y se cubrió con la sábana. Cerró los ojos e intentó no llorar. Todo lo que podría salir mal, lo había hecho, y la impotencia vivía en su interior sin intenciones de marcharse.

Khaled se ocupó de que Saúl y Eli supieran cada detalle de las palabras de Ruth, pues solo en ellos confiaba. La señora se retiró a hacerse varias infusiones, mientras que Saúl solo podía mirar al horizonte sin un punto fijo, con la mente quebrada.

Varias horas después, hasta el capitán empezaba a sentir mareo por la rapidez en la que el Finisterre recorría el océano.

Kayla era la única que no lo notaba, pues tras la sesión intensa de sexo, se había quedado dormida. Jared se levantó de la cama y se vistió. La observó por un momento, desnuda sobre su cama y tapada por una tela tan fina que se transparentaba su silueta. Era perfecta. Rozó con sus dedos el contorno de las caderas de la joven y se mordió el labio inferior. Volvería a hacerla suya, pero debía descansar.

Cuando salió del camarote, un chasquido le hizo voltear la mirada. Al final del pasillo, Danilo lo observaba con temor a que lo encontraran suelto. Jared frunció el ceño e iba a avisar a alguien para que volvieran a apresararlo, sin embargo, Danilo levantó las manos y le pidió calma. Con un suave movimiento de cabeza, Jared entendió que quería que lo siguiera.

Miró hacia los soldados que vigilaban al otro extremo del pasillo y entrecerró los ojos. Suspiró hondo y optó por seguir a Danilo.

—No sé cómo tienes el valor de llamarme sin temer por tu vida —le susurró Jared.

—Calla, pueden oírnos. —Ambos bajaron a la bodega. Una vez allí, Danilo se aseguró de

que nadie los había seguido y cerró la puerta—. Bien, aquí podemos hablar con tranquilidad.

—¿Te das cuenta de que podría matarte aquí y nadie se enteraría? —amenazó Jared.

—No lo harás.

—¿Por qué? Dejo que me des una sola razón.

—Me necesitas. —Jared arqueó una ceja, incrédulo—. Sé que parece una locura.

—Ni siquiera te conozco.

—Me parece que no conoces a mucha gente. —Los ojos de Jared se cerraron solo un poco y ladeó la cabeza sin entenderlo. Se cruzó de brazos, esperando una explicación—. Como consejo te diré que dejes la medicación.

—Excelente consejo de parte de alguien que mata sin miramiento —contestó Jared—. Si dejas de tomarlas me volveré un asesino.

—Serás tú —aclaró Danilo—. ¿No recuerdas absolutamente nada? No conocía a Kayla en persona, pero a ti. A ti te conocía más que a nadie en todo el mundo.

—¿Qué? —Jared se sentía aturdido y atropellado con todo lo que le estaba diciendo. Una presión extraña se formó en su sien. Tuvo que sentarse en el suelo—. No sé de lo que me estás hablando.

—Soy Danilo Clark, tú y yo estudiábamos en el mismo instituto para niños superdotados hasta que me llevaron a otro lugar. —Jared negó con la cabeza y cerró los ojos. Se llevó la mano a la sien y bufó. Pequeñas imágenes se dibujaron en su mente. Momentos cortos con Danilo en los que estudiaban y bromeaban en los pasillos del centro—. Me hicieron lo mismo que a ti, Jared. Pero conmigo no funcionó. ¡Los engañé! —Jared abrió los ojos, confuso. Observó a Danilo y jadeó con nerviosismo—. He visto cómo les lavaban el cerebro a las personas. Cómo jugaban con nuestras capacidades mentales. Jared, creen que soy uno de ellos, ¿entiendes? Deja las malditas pastillas y confía en mí. En el Finisterre todos son malvados, aunque se demuestre lo contrario. Recuerda eso.

Antes de retirarse, Danilo apoyó las manos en el suelo y se inclinó hacia Jared. Dejó un suave beso sobre sus labios. Jared no pudo reaccionar. Estaba por completo en shock.

Cuando Danilo se marchó, recuerdos con él aturdieron la mente de Jared. Eran breves, aunque intensos. Después de una fiesta en la que terminaron bebiendo más de la cuenta, habían sido mucho más que amigos. Así lo delataban las imágenes rápidas que su mente expulsaba. Besos, caricias, sexo. Una aventura de juventud que se quedó inconclusa con la ida de Danilo a otro centro estudiantil.

—Capi, ¿qué es eso? —alertó Saúl mientras señalaba al horizonte. Tomó unos prismáticos y apuntó a la lejanía—. No puede ser.

El capitán observaba siluetas borrosas, pero ni siquiera agudizando la vista, conseguía aclarar la visión. Saúl le pasó los prismáticos y observó lo mismo que Saúl comprobó. La mandíbula del capitán se desencajó y tragó saliva.

—Que Dios se apiade de nosotros —dijo entonces. Bajó los prismáticos y apretó con fuerza el timón—. Rompimos la barrera de uno de los bucles. Entramos a otro.

Capítulo 8

Descenso al más allá



El fantasma de una civilización destronada de su mandato se alzaba a los lados del Finisterre. Rascacielos que, golpeados por las olas, mostraban un escenario tan imponente como sombrío. El agua surcó por el rostro inamovible de la estatua de la libertad. Una que los tripulantes del Finisterre habían perdido desde que zarparon.

El capitán bajó los prismáticos y el asombro fue el mismo que el de Saúl. Era tal y como le había advertido Ruth. Un mundo sin espaciotiempo. Sin lógica. Podrían estar en sitios diferentes y lejos entre sí, tan rápido como un parpadear.

El brillo que los iluminó, escasos segundos antes, los cegó, no fue tanto el impacto como pasar entre los rascacielos abandonados, esperando por una voz que les dijera que no estaban solos.

La súplica que gritaba por el encuentro de un superviviente se volvió pesadilla cuando escucharon una música clásica provenir de uno de los pisos con ventanales rotos y fachada quebradiza. Mientras el Finisterre pasó lento por su lado, la música no se detuvo, por lo que Khaled optó por bajar el ancla e ir a investigar.

—¿Has visto cómo está todo esto? —preguntó Saúl. Khaled asintió—. ¿Y pretendes meterte a esa casa?

—Si hay algún ser humano ahí dentro, ¿quieres que lo dejemos tirado?

—No, pero. —Saúl sostuvo ese «pero» por un rato, aun cuando no había nada que decirle al capitán. Suspiró y se encogió de hombros—. Te acompaño, como todo.

—¿De verdad vais a ir los dos? —se quejó Eli. El malestar en la boca del estómago no desaparecía desde que fue consciente de la situación—. No quiero que os pase nada.

—Ya sabes que estamos hechos de hierro —bromeó Saúl.

—Quizá el capitán, pero ¿tú?

—¿Yo qué? —Saúl la observó con sospecha y levantó la cabeza con dignidad—. Ya tengo mis años, pero no pierdo el brío.

—Si tú lo dices.

Mientras discutían, una sonrisa suave se dibujó en el rostro del capitán. Se apoyó del timón y los observó con cariño. Desde que era un niño, ellos habían estado a bordo del Finisterre y eran la única familia que conocía, después de que sus padres lo abandonaron y terminara en un orfanato. Suspiró hondo, pensando en Kayla y dirigió la vista al suelo. Tenía razón cuando dijo que huyó y que lo hubiera hecho de haber sabido que iba a ser padre. No solo por su incapacidad para la responsabilidad, sino también por la negligencia de unos padres que jamás merecieron ese título. ¿Y si era igual que ellos? El amor por el mar lo arrastró al Finisterre, no obstante, sus traumas fueron los que lo alejaron por completo de la mujer que amaba. Si no había familia que

destruir, no podía lastimar a nadie. Y, aun así, lo había hecho.

—Capi, ¿estás bien? —Saúl lo sacó de sus ensoñaciones. Él asintió y suspiró hondo—. ¿Seguro?

—Solo estaba pensando que tengo mucha suerte de teneros —confesó el capitán—. Aunque como referente paterno eres un pelín desastroso, Saúl.

—Primero me dices algo bonito para después bajarme del pedestal. —El hombre bufó e ignoró las risitas de burla de Eli—. Bueno, ¿vamos o no?

—Por supuesto.

—Tengan cuidado, ¿vale? —La señora los abrazó con fuerza y dejó un beso en la mejilla de cada uno—. Me quedaré aquí, vigilando. Hay cosas que no encajan y es mejor vigilar.

—¿A qué te refieres?

La pregunta del capitán le forzó una sonrisa para que no se preocupara.

—Nada, capitán, cosas de una señora entrada en edad. No te preocupes.

Khaled le acarició la cabeza como un acto de compañerismo y cariño. Ella le regaló una radiante sonrisa antes de que se prepararan para abordar el lugar.

—¿No sería mejor que vayamos con compañía? —preguntó Saúl.

Khaled se quedó en silencio y recordó al chico que le había salvado la vida al empujarlo para que no le cayera el granizo.

—Creo que sé en quién podemos confiar en este buque —aseguró el capitán.

Khaled se retiró, y cuando Saúl y Eli se quedaron solos imperó el silencio. Saúl forzó una sonrisa, la mujer igual. Así estuvieron unos minutos hasta que Saúl decidió romper el silencio.

—No estás casada, ¿verdad? —La señora enarcó las cejas con sorpresa—. Lo digo porque como siempre estás aquí metida.

—Mira quién fue a hablar.

—Ya, bueno, pero... —Negó con la cabeza—. No, ¿no?

—No, pero si lo estuviera, ¿no has pensado que mi marido estaría bajo toneladas de agua?

—Bueno, tienes razón. —De nuevo el silencio se instauró entre los dos. Esta vez, Eli no podía dejar de mirarlo como si viera a un alienígena preguntándole cosas absurdas.

—No sueles hablar con mujeres cuando llegamos a tierra firme, ¿verdad? —preguntó curiosa.

—Bueno, hablar lo que se dice hablar, pues no.

—Ya, se nota. Estás igual de verde que el capitán.

—No sé cómo tomar eso. —Eli se encogió de hombros—. Estoy pensando que, aunque llevamos años a bordo, nunca hemos hablado mucho.

—Pues, por algo será. —Eli suspiró y caminó hacia la puerta para vigilar lo que ocurría dentro del buque.

—O quizá, porque no tuvimos oportunidad de hacerlo —interrumpió Saúl sus pasos. La mujer lo observó de reojo. Ese interés tan repentino por parte de Saúl le crispaba los nervios. Prefirió no seguir con la conversación y se marchó. Extrañada, terminó con una sonrisa esporádica en sus labios. Ver a Saúl esforzarse por mantener una conversación con alguien que no fuera marinero, le producía gracia.

El capitán interceptó a Jared en la cocina, frente al cubo de la basura. En ese mismo momento, observaba las cajas de medicina en el interior y se preguntaba si había hecho lo correcto. Hubiera podido recogerlas, pero el vago recuerdo de Danilo le hacía confiar en él

ciegamente y quería saber quién era. Tenía tantas interrogantes en su mente, sin poder descifrar, que le generaba más ansiedad que el hecho de estar encerrados en un buque a la deriva.

—Oye, Jared, ¿verdad? —Jared lo observó y asintió con la cabeza—. Necesitamos ayuda en cubierta, ¿te unes?

El asombro del joven fue visible. Observó al capitán, anonadado y sonrió de forma leve.

—Usted, ¿confía en mí?

—Lo hago.

—¿Por qué?

—El aspecto no define a una persona y, lo que dicen los demás de uno, no siempre es cierto. Pude ver algo en ti que otros no y te debo mi vida. —La mano de Khaled se extendió frente a Jared—. Si la estrechas, dejarás de ser un recluso a bordo del Finisterre. Serás de mi equipo, un marinero. Tú decides. Sería una nueva vida para ti.

La sonrisa de Jared se agrandó al máximo. Con los ojos brillantes levantó la mano y le estrechó. Khaled sonrió a su vez y golpeó con suavidad la espalda del joven.

—Gracias por esto.

—Vamos —ordenó el capitán—. Cuánto antes vayamos, mejor. No quisiera que anocheciera y siguiéramos entre ruinas.

Al llegar con Saúl, la cara de desagrado de este le sacó una risa esporádica a Jared.

—Saúl, por favor —regañó Khaled.

—¿Quieres que nos maten? ¿Es eso? —regañó el marinero.

—Tranquilo, no voy a comerme a nadie —bromeó Jared—. Además, prefiero bistec fresco.

—Ah. —Saúl reaccionó—. O sea, ¿me llamas viejo?! Y encima... —Miró hacia el capitán—. ¡Encima dejó caer que es un caníbal! —Hizo espavientos con las manos—. ¡Ya está, capi, vamos a acabar en la olla de la sopa de Eli! —Jared estalló en risas—. ¡¿De qué te ríes?! —Basta, Saúl —interceptó el capitán—. ¿Qué no ves que lo hace a propósito?

—A propósito... —Cuando miró a Jared, este le recibió con un guiño. A Saúl le dio un escalofrío—. Si terminamos muertos, será solo tu culpa, Khaled.

—Sí sí.

Colocaron una plancha de madera desde el barco hasta la ventana rota del piso donde se escuchaba la melodía y, como piratas, abordaron el interior del limpio y ordenado departamento. Sobre la mesa de centro había comida recién cocinada. La música provenía de un disco que rodaba sobre una mesilla, por lo que hacía poco que lo habían activado. Sobre el sofá se hallaba colada recién doblada y dibujos infantiles desperdigados por el suelo junto a varios juguetes. Todo apuntaba a que hacía escasos segundos, alguien habitaba en el departamento, sin embargo, en ese momento, solo el sepulcral silencio los acompañaba.

Los pasos de Kayla eran seguidos de cerca por Eli. Temía por su integridad al desconfiar de la hija del capitán; sin embargo, si los años le habían enseñado algo, era a no dar su brazo a torcer por las apariencias. Sigilosa, astuta, siguió cada movimiento de la joven. Desde el camarote de Jared hasta la enfermería, donde pudo observar el miedo en los ojos de Ruth cuando la vio entrar.

—Por favor —rogó Ruth—. ¡Ni siquiera me interesa Jared!

—Eso no importa —aclaró Kayla—. De hecho, no vengo a rematarte. —La joven caminó frente a la camilla. Se paseó tocando los cachivaches médicos y la observó de reojo—. He

decidido que debes vivir. Si estás aquí es porque haces falta.

—Kayla, ¿dónde está la pieza? —preguntó la mujer. Kayla sonrió y suspiró hondo. Sus risas burlescas le aceleraron el corazón—. Por favor, detengamos esta locura.

—¿Crees que sé dónde está? —Ruth asintió—. Te equivocas. ¿Por qué suponías eso?

—Porque tú siempre has sido cercana a Jared.

—No lo suficiente. —Kayla suspiró hondo y tomó asiento al lado de Ruth—. Tomé todos sus apuntes antes de embarcar, no hay ni una sola pista fiable.

—Jared no es idiota, debe tener un plan B.

—No recuerda nada, ha cambiado por completo. Parece una persona diferente —se quejó Kayla.

—Y lo es —admitió Ruth—. De todos modos, la astucia no desaparece con electroshock. Él debió confiarle a alguien la localización.

—¿En quién confiará tanto como para dárselo? —se preguntó Kayla—. Ni siquiera me lo dijo a mí.

Danilo recorría los pasillos con unos papeles en las manos. Estos al desplegarse y juntarse entre sí, formaban un mapa que dibujaba a la perfección el Finisterre. Junto a los pasos, las instrucciones emborronadas le confundían las coordenadas, aun así, su búsqueda era incansable.

Se había convertido en un prófugo dentro de un buque del que no podía salir, por lo que la búsqueda era mucho más peligrosa y difícil, pero no se rendía. Sus pasos se detuvieron frente al camarote del capitán. Cuando intentó abrir, la encontró cerrada. Suspiró hondo y retiró la mano. Debía encontrar la forma de entrar.

Guardó los planos y la tensión lo llevó al baño. Se desvistió y se metió en la ducha, solo para escuchar la puerta unos segundos después. No era el único al que la tensión lo arrastraba a una ducha de agua tibia. Agua que se volvió candente al observar a Kayla. No se acobardó, la joven lo observó desnudo, de arriba abajo, sin ningún reparo y con total descaro. Una sonrisa ladeada erizó al pelirrojo.

La ropa de Kayla cayó al suelo. Pasó por su lado y extendió la mano pidiendo el jabón. El agua les golpeó el cuerpo mientras ella masajeaba con suavidad su piel para limpiarse y quitar el estrés.

—¿Puedes enjabonarme la espalda? —sugirió ella. Danilo aceptó con la cabeza. Sabía el juego que estaba tramando Kayla. Lo quería hacer caer. Contoneaba la cintura y rozaba el trasero por su ya notoria erección desatada y mojada por el agua que no dejaba de caer sobre ambos.

Las manos de Danilo se deslizaron por la piel de Kayla. Lento, suave. El fuego llegó al cuerpo de ambos. Las manos de Danilo rozaron ambas nalgas. La respiración de Kayla se alteró y se mordió el labio inferior. Sin embargo, se dejó. Dejó que resbalara los dedos entre las nalgas y que, desde atrás, dos de ellos se introdujeran en su intimidad hasta tocar el punto sensible de su interior sin mucho esfuerzo. Danilo gruñó cuando la observó abrir las piernas y apoyarse sobre la pared. Se dejaba hacer. Dispuesta, abierta, y empapada por algo más que el agua.

El miembro del pelirrojo se deslizó al interior de Kayla desde atrás, mientras delante, seguía moviendo los dedos y elevándola a un placer extraordinario. Él gruñó, ella gritó y se agarró de sus brazos. Echó la cabeza hacia atrás y encorvó la espalda. Dejó el trasero más expuesto para que Danilo siguiera.

—¡Oh, Dios! —gimoteó. Él la dominó contra la pared, le sujetó del pelo y la apretó—. ¡No pares!

—No pretendo hacerlo —gruñó Danilo. Con la lengua, acarició su cuello hasta que llegó a su oído y susurró—: ¿Qué pretendes conseguir con esto? —Kayla se quedó seria, observando la pared. Un embiste más fuerte le arrebató un grito de placer—. Esto no es solo por lujuria, ambos lo sabemos.

Kayla bufó. Se dio la vuelta y lo observó por un instante. Arrugó la nariz y de un salto, envolvió las piernas en su cintura y se penetró por delante, sin siquiera esperar a que él lo hiciera.

»¡Ah! —gritó Danilo. Ella ahogó el grito mordiendo su hombro. Sostuvo las nalgas de Kayla y la movió al compás de las estocadas que daba su pelvis—. ¿Me quieres controlar así?

—¿Funciona? —preguntó Kayla. Lo observó a los ojos fijamente y lo sujetó de la nuca. Lo acercó y hundió la lengua en su boca. Lo besó hasta quitarse el aliento y gruñeron a la vez.

Danilo apoyó su espalda contra la pared y la sostuvo de la cintura. De ese modo, la penetración era más intensa, ruda, a penas salía de ella. Kayla gimoteó y arañó la espalda del pelirrojo, sin poder contener el placer. Danilo mordió su oreja y sonrió de costado.

—No, Gaviota, no funciona —le aclaró y comenzó a arremeterla con más ímpetu.

—¡Ah, Dan! —gritó Kayla en medio del orgasmo. Danilo cubrió su boca con la mano y la observó a los ojos. Llorosa lo miró a la vez, gimoteando y bombeando alrededor de su miembro.

—Eres una manipuladora —gruñó Danilo—. Sé por lo que haces esto, pero le soy fiel a Jared. No hay sexo que puedas darme que haga que lo traicione.

Los dientes de Kayla mordieron con rabia la mano de Danilo. Este le descubrió la boca y ella volvió a besarlo. Esta vez de forma agresiva, impulsiva, posesiva. Las caderas de Kayla se apretaron contra el pelirrojo y se movió sin descanso. Danilo gruñó y gimió en su boca. Las piernas le fallaron por un momento y se sentó en el suelo. Con esa postura, Kayla pudo cabalgar sobre él con más soltura. Dejó marcas de sus uñas por todo el pecho del pelirrojo y mordió su labio inferior hasta que el sabor metálico los inundó. No se detuvo, hasta que sintió a Danilo llenarla. Estalló a su vez y se contrajo sobre él.

Entre jadeos, Kayla se colocó el pelo hacia atrás y apoyó las manos sobre el pecho de Danilo.

—Sabes demasiado —dijo. Él sonrió y se encogió de hombros.

—Y tú también, que sea nuestro secreto.

Mientras tanto, Eliza no pudo estar quieta. Se coló en el camerino de Kayla, en busca alguna pista que la llevara a entender su comportamiento extraño o saber con quién hablaba cuando se encerró tras lesionar a Ruth. Movié cada objeto del interior del camerino. Uno de los libros náuticos que reposaba sobre el estante cayó y rebotó sobre un tramo de madera que chirrió de forma distinta. La mujer se agachó y encontró un pequeño hueco en la tablilla. Kayla había usado ese desperfecto en el barco para esconder allí los papeles que guardaba bajo la cama junto a un dispositivo móvil. La mujer miró de reojo hacia la puerta, pues le pareció escuchar unos pasos. Los minutos apremiaban. Tomó entre sus manos el móvil y sin pensarlo, apretó la única tecla que poseía. Una de llamada. Se sorprendió al escuchar tono.

Poco tiempo después, una voz masculina la alertó.

—Dime, hija —habló un hombre desconocido al otro lado del teléfono—. ¿Tienes la pieza?

Eliza se quedó en silencio. Se le cortó la respiración y dejó a un lado el dispositivo. Se apresuró para ver los papeles. En ellos constaba el expediente de Jared. Jared Decker, prestigioso científico y jefe de un importante proyecto para la supuesta conservación del medioambiente.

Fue pasando las páginas. Cada delito era mayor que el anterior. Experimentos horribles con animales, con humanos. Incluyéndose. En una de las noticias periodísticas, informaban de su deformación física en el rostro tras el intento de jugar con las leyes de la física. Junto a sus descubrimientos, la creación de un agujero negro que, por poco, termina con toda la humanidad.

Eli se quedó con la boca abierta. Tuvo que agarrar aire y llevarse las manos al pecho para no gemir de terror. Observó un informe impreso. Anunciaba la salida de un invento revolucionario que cambiaría el mundo tal y como se conocía, siendo el creador de dicho artilugio, el mismo Jared Decker. Por último, observó con detenimiento la foto en la que Kayla sonreía junto a Jared.

La mujer colocó los papeles en la carpeta y se levantó del suelo. Debía entregarle los documentos al capitán. Sin embargo, al abrir la puerta del camerino, un fuerte golpe en la cabeza la desubicó.

La amordazaron y ataron. Vio una silueta masculina que la sostenía de la soga mientras la arrastraba. Sostenía en sus manos, decoradas por sortijas de oro, los papeles que la mujer había descubierto. Eli intentó visualizar al agresor, pero veía borroso. Sentía que iba a perder el conocimiento en cualquier momento y así fue.

Cuando despertó, se vio atada, amordazada y en una barca salvavidas en medio del océano, y con un sol justiciero dándole directo en la cabeza. La mujer gruñó con angustia y se movió con desespero. Agudizó la mirada y observó el Finisterre. Lo suficiente lejos como para que un buque de su dimensión se viera pequeño.

Las lágrimas en la mujer empezaron a salir sin poder contenerse. Con las manos, rompió las sogas y su piel con tal de soltarse. Se quitó el trapo que cubría su boca y gritó con desespero.

—¡Auxilio! —Los edificios se veían cada vez más borrosos—. ¡Saúl, Khaled, auxilio!

En el interior del edificio, los gritos de Eli se escuchaban lejanos.

—Oye, capi. —Saúl golpeó el brazo del capitán—. ¿Crees que tenga oportunidad con Eliza?

—¿Disculpa? —Khaled enarcó una ceja. Estaban en medio de una expedición, probablemente peligrosa y le estaba preguntando algo que, a todas luces, era surrealista—. ¿Desde cuándo te interesa Eliza?

—No creas que es porque no hay más mujeres en el mundo, me gusta desde hace bastante tiempo —confesó—. Pero supongo que ahora habrá más tiempo de que reúna el valor de hablarle un poco más.

—Has tenido muchos años para eso, Saúl.

—Me pongo nervioso, no es mi culpa.

—Lo es, empieza a trabajar para que te vea como algo más que un compañero de travesía —aconsejó el capitán—. De lo contrario, no creo que consigas estar con ella más que como amigo.

—Lo tomaré en cuenta. —Saúl sonrió agradecido—. Gracias por los consejos, capi.

Jared había recorrido más tramo. Mientras los amigos hablaban, él revisaba las habitaciones. Una tras otra. En una de ellas, la cama estaba por hacer y reposaba sobre esta ropa limpia y una toalla todavía húmeda. Al igual que el baño.

Pasó los dedos por unas gotas que encontró en la pared. Se quedó en silencio observando el espejo, momento justo en el que, alguien hizo crujir un arma y disparó. Jared se lanzó al suelo, el espejo se partió en mil pedazos. Khaled y Saúl se alarmaron ante el estruendo, pero cuando fueron a buscar a Jared, una explosión tumbó la puerta que llevaba a la habitación y la pared se vino abajo.

—¡No! ¡Jared! —gritó el capitán.

Jared esquivó los puños del agresor. Cuando levantó la pistola hacia él, le tomó la mano y aprovechó los vidrios rotos para clavarle uno en el brazo. Mientras el hombre gritaba, Jared le dio una patada en la espalda y lo estampó contra la ducha. El agua salió y confundió al atacante, momento en el que Jared aprovechó para salir por la ventana del baño.

Corrió por la fachada. Intentó no mirar abajo, pues, aunque había agua, la altura era considerable. Dio un paso en falso y la fachada se rompió. Gruñó y con solo un disparo, comprendió que era saltar o la vida. Brincó hasta el otro extremo de la fachada. Las piernas no le fallaron y corrió de vuelta. Con el cuerpo partió la ventana de otro de los apartamentos. Rodó por el suelo, se maldijo por los cristales que se habían clavado en su cuerpo. Tomó aire y la oscuridad del lugar lo envolvió.

Cuando los pasos del persecutor llegaron a sus oídos, se forzó a levantarse del suelo y dejó que la penumbra lo cubriese. Escuchó algo metálico, una luz tenue parpadeó sobre él. Se encontró en un ascensor que se encendió en ese preciso momento y empezó a descender en picada hacia una tumba submarina.

—¡Mierda, no! —Miró los números descender—. ¡Maldición!

Desde el apartamento donde se encontraban, el capitán y Saúl observaron el movimiento del ascensor, ambos se miraron, escucharon desde allí los gritos de Jared. Sin pensar, golpearon la puerta metálica, sin embargo, no cedió. Los números siguieron descendiendo. Se miraron sin saber qué hacer, pero una cosa estaba clara. Él le había salvado la vida al capitán y no iban a dejarlo por nada en el mundo.

Capítulo 9

El hombre más poderoso



La luz parpadeó y falló en la segunda planta por debajo del nivel del mar. El ascensor se detuvo de forma drástica y Jared se tambaleó. Logró sostenerse de las paredes y escuchó la presión que golpeaba las puertas de metal de la caja en la que estaba enterrado. Intentó mantener la calma, pues no sabía cuánto oxígeno le quedaba al estar encerrado. Tragó saliva y observó los botones del ascensor. Apretar para subir a la superficie era inútil.

El agua empezó a calar al interior de forma notoria. En unos segundos, le había cubierto los tobillos. Se maldijo para sus adentros y observó hacia el techo. Allí se hallaba una especie de respiradero. No obstante, el agua que goteaba le advertía que, de abrirlo desde dentro, la presión de esta azotaría la lámina contra él y terminaría sepultado.

—¡Jared! ¡¿Nos escuchas?! —gritó el capitán desde arriba. Mas no obtuvo respuesta. Una vez debajo del agua, escucharlo era difícil para Jared—. Tenemos que sacarlo de ahí.

—Pero ¿cómo? —se preguntó Saúl.

—No lo sé, pero no lo voy a dejar ahí.

Con rapidez volvieron al barco. El desespero en Khaled alertó a Kayla, quién ya se encontraba visible junto a Danilo, en cubierta, observando la ciudad fantasma que los rodeaba.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó. Pronto se fijó en que no veía a Jared por ningún lado—. ¿Dónde está Jared?

—Eso ocurre —respondió su padre—. Jared se quedó lapidado en el ascensor. No sabemos a cuántos pisos de profundidad.

—¡¿Qué?! —El grito de la joven retumbó por toda la cubierta. Empezó a faltarle el aire—. ¡¿Para qué se mete ahí?! —

—Lo estaban persiguiendo —aclaró Saúl—. Escuchamos un disparo y cuando fuimos a ayudarlo la pared se vino abajo. Se quedó solo con el agresor. Supongo que se vio orillado a meterse ahí.

La respiración de Kayla empezó a alterarse. No conseguía tranquilizarse. La ansiedad se le acumuló en el pecho y se apoyó del borde del barco. Empezó a marearse, cosa que no le había ocurrido en toda la travesía. Imaginaba la vida sin Jared y le aterraba más que el hecho de que no existiera tierra firme.

—Oye, respira, algo se podrá hacer —intentó calmarla Danilo. Ella levantó una mano pidiendo soledad, y él dio un paso atrás.

Cuando Kayla vio al capitán enfundarse el neopreno, su ansiedad terminó por estallar.

—¡No! —se negó al segundo—. ¡No, tú no vas!

—Hija, el tiempo apremia. —Khaled siguió vistiéndose e ignoró las suplicas de su hija—. Si no voy, se ahogará, ¿quieres eso?

—¡Obviamente no, pero tampoco quiero que se ahoguen los dos! —Las lágrimas de desesperación e impotencia comenzaron a empapar las mejillas de la joven—. Por favor, no vayas. ¡Te lo suplico!

—Iré yo —interrumpió Danilo—. Si Jared muere, morimos todos. Si yo lo hago no sería una gran pérdida.

—¿Por qué demonios dices eso? —se extrañó Saúl—. Este es el depresivo de prisión, seguro. En este buque no hay nadie indispensable. El capitán y yo los cuidamos a todos por igual.

Danilo sonrió y se encogió de hombros.

—Eso es cierto —admitió el capitán—. Así que es mi responsabilidad.

—Tampoco quiero que vaya él —balbuceó Kayla.

—Entonces, ¿quién, hija? Si no vamos ya, Jared terminará ahogado.

Tras una pequeña pausa, Kayla limpió sus lágrimas.

—Yo —se ofreció—. Te aseguro que estoy capacitada para ello.

—No quiero arriesgarte —se negó el capitán.

—Basta, iré yo —insistió Danilo—. Y no es una pregunta, lo estoy afirmando.

Vestido con el neopreno y dos bombonas de oxígeno, Danilo escuchó con atención las indicaciones del capitán.

—Irás atado con una cuerda para recordar la salida —indicó Khaled—. En el momento en que te veas en apuros, da varios tirones y te sacaremos de ahí.

—Está bien. —El pelirrojo llevó la mirada hacia Kayla. La intranquilidad de la joven era palpable. Incluso había empezado a morderse las uñas de manera frenética. Antes de descender, se acercó a ella y sin ningún reparo por encontrarse allí su padre, le dejó un beso en los labios—. Intenta calmarte. Estaré aquí con él en menos de lo que esperas.

A Saúl se le desencajó la quijada. No podía cerrar la boca después de ver eso. El capitán, sin embargo, permaneció con su expresión de póker. Acompañó a Danilo a las escaleras que le llevaban al agua y le dio un golpecito en el hombro.

—Suerte —le deseó.

—Gracias, capitán —dicho eso, Danilo preparó el oxígeno y se hundió.

Cuando Khaled regresó con Saúl, éste aún no había cerrado la boca y eso que Kayla ya no se encontraba allí.

—Ni una palabra —le advirtió el capitán.

—¿Cómo que no? ¡¿Cuántos novios tiene tu hija?! —exclamó. Khaled suspiró y se apoyó del barco para escucharlo. Se cruzó de brazos—. Unos tantos y otros tan poco, Dios santo. Encima, ese pelirrojo nos declaró la guerra y te golpeó.

—Ya, ¿y?

—¡Que golpeó a su padre! —gritó Saúl—. Vale, si quieres tener un harem, te lo respeto, pero hay más hombres a bordo.

—No soy quién para decidir sobre la vida amorosa de mi hija, es suya y de nadie más. Ella decide cómo y con quién vivirla. —Saúl suspiró al escucharlo y Khaled sonrió—. Te estresas demasiado.

—Deberías aprender de tu hija y decirle a Ruth que te gusta —soltó Saúl.

—Oh, vamos. —El capitán entornó los ojos—. No estábamos hablando de mí.

—No, pero mírame. Llevo toda una vida, enamorado de Eli y he necesitado una catástrofe para tener el valor suficiente de decírselo. Ahora no sabemos cuánto va a durar nuestra

existencia, ¿por qué dilatar algo que podemos hacer ahora?

El capitán se quedó en silencio y suspiró hondo. Prefirió no hablar del tema y mandó a que unos tripulantes se acercaran.

—Mientras nosotros vigilamos, id a por provisiones —les ordenó—. Y, por favor, no se metan en ningún jodido ascensor.

—¡Sí capitán! —dijeron a coro. Saúl lo observó de reojo. Le había cambiado la conversación de forma radical, por lo que lo dejó pasar a sabiendas de que ese tema ponía en apuros a Khaled al no saber cómo gestionar sus sentimientos.

Kayla llegó a su camarote. Encontró los papeles por el suelo al igual que su dispositivo móvil. Miró por el pasillo, extrañada, pues también pudo divisar varias gotas de sangre a la entrada.

—¿Qué ha pasado aquí? —Comprobó que no faltaba ningún papel y volvió a colocar la carpeta donde estaba. Con desesperación, ignoró el suceso y marcó la tecla de llamada del dispositivo. Esperó varios pitidos antes de escuchar que descolgaban. Sin embargo, no hubo respuesta.

—¿Hola?

—Ahora sí que eres tú —respondió el hombre al otro lado.

—¿Quién sino?

—La cocinera, nos hemos encargado de ella.

—Maldita vieja metida —gruñó Kayla—. Como sea, llamo porque quiero a Jared vivo.

—Lo imaginaba. —Se le escapó una risita—. Sabía que ibas a flaquear una vez que estuvieras cerca de él, pero recuerda cuál es nuestro plan, hija. No puedes fallarme, tampoco a la compañía.

—Creo que me equivoqué —a Kayla se le quebró la voz—. Por favor, sacadlo de ahí.

—No es posible, lo sabes. Estás en el Finisterre para seguir con vida y encontrar la pieza. Sonríe, hazle la pelota al capitán y aparenta inocencia. Se te dio bien los primeros días. Ya hablaremos.

—¡No, espera! —El pitido anunció el final de la llamada. Kayla suspiró hondo y con las manos temblorosas volvió a cubierta para estar al día con respecto a todo lo que iba pasando. Llegó con el capitán y se abrazó de él. Este le ofreció un cálido abrazo paternal y un beso en la cabeza.

Jared empezó a perder la calma, pues, ¿quién querría que un recluso como él se salvara? El encierro hizo mella en su compostura. La respiración le falló y con los puños empezó a golpear las paredes cuando el agua le llegaba a la cintura. Sabía que no iba a funcionar, que nada haría que el ascensor subiera, a no ser que manipularan la corriente eléctrica, mas no lograba mantener la calma ni siquiera al pensar en la cantidad de oxígeno que quedaría en ese lugar pequeño y angosto.

La presión activó las visiones de su mente antes dormida por los fármacos.

—¡Jared, mira! —Kayla se sentaba a su lado en todas las clases de la universidad. Le mostraba una fórmula correcta en uno de los ejercicios—. Al fin me salió bien.

—Habrá que ver cómo funciona en la clase de química —le respondió él con afán de burla. Ella le dio un toquecito en el brazo antes de que Jared empezara a reír a carcajadas.

Las imágenes saltaron a momentos íntimos con Ruth. Jared gruñó y se tomó de la sien. Jadeó y la espalda chocó con la pared del ascensor.

—Vas a hacer lo que yo te diga —le advirtió a la mujer—. Porque de lo contrario, te quedarás sin trabajo y sin familia.

—No serás capaz. —Los ojos de Ruth empezaron a cristalizarse—. Jared, ¿de qué viviré?

—Eso no me importa, no me interesa. —Apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella—. A partir de ahora, la figura de autoridad en esta universidad, soy yo. Te aseguro, que perder a Kayla me importa una mierda. Tú tienes mucho más por lo que llorar, cariño.

Con los llantos de la mujer, Jared pasó a otro recuerdo salteado.

Kayla le abofeteó. También lloraba, sin embargo, él estaba impasible, falto de sentimientos.

—Estás mal de la cabeza, Jared —le dijo ella, con un llanto tal que no la dejaba respirar—. Te dije que tu obsesión por ser Dios era una mala idea. No pensé que te vendieras, que nos vendieras a los dos para conseguir tus objetivos. Eres nauseabundo.

—¿Me vas a dejar? —preguntó él, con total tranquilidad—. Recuerda que no eres nadie sin mí y que podría echar por el suelo todos tus años de estudios.

—¿De verdad me acabas de amenazar? —Kayla se quedó con la boca abierta—. No sé quién demonios eres.

—El que tiene el poder de tu vida en sus manos.

Jared apoyó la frente en el ascensor y golpeó con fuerza con sus puños. Jadeó y terminó gritando. El dolor en la sien era potente, pero más el sentimiento de culpa que le ocasionaba los recuerdos que llegaban a su mente.

Vio a una señora, tumbada en el suelo, con un frasco de pastillas.

—¡Mamá! —Kayla corrió hacia ella. La mujer estaba pálida y ya no tenía pulso. Él solo miraba, se sorprendió al no sentir ninguna especie de sentimiento. Menos empatía—. ¡¿Qué ha pasado?!

—Te dije que si me fallabas iban a pasar cosas muy malas —advirtió Jared. Kayla se levantó y empezó a golpear su pecho con los puños.

—¡¿Qué le has hecho a mi madre?!

—Nada. —Sujetó sus manos y agrandó la sonrisa—. Solo le recordé el motivo de su depresión sin tratar. La huida de tu padre el marinero. Creo que no aguantó el hecho de saber que la dejó para encamarse con más mujeres. Así dicen de los marineros, ¿no? Una en cada puerto.

—¡Eres un hijo de puta! —Kayla se soltó del agarre, y en llanto se quedó arrodillada frente a él—. ¡No iba a fallarte! ¡No hacía falta todo esto! ¡Iba a hacerlo porque te amo, maldita sea, Jared, parece que no tienes sentimientos!

—Y no los tengo. —Extendió la mano hacia ella—. Ahora, solo te quedo yo, así que toma mi

mano y acompáñame.

—¿A dónde?

—A la locura, Gaviota.

Con el llanto sofocando sus pulmones, le tomó la mano.

Los gritos de Jared se callaron. Jadeó y abrió los ojos mientras la luz parpadeaba. El agua le llegaba al pecho. Miró a un punto fijo. No observaba el metal, sino a Danilo frente a él en una especie de mazmorra.

—¿Por qué me has hecho venir? —le reclamaba el pelirrojo.

—Te he reclutado.

—¿Para qué? —Danilo observó con miedo los hombres que lo escoltaban—. No me digas que has hecho realidad una de tus locuras.

—Así es y solo puedo confiar en ti, Danilo.

—¿Y si me rehúso? —Una pistola se posó en la sien de Danilo.

—Si te rehúsas, no volveremos a vernos nunca más. —Miró hacia sus secuaces y mostró una suave sonrisa—. Enseñadle que pasaría si dice que no. Volveré en una hora.

—¿Qué? —Los primeros golpes destrozaron la nariz del pelirrojo—. ¡Ah! ¡Jared, espera! ¡Espera!

Hizo caso omiso a su petición. Lo dejó allí mientras recibía la paliza de su vida.

Le llegaron imágenes rápidas de una máquina sofisticada y subvencionada por un hombre adinerado. La observaba feliz al terminar de fabricarla.

—¿Qué es eso? —preguntó Kayla a su lado, vestida con una bata de doctora.

—Es el invento que me volverá el hombre más poderoso de este maldito planeta y todo el universo.

Cuando volvió en sí, no podía dejar de jadear. El agua ya se sentía en su cuello, pero de repente, no le pareció mala idea sucumbir y terminar ahogado en su propia consecuencia.

Danilo recorría los apartamentos bajo el agua. Los cadáveres humanos flotaban a su alrededor. La catástrofe se había llevado a toda la humanidad y esos cuerpos lo acreditaban. Llegó hasta las escaleras del edificio y observó el número del ascensor, que brillaba a parpadeos. Supo la planta en la que se hallaba y subió por las escaleras. Se impulsó hasta llegar fuera de donde se encontraba Jared. Fue entonces, cuando comprendió, que, sin una descarga eléctrica, el ascensor no iba a funcionar y que no habría forma de sacarlo de allí.

Jared tomó una bocanada de aire cuando el agua le cubrió por completo. Pensó que sería el fin, pero el respirar por última vez había sido un acto reflejo de su cuerpo para sobrevivir. Cerró los ojos y aguantó.

Danilo observó el generador de la planta baja. Por el agua, estaba por completo estropeado. Subió las escaleras hasta la planta que solo estaba hundida hasta la mitad. Con el agua por el pecho, llegó hasta la zona del ascensor. Comprobó que la electricidad no era suficiente. Se coló por la ventana de uno de los apartamentos y buscó la caja de la electricidad. Subió la palanca pequeña que le dio luz al hogar. Las luces parpadearon, varios cortocircuitos se escucharon por todo el lugar. Ese sonido le dio esperanzas a Danilo. Como pudo, rompió la caja e ignoró las chispas que salían de los cables pelados. Los tomó sin tocar el lugar de la descarga y tiró de ellos.

La fachada, resentida hasta los cimientos por el agua que empapaba hasta lo más profundo, cedió ante el tirón y el cable cayó junto a parte de la pared.

Rompió un mueble y uno de los tornillos le sirvió para quitar otros. Dejó caer la zona de los botones del ascensor y arrancó los cables. Sintió una descarga que, por segundos, le paralizó el brazo.

Pese al dolor, tomó aire, movió el brazo, lo desentumeció y siguió. Juntó los cables. La descarga formó una pequeña explosión que se agravó con el agua. Lo lanzó por los aires unos metros. Aturdido, sacó la cabeza y sintió el sabor salino del líquido que le rodeaba. Cuando dejó de observar borroso, miró al ascensor. La esperanza aumentó cuando vio los números moverse.

Jared había estado apretando los números superiores segundos antes, por lo que el ascensor entendió que debía subir. Aún funcionando, Danilo se apresuró a apretar el número del piso en el que se encontraba.

Jared pudo volver a respirar. Sintió el movimiento del aparato. El nivel del agua en su interior empezó a bajar. Atónito exhaló y sonrió. Se pasó las dos manos por la cabeza. Cuando el ascensor se abrió, se sorprendió todavía más de ver allí a Danilo.

Quiso al menos agradecerle, pero un crujido le advirtió de la caída inminente del ascensor. Saltó al apartamento y ambos observaron el descenso vertiginoso del aparato y cómo, segundos después, todo el edificio se venía abajo.

—¡Corre, Jared! —Danilo lo levantó del suelo al sujetarlo del brazo y tirar de él. Jared reaccionó y corrió a su lado. Desde una de las ventanas, pudieron ver el descenso del edificio. Por suerte, los tripulantes ya se encontraban todos a bordo del Finisterre con algunas provisiones.

Ambos cambiaron de rumbo. Subieron por unas escaleras hasta las zonas sin anegar. Tomaron carrerilla y, mientras que a sus espaldas todo era caos, sin pensarlo, saltaron por uno de los ventanales rotos hasta el Finisterre.

Rodaron por el suelo de cubierta, hasta quedar tumbados boca arriba, jadeando y pensando si en realidad estaban vivos.

—¡Menos mal! —Se alegró Saúl. El capitán no pudo felicitarlos, pues al mando del timón, manejó el buque para que el edificio no les cayera encima.

—¿Estáis bien? —Kayla se arrodilló y los observó con preocupación. Tomó la mano de Jared y acarició sus nudillos—. Creí que te iba a perder.

—Estoy bien —susurró con una voz rota y agotada.

—Si encontramos tierra firme, no pienso pisar el mar en lo que me quede de vida —sentenció Danilo.

—Ay, qué exagerados. Llevo toda la vida en el Finisterre y miradme, tan normal. —Se cruzó de brazos convencido, mientras los tres lo miraban con dudas—. ¿Qué? ¡Soy normal! Estos niños juzgando con la mirada.

Se marchó regañando.

El capitán llegó con ellos y les ofreció la mano. Los levantó a la vez y sonrió orgulloso.

—Así me gusta, que en vez de golpes haya compañerismo —comentó Khaled—. Somos un equipo, ¿está bien?

—Sí, capitán —aceptó Jared.

—Sobre el golpe... —titubeó Danilo—. Solo seguía órdenes.

—Voy a intentar olvidarlo, solo por la proeza que has hecho al salvar a Jared, quien se convirtió hoy en uno de mis tripulantes. —El orgullo para Jared se convirtió en sorpresa y desagrado en Kayla. Apretó los labios y miró al suelo mientras su padre seguía—. Solo recuerda,

que aquí quien da órdenes soy yo y debes tener respeto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Danilo asintió. Después de estrecharle la mano al capitán, se sintió aliviado por sus actos, cosa que no ocurría con Jared. Sus ojos verdes se centraron en Kayla y luego en Danilo. La culpa le formaba un nudo en la garganta, pero prefería hablar con ellos a solas.

—¡No está! —gritó Saúl de repente, consiguiendo la atención de todos los presentes.

—¿Qué ocurre, Saúl? —preguntó el capitán.

—¡Eliza no está! ¡Ha desaparecido!

Capítulo 10

Preguntas húmedas



Aunque la luna brillaba e iluminaba el mar junto a las estrellas que la acompañaban, encontrar a alguien, caída la noche, se percibía como hallar una aguja en un pajar. A pesar de ello, lo intentaron, claro que lo hicieron. Eliza era importante para el Finisterre y nadie quiso darse por vencido hasta que las esperanzas se esfumaron.

Saúl no soltó los prismáticos, aunque no pudiera observar de lejos por la oscuridad. Solo lo hizo cuando el capitán golpeó con suavidad su espalda y lo observó sin decir nada, pero expresando el mismo pesar que los ojos castaños de Saúl mostraban.

Un abrazo de dolor y angustia los acompañó hasta la cocina en la que habitualmente estaba Eliza y, aunque el capitán no quería que su amigo terminara borracho, los intentos por llevarlo a su camarote fueron inútiles. Lo acompañó por varias horas, mientras Saúl se compadecía y maldecía por no haber hecho antes el paso de decirle a Eli cuánto le gustaba.

Cuando el alcohol ya le hacía balbucear, Khaled lo sostuvo y lo levantó de la silla. A paso torpe, logró llevarlo hasta el camerino y lo dejó caer sobre la cama. Cerró la puerta y suspiró de pie en el pasillo. El nudo en la garganta, que portaba el capitán, era incalculable. Sus ojos azules querían derramar cascadas de dolor, desesperación e impotencia, sin embargo, con un suspiro calmó el agua y aguantó, como se espera de un capitán.

Kayla llegó a su lado y lo sujetó por el brazo para calmar la angustia palpable de su padre.

—¿No viste nada? —preguntó el capitán—. No puede habérsela tragado el mar.

—Sí puede, y no, no vi nada. —Kayla lo observó por un momento y fingió una sonrisa tierna—. Estoy segura de que estará bien, es una mujer muy fuerte.

—Esperemos que sí. —Después de hacer una pausa, Khaled suspiró y tomó la mano de su hija. Le acarició los nudillos y, esta vez, supo las palabras exactas con las que hablarle—. Vayamos a cubierta, necesito hablar contigo. Si esta desgracia sirve para algo, es para darme cuenta de que no tengo que dejar las cosas para otro momento.

Kayla asintió.

En compañía del capitán, paseó por la cubierta, ambos bañados con la luz de la luna. La suave brisa marina se había vuelto fría, por lo que Khaled no dudó de quitarse la chaqueta para cubrir los hombros de la joven.

—Tenías razón cuando me llamaste cobarde —confesó el capitán—. Lo he sido toda mi vida, a lo que sentimientos se refiere.

—Bueno, he cambiado un poco de parecer.

—No tendrías por qué. También tenías razón al decirme que, de haber sabido de tu existencia, hubiera huido antes. —Las palabras de Khaled se clavaron en el pecho de Kayla

como dagas afiladas. Tomó aire y lo siguió escuchando—. Tenía y tengo miedo de ser un mal padre.

—¿Cómo sabías que ibas a fallar si nunca lo intentaste?

—Porque mis padres fallaron conmigo —confesó. Se detuvo frente a ella y suspiró hondo—. Nunca supe lo que fue tener una familia. Tus abuelos simplemente me abandonaron en un lugar de darme acogida. Fui criado por muchos padres diferentes hasta que cumplí la mayoría de edad y el mar fue mi refugio. Como para muchos marineros de abordó. Si me quedaba, ¿quién dice que no hiciera lo mismo? Era mejor que ni siquiera me conocieras. Que tu madre no cargara conmigo. Me daba pánico el hecho de formar una familia.

—¿No piensas que al irte hiciste justo lo que querías evitar?

—No sabía de tu existencia, no estoy seguro de lo que hubiera hecho, pero creo que el deseo de que fueras feliz, me impulsaría a alejarme para que no tuvieras que pasar lo mismo que yo. Conocerme, tomarme cariño, para que luego desapareciera de tu vida o te lastimase de alguna manera.

Ambos apoyaron las manos al borde del buque y observaron el firmamento bañado por la Luna.

—¿Abandonaste a mamá por miedo a formar una familia?

—La abandoné por miedo a lo que sentía, Kayla. Ella era la única mujer capaz de alejarme de esto. —Levantó los brazos refiriéndose al Finisterre—. Y yo no estaba dispuesto a dejarlo todo y, encima, destruir una familia que podría ser bonita si la formaba con alguien más. Fui un inseguro y un cobarde, por eso me fui y lo siento.

—Mamá nunca tuvo nadie más, aunque lo intentó —contó la joven—. Su rutina de cada mañana era esperarte en el muelle, pero nunca llegabas. Terminó siendo una obsesión. Fue difícil de sobrellevar para mí. Mi referente paterno pasó a ser el director de la universidad a la que fui a estudiar, tiempo después de su muerte. Aunque claro, siempre deseé conocerte.

—Siento que hubieras tenido que pasar por todo eso —se disculpó Khaled. Acarició su pelo y suspiró hondo—. Créeme que lo siento mucho y que ahora mismo, daría mi vida por ti e incluso la cambiaría con la de tu madre.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas que los cristalizaron en un segundo. Tomó aire y suspiró. Varias de las lágrimas hicieron *rafting* por sus mejillas, pero su padre las acarició con una ternura que solo él podría darle.

—El día que la vi tendida en el suelo con las pastillas y no le sentí el pulso, creí que se me iba la vida con ella. —Khaled no esperó para estrechar a su hija entre sus brazos y le acarició la nuca con suavidad. Kayla empezó a llorar como nunca lo había hecho—. Después de eso, me dejé llevar por muchas personas, me perdí en la oscuridad, no sabía qué hacer.

—Ya está, estoy contigo —susurró el capitán. Kayla lo estrechó con fuerza y escondió el rostro en el pecho de su padre. Ahí estalló a llorar con más fuerza. Soltando todo lo que había acumulado durante tantos años.

—Realmente, necesitaba de ti —confesó entre llantos—. Necesitaba a mi padre.

—Lo sé, perdóname. —El mar calmo que se dibujaba siempre en los ojos azules del capitán, empezó a recibir una tormenta que se disipó por sus mejillas, acompañando a su hija con el llanto—. Te juro que voy a ser mejor, te lo juro, Kayla. —Tomó el rostro de la joven con las dos manos y la observó fijo a los ojos—. Haré todo por ser el padre por el que tengas que estar orgullosa todo el tiempo que nos quede a partir de ahora. ¿Está bien?

Kayla sonrió y asintió con la cabeza. Volvió a abrazar a su padre por el cuello y aunque

seguía llorando, este se confundía con la felicidad al escuchar y sentir a su padre, siendo tan cercano y cariñoso con ella, como tantas veces había soñado de niña.

—Sobre Eli... —tembló la voz de Kayla, cuando al fin se había calmado un poco—. No vi nada, pero creo que está en peligro.

—En peligro, ¿por el mar? —Kayla negó con la cabeza—. ¿Por quién?

—Por mi culpa —confesó. Khaled frunció el ceño con extrañeza y arrugó la nariz—. ¿Confías en mí?

—Obvio, eres mi hija.

—Pues créeme si te digo, que regresará. —Las manos de Kayla y su padre se rozaron hasta alejarse por completo de él—. Yo también lo siento por todo, Khaled.

La joven no le dejó reclamar o preguntar a lo que se refería. Solo se marchó corriendo y de igual manera bajó las escaleras hacia el salón.

En la bodega y escondido entre las cajas, Kayla sostuvo un transmisor que indicaba a la perfección, sin fallos, la localización del Finisterre. Con fuerza lo lanzó contra el suelo y lo reventó en mil pedazos.

—¡Guau! —Se sorprendió Danilo, quién la había seguido silencioso como solía hacerlo—. ¿De verdad lo estás haciendo? ¿Te estás revelando contra él?

—¿De parte de quién estás? —le preguntó la joven. Éste se encogió de hombros—. Me tienes confundida.

—De parte de Jared, siempre.

—Pues, ayúdame a romper cada dispositivo de rastreo, escucha y vigilancia que haya por el Finisterre.

—¿Los puedo partir de esa manera? —Se le escapó una risa cínica—. Sería una forma de desfogar mis ansias de matar a todo el mundo abordo.

Kayla suspiró hondo. Se cruzó de brazos mostrando molestia, no obstante, pronto se le quitó al ver de pie a Jared en la puerta que daba a la bodega.

—También ayudaré —dijo, ambos no podían esconder la sorpresa ante sus palabras—. Creo que soy el culpable de todo esto.

—Y también nuestra salvación, Jared —admitió Danilo.

—¿Recordaste algo? —preguntó Kayla. Él asintió—. ¿El qué?

—Hablares de eso después, ahora tenemos trabajo que hacer sin que los militares nos vean. ¿Hay algún plan?

—Yo tengo muchos. —Danilo levantó el dedo para tomar la palabra.

—Uno que no incluya matar a todo el mundo y alimentar a los pocos peces que queden con vida —aclaró Jared.

—Ah, pues entonces no tengo nada.

Jared negó con la cabeza y llevó la mirada hacia Kayla.

—¿Sabes dónde se ubica cada uno de esos artefactos? —Ella asintió—. Bien, entonces tengo una idea. Una que le gustará mucho a Danilo.

Los tres disimularon por los pasillos cuando vieron pasar al capitán rumbo a la enfermería. Kayla le dedicó una sonrisa tierna y los chicos un movimiento de cabeza respetuoso. Una vez que se retiró, Danilo se quedó en medio del salón y empezó a gritar.

—¡Aaah! ¡Me estoy volviendo loco, no me queda medicación! —exclamó. Como un perturbado se subió a una de las mesas con un cuchillo en las manos—. ¡Os voy a matar a todos!

—¡Ey! ¡Baja de ahí! —gritó uno de los militares. Pocos segundos después, estos se agolparon en el lugar, pues gracias a Jared y Kayla, los pocos reclusos que quedaron con vida salieron de sus camarotes y se unieron al descontrol de Danilo.

—Le queda muy bien el papel de loco —bromeó Jared.

—Di mejor que nos queda ese papel a los tres.

—Tienes razón. —Ambos se rieron. Jared tomó la mano de Kayla y ella le dio un suave empujón para que la siguiera. Con todo el alboroto, era fácil localizar cada cámara, megáfono y localizador que se encontraba a bordo para romperlo.

Aunque pareciera disperso, el capitán sabía atar cabos. Las palabras de su hija y la forma en la que se había marchado contrarrestaban con la manera en la que le había sonreído en los pasillos y con su postura relajada. Era más que obvio para él que le ocultaba algo bastante grave como para comportarse de formas tan extrañas. Desde la planta baja, donde se encontraba la enfermería, las olas eran suficientes para que no se escuchara el espectáculo que había en el salón.

Se adentró en la enfermería y observó a Ruth dormida. Tenía mejor aspecto y color en la piel. Estaba mucho más recuperada. Se acercó a la camilla y recordó las palabras de Saúl. Su amigo había acertado, esa mujer le gustaba. Sin embargo, cada vez que la miraba, imaginaba todo el dolor que hubo ocasionado en Kat. El remordimiento junto a la incertidumbre, lo alejaban de la mujer y le impedían mostrarle hasta qué punto se sentía atraído por ella.

Le acarició la mejilla y con los nudillos la sintió fría. Sujetó una sábana y la cubrió con ella. Cuando iba por los hombros, Ruth despertó. El sobresalto le arrancó un grito de pánico.

—¡Tranquila! ¡Soy yo! —aclaró el capitán y levantó las manos en cruz cuando la vio sujetar uno de los vasos de plástico que portaban agua para lanzárselo.

—¡Dios mío, Khaled! —bufó y dejó el vaso. Se llevó las manos al pecho y entornó los ojos—. ¡Te dije que tenía miedo de estar aquí y entras en silencio para despertarme de esta manera!

—No lo había contemplado así, solo quería cubrirte porque estabas helada.

Se quedaron en silencio. Una risa bobalicona los arremetió. Khaled se sentó en la camilla y le tomó la mano.

—¿Estás mejor? —Ruth asintió y observó sus manos unidas. Aprovechó para acariciarlo. El capitán pudo sentir todo el cuerpo en tensión, pero disimuló aquello que le quería arrebatarse la cordura—. Me alegro de que estés bien.

—Ahora que estás aquí, me siento mucho mejor. —Las manos de los dos danzaron, se tocaron, se acariciaron como querían hacerlo con todo el cuerpo. Ruth tragó saliva, el capitán se forzó a no gruñir y abalanzarse sobre ella. La tensión se palpaba alrededor. En la forma con la que la piel de Ruth se erizó cuando los dedos de Khaled se deslizaron por la palma de su mano.

—Tengo que hacerte unas preguntas —confesó el capitán. Ruth suspiró con molestia—. Eres la única que me dice la verdad, debes entenderme.

—Está bien, pregunta.

—Mi hija, ¿está metida en algo de lo que me contaste?

Ruth hizo una pausa. Se sentó en la camilla y se quedó a centímetros del rostro del capitán.

—Hagamos un juego, por cada pregunta que responda sin mentir, tú me darás un beso. —El capitán se quedó sin habla. Sonó cuando tragó saliva y las mejillas le ardieron. Su expresión inocente, a pesar de ser alguien de apariencia ruda, le arrancó una sonrisa a Ruth. Khaled carraspeó la garganta.

—Está bien —aceptó. Con una caricia le pasó el pelo tras la oreja. Ruth se estremeció y jadeó con solo ese toque—. ¿Cuántos te debo ya?

—No lo sé, capitán, pero sí que son muchos.

—Quizá te de más de la cuenta.

—Asumiré ese riesgo.

Khaled se levantó de la camilla. Ruth pensó que se avecinaba otro rechazo, sin embargo, fue sorprendida por los fuertes brazos del capitán. La rodeó y la levantó en brazos como a una novia.

—Nuestro primer beso no va a ser aquí —aseguró—. Pero sí será hoy.

Ruth se mordió el labio inferior. La cercanía con el capitán le estaba quemando. Abrazó su cuello y se dejó llevar. No pudo quitar la mirada de él, ni cuando llegaron al salón. Como si fueran niños de colegio cuando ven al profesor, los reclusos detuvieron el escándalo con solo la presencia del capitán.

Danilo se dejó caer sobre la silla y disimuló pasividad. Incluso los militares se confundieron por el repentino comportamiento adecuado de todos.

—¿Qué estaba pasando aquí? —preguntó Khaled. Todo fue silencio. Al fondo se escuchó una tos que forzó a Danilo a no reír.

—Nada, capitán, todo bien —Danilo levantó el pulgar. Khaled arrugó la nariz y con dudas decidió seguir su camino—. Todos tienen prohibido subir a cubierta.

—Bien, capitán. —Danilo se fijó en lo absorta que se encontraba Ruth y escondió una sonrisa. Cuando Khaled salió a cubierta, el escándalo se activó de nuevo. Los militares se miraron entre sí confundidos por completo.

Khaled llevó a Ruth a la cabina de mandos y la dejó en el suelo con cuidado.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Sí, es que estar cerca de ti, me atonta. —El capitán se inclinó y le acarició la mejilla, le levantó el rostro desde el mentón y rozó la nariz contra la de ella.

—¿De veras?

—Sí —susurró. El primer beso de Khaled llegó sin improviso. Los labios se pegaron bien e hicieron sonido al separarse con suavidad. Jadearon después.

—Dijiste que debía besarte por cada pregunta que te hiciera y respondieras, ¿no?

—Sí. —Le dio otro. Ruth gimió en voz baja y apretó las manos en su pecho. Deseaba por tanto tiempo ese momento, que solo por besos suaves, lentos y cortos, tenía suficiente para excitarse.

Khaled le rozó las manos y la llevó al timón. Dejó que lo sujetara y se colocó tras ella. Se mordió el labio inferior y respiró cerca de su nuca. Ruth se estremeció y cerró los ojos por un momento. La Luna y las estrellas era lo único que les iluminaba.

—Reformulo la pregunta que te hice, ¿mi hija tiene algo que ver en todo esto?

—Sí, tu hija estudio en mi universidad. —Khaled le sujetó de la nuca y profundizó más el beso. Probó su lengua y jadeó. Ella ahogó un grito y apretó con las manos el timón.

—¿Está metida en algo muy turbio? —Las manos del capitán se colaron por la camisa de Ruth y acariciaron suave su espalda. Ella se arqueó y gimoteó por el toque.

—No —alargó la respuesta con un gemido y cerró los ojos. Apretó más las manos y las uñas conocieron la madera del Finisterre—. No, ella estudió como doctora.

Los movimientos de la boca de Khaled se hicieron más intensos, largos. El ardor en los labios de Ruth lo acreditaba. Lo abrazó por el cuello y jadeó a la vez que él lo hizo. Khaled rozó

su erección por la entrepierna de Ruth sin darse cuenta, y la tensión aumentó.

—¿Cuál es su rol en todo esto?

—Solo debía proteger a Jared si algo salía mal y, como pasó, ese es su único trabajo.

No recibió el beso, por lo que se sintió desolada.

—¿Estás segura? —Khaled pasó con lentitud las manos por su estómago y subió debajo de la camisa muy despacio. Ella se contrajo y asintió con la cabeza—. No te escucho.

—¡Sí! —Los botones saltaron por los aires, los pechos de Ruth se mostraron frente al capitán y fueron los pezones los que recibieron los dos besos por las respuestas a las dos preguntas anteriores. Khaled apoyó la espalda de Ruth contra el timón y la estrechó por la cintura. Lamió y besó hasta escucharla gemir y sentir la dureza y sensibilidad de ambos pezones. Jadeó mirándola y se mordió el labio inferior.

—¿Por qué lo protege?

—Porque él es el único que sabe dónde está la pieza, el científico del que te hablé.

El capitán la atrajo hacia él, sosteniendo el borde de sus pantalones. Desató los botones, los bajó y, con ellos, dejó caer la ropa interior de Ruth. La observó desnuda por completo. La tensión que sentía Ruth, la obligó a cubrirse, pero la mirada ardiente de Khaled, entonces oscurecida por el deseo, la desnudó, y quitó las manos. Dejó que la viera. Comprobó así que era suya. El capitán gruñó y se abalanzó sobre ella. La besó con intensidad, deseo, necesidad. Sus lenguas danzaron juntas. Con las manos acarició su cuerpo hasta que se encontró con el océano que había formado entre sus piernas. No lo pensó cuando hundió los dedos y acarició todo el interior. Ruth dio un pequeño grito. Arañó con las uñas su espalda, pero las piernas le temblaron y cedieron al chantaje placentero de la mano de Khaled. Lo obedecieron y se abrieron dispuestas a su toque.

Jadeando, Khaled alejó la boca de la de Ruth, mas no detuvo su masturbación. La observó apoyada contra el timón, moviéndose y dando pequeños saltos a medida que él le arremetía con la mano.

—Dos preguntas más.

—Khaled... —Le rogó con la mirada. Con tanto placer no podía pensar y no quería responder, solo besarlo y que la hiciera suya de una vez por todas.

—¿Me mentiste cuando me hablaste sobre tu trabajo a bordo?

—¡No! —Tragó saliva—. No lo hice, mi trabajo es solamente vigilar y guiar que todo salga bien. Cumpló órdenes y debía..., debo ayudar a salvarnos.

La camisa de Khaled cayó al suelo. Al fin, Ruth sintió su piel pegada a la del capitán mientras la besaba y volvía a hundir los dedos en ella con fuerza y velocidad. El chapoteo se escuchaba por todo el lugar. La madera del Finisterre era testigo de la humedad que goteaba a su encuentro.

—¿Para quién trabajas? —Ruth se quedó en silencio, jadeaba, y de repente los dedos de Khaled se detuvieron. Arrugó la nariz con molestia y se movió ella en busca de alivio—. Contesta, cariño.

—Trabajaba para Jared, él quería tener el control del mundo primero y luego vender la patente a alguien más. Fue quién planeó la huida en el Finisterre.

—¿Crees que esto fue provocado a propósito por Jared para que no se hicieran con el control de la máquina?

—Sí, el quitó la pieza y armó el proyecto Finisterre a escondidas de su jefe.

—¿No sabes quién es? —Ruth negó con la cabeza.

—Creía que ese hombre quería la pieza para salvar la humanidad, pero creo que quiere todo lo contrario.

—Qué bien has contestado. —Una sonrisa ladeada se dibujó en el rostro del capitán. Solo con verlo, el cuerpo de Ruth se tensó. Los movimientos circulares de los dedos de Khaled volvieron a poseerla, pero esta vez, con la mano libre fregó su botón de la locura. Con la boca apesó sus labios y le lamió cada centímetro de su ser, como un brebaje afrodisíaco y único. Intentó sosegar la sed de ella, una que jamás podría saciar.

Ruth se deleitó y le entregó gemidos que callaba en la boca del capitán. Con las manos apretó sus brazos. Las uñas se clavaron, aunque solo lograron encender más el ambiente.

Cuando Ruth estalló, Khaled sonrió de costado. Lamió su lengua, la absorbió y dejó un reguero de saliva por la comisura de su boca. Bajó al cuello, la deleitó con exquisitos besos que le marcaron la piel.

Con un movimiento rápido, los pantalones del capitán cayeron. Junto a ellos, la ropa interior. Tomó a Ruth del trasero y la levantó. De una estocada la hizo suya. Abrió sus carnes, sintió su humedad, presionó con la punta el final de la cavidad. Ahogaron un grito sonoro que se volvió en un gemido acorde y sincronizado cuando volvieron a besarse.

Contra el timón, Ruth llevó la mirada al techo. Estaba perdida. La madera como cama, el cielo estrellado como único testigo, el mar balanceaba el momento y los acompañaba como un amante más.

El capitán la tumbó sobre los planos de navegación y envuelta por decorados náuticos, acarició la espalda del hombre que la estaba poseyendo. El placer se incrementaba y subía tanto como la marea atraída por la Luna. Los cristales se empañaron, sudaron a su son. Las horas corrieron como atletas, sin embargo, no había saciedad en ninguno de los dos. Para amarse, estaban rotos como el planeta. Sin un espacio o tiempo con el que poder contenerse. Se entregaron como nunca, tantas veces que cuando amaneció, el Sol les dio la bienvenida y lo observaron en el horizonte, sin dejar de moverse, sentirse y perderse en el éxtasis.

Capítulo 11

La estrella



El brillo de la estrella rebotaba en un edificio de colores negros con cristales que reflectaban la luz del mar como espejos. De interiores platinos y luminosos, tales como los de un hospital futurista. En los pasillos, un niño de aspecto enfermizo se asomaba y observaba el horizonte. En su mano sostenía una hoja en la que había dibujado a un pelirrojo con capa azul, parecido a un superhéroe. A quien esperaba todos los días.

La visión dio paso a un recuerdo que se coló en medio, sin que Jared le diera permiso. Admiraba la máquina que había construido. En su interior, y entre cristales reforzados, se observaba un agujero negro formado a la perfección. A pesar del éxito, su rostro permanecía serio. Guardó los papeles que importaban y miró sobre su hombro cuando varios hombres se reunían en la puerta. Sin que lo observaran, quitó una pieza esencial para el proyecto y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Lo tenía previsto, sabía que iba a pasar, y aunque el hombre encargado de su posible muerte era el mismo que había subvencionado la máquina, él era el científico y quién debía tener el poder, y el prestigio en cada uno de los periódicos mundiales. Por nada del mundo, iba a dejar que su nombre se borrara, aun si después quería vender la patente para ser lo más rico que un ser humano puede ser en el planeta.

Los aplausos del millonario le retumbaron en los oídos.

—Jared Decker, eres impresionante. —Caminó en su encuentro—. Sabía que serías capaz de hacer esto. Que podía dejarte el proyecto porque estaba en buenas manos. —Se fijó en el rostro del joven, deformado y con quemaduras que todavía no habían cicatrizado—. Veo que no ha sido tan fácil como pensábamos.

—Faltaba una pieza —informó Jared—. Por eso no funcionó ese día.

—Vaya, qué contrariedad.

—Sí.

—Bueno. —El hombre suspiró y retocó su corbata. Con joyas de oro vistosas en sus manos, le dio unas palmaditas en la espalda y le sonrió con falsedad—. Ahora comprenderás que deben encerrarte.

—¿Disculpa? —Jared miró tras su espalda. Allí estaban los agentes de la ley, con las esposas listas para arrestarlo—. ¿De qué se me acusa?

—Has creado un agujero negro, con fondos de la universidad, sin que el director lo supiera —alegó el hombre, el mismo director de la universidad y quien en realidad había tomado el dinero—. Además, la máquina es capaz de crear y destruir materia. Jugar con las leyes

espaciotemporales. Extorsionaste a tu profesora, a tu novia, llevaste a la muerte a su madre y arrastraste a tu mejor amigo para ayudarte con las fórmulas perfectas para crear esto. Eres un peligro para la humanidad, Jared. Debes ser rehabilitado.

Jared se quedó en silencio. Todo lo había hecho para que el proyecto saliera adelante. Aun si después del esfuerzo era el villano de la historia, jamás había sido un ladrón. No obstante, suspiró. Su mente maquiavélica lo tenía todo planeado. Apuntó las coordenadas que podrían salvarse de haber un fallo en la máquina. Todas apuntaban al mar y solo un buque en específico, pasaba más tiempo vagando por el océano. El Finisterre.

—Así que soy el villano —comentó Jared.

—Así es, lo serás para todo el mundo que pudiste destruir.

Una sonrisa terrorífica se dibujó en los labios del joven. Levantó los ojos verdes con lentitud y antes de que los policías tomaran sus manos y lo ataran, salió corriendo del despacho. Los gritos del hombre poderoso no lo detuvieron, tampoco las balas que sonaban a su espalda. La noche y los callejones estrechos de la ciudad lo escondieron hasta llegar al buque. El capitán bebía en un bar junto con sus tripulantes y celebraban un viaje exitoso, uno de tantos.

No era la primera vez que Jared se colaba en el buque. Había sido polizón durante una de las travesías. Nadie notó su presencia, aun así, fue suficiente para crear el proyecto Finisterre. Quizá la salvación para el momento en el que usaran la máquina sin la pieza que escondía entre los tablones de madera que decoraban la estancia del capitán.

Salió del buque sin ser visto, pero sí lo hallaron caminando por el puerto. Observó al director de la universidad, a sus escoltas, sin embargo, no se inmutó. Colocó las manos dentro de los bolsillos del pantalón y se quedó quieto. Era momento de que se lo llevaran.

—¿Qué has hecho? —gruñó el hombre con rabia, mientras le ponían las esposas a Jared—. Si estás tan tranquilo es por algo.

—Dijiste que soy un peligro para la humanidad. —Los ojos de Jared se abrieron, mostrando su lado más psicópata—. Lo voy a ser. ¡Porque no vas a tener la pieza que falta en tu puta vida, y programé la máquina para estallar en unos meses si se quitaba!

—¡¿Dónde la has dejado?! —se alteró el millonario. Golpeó con fuerza la cara de Jared y este empezó a reír a carcajadas—. ¡Llévenselo!

—¡Van a morir todos! —proclamó Jared—. ¡Y seré aquello por lo que me estás culpando, hijo de perra! ¡Lo que me pasó en el rostro será lo mínimo para lo que le ocurrirá a todo el planeta!

—¡Me encargaré de que todos en prisión te vean como lo que eres, un científico loco! —apuntó el hombre—. ¡Registren el lugar, hasta debajo del agua si es preciso! ¡Necesitamos la maldita pieza!

Las risas de Jared se intensificaron.

—Querías ser el hombre más poderoso de todo lo que exista, pero no lo serás si nada existe, ¿verdad? —apuntó Jared.

El hombre lo observó con los ojos inyectados en pánico antes de que subieran a Jared al furgón policial.

El recuerdo saltó a otro. Kayla permanecía de pie, al lado de la camilla de hierro en la que Jared estaba atado con grilletes imposibles de romper. Lo observaba sin ninguna especie de sentimientos en sus ojos claros.

—Esto es mejor de lo que creía —susurró la joven—. Al fin voy a poder vengar todo lo que me has hecho.

Kayla sostuvo una jeringa y la llenó de un fármaco que ella misma había creado. Tras ella, el director de la universidad la observaba y se regocijaba por su maldad.

—Recuerda no matarlo, hija —le advirtió—. Solo necesitamos que olvide y crea que es un simple recluso asesino, al que le queda poca vida en esta tierra.

—Kayla, no tienes por qué hacerlo —susurró Jared. Golpeado, débil, sucio. Se habían encargado de hacer de sus días un infierno—. Sé que mis actos no fueron buenos, pero tú no eres así.

—El día que tomé tu mano, me dijiste que fuera contigo a la locura. —Clavó la aguja en la vena de Jared. Él gruñó—. Ahora soy yo la dueña de ese caos.

—¿Es por venganza? —preguntó Jared. Tragó saliva al sentir el líquido correr por sus venas—. Si es por eso, te aseguro que te encantará saber que puedes matar dos pájaros de un tiro.

—¿Qué demonios dices? —La sonrisa de Jared se agrandó—. ¡¿Qué has hecho?!

—Sabía que ibas a joderme, así que metí a tu padre biológico en todo esto.

—¡¿Qué?!

—¿Quieres encontrar la pieza, cariño? —La rabia en Kayla y el hombre que la acompañaba, se notaba en el ambiente—. Encuéntralo a él y a su buque. Convéncelo de zarpar antes de que la maldita máquina colisione y, sobre todo, que Ruth vaya con vosotros. Ella trabaja para mí. Sin ella y sin mí, estamos todos muertos.

—¡Eres un hijo de puta! —bramó Kayla.

—¡Encuentren a Ruth Wilson, ahora! —ordenó el director, hablando por el móvil—. ¡No quiero que tenga nada de información, solo la quiero en mi despacho nada más la encuentren!

—¿Qué os vais a inventar para que trabaje con vosotros? —preguntó Jared, sin borrar la sonrisa.

—Sé que la explosión que tuviste con la máquina aumentó tus capacidades psíquicas, tú mismo lo comentaste. —Kayla siguió inoculando la fórmula con lenta precisión—. Tenías visiones de cosas que iban a pasar luego, sin embargo, ¿no es eso un efecto que puede provocar un trastorno neurológico?

—¿Qué quieres decir?

—Estás loco, Jared. —La sonrisa de Kayla al fin se mostró—. Vas a perder la memoria porque estás trastornado y ella va a colaborar, porque nosotros queremos salvar lo que tú destruirás.

Jared perdió la consciencia y sus recuerdos. Solo la voz de Ruth se escuchó entre sus ensoñaciones.

—¿No se puede hacer nada? —preguntaba la mujer con preocupación.

—Intentaremos reestablecer la máquina —le informó el director—. Pero si no funciona, solo nos salvaremos en altamar, los que seremos capaces de salvar la tierra.

Jared terminó despertándose con todos los recuerdos unidos, tras dejar la medicación que al fin sabía, estaba confeccionada con la primera inyección que Kayla había creado para adormecer su mente. A su lado, dormía la mujer con la que mutuamente se habían destruido. Suspiró hondo y observó los chupones pertenecientes a Danilo por partes del cuello de Kayla. Tomó el cuello de su camisa y estiró leve para observarlos bien. La joven se despertó por el movimiento y lo miró

con la boca entreabierta.

—Perdóname —susurró—. Debí decírtelo, pero estábamos ocupados rompiendo los dispositivos.

—No importa —confesó Jared—. Creo que nos hemos hecho suficiente daño como para echarnos cosas en cara, ahora. —La sorpresa y duda en la mirada de Kayla, fue resuelta pronto por Jared—. Sí, lo recordé todo.

—Jared, yo...

—Lo siento —se disculpó él primero—. El hombre que era, merecía mucho más de lo que le hiciste. Mucho más de lo que todos le hicieron. No hay excusas para el daño desmedido que te provoqué. Y, aun así... —Le acarició la mejilla y sonrió suave—. Siempre has estado para mí. Es tremendamente tóxico, pero romántico a la vez.

—También siento mucho lo que pasó —admitió la joven—. Después intenté defenderte, pero no había nada para poder redirigir la historia, y yo necesitaba venganza contra mi padre real.

—¿Y cómo lo llevas? —Kayla hizo una mueca ante la pregunta—. Khaled es un hombre bueno, cariñoso, atento contigo. Te adora, y ahora ya sabes que hubiera dado la vida por ti. ¿Es por eso por lo que ayer te revelaste contra tu jefe?

—Eli es parte de la familia de Khaled, actué mal con ella, por miedo. Además, el capitán se ganó con creces que cambiara de opinión.

—Lo quieres —aclaró Jared—. Y estoy feliz porque el odio se haya convertido en amor. Te toca ser feliz.

Ambos se abrazaron con cariño y juntaron sus labios, llenándose de besos sinceros e intensos que se alargaron por varios minutos.

—Me gusta más el nuevo Jared —confesó Kayla.

—Créeme que a mí también.

Sonrieron a la vez. La sonrisa se disipó cuando el barco se sacudió y un golpe crujió el interior con fuerza.

La colisión fue tanta, que, en medio del desayuno, el capitán desparramó el café sobre la barra de la cocina. Ruth y el capitán se observaron por un segundo y se levantaron para subir a cubierta lo más rápido posible. Jared y Kayla los acompañaron. Unos segundos más tarde, y pese la resaca, Saúl acompañó al capitán y se colocó en guardia tras el paisaje.

Una flota de barcos de gran envergadura rodeaba al Finisterre. Las velas ondeaban un símbolo que dibujaba los continentes extintos.

Un enorme submarino emergió de las profundidades y se colocó frente al buque. Los hombres a bordo de los barcos apuntaron a toda la tripulación del Finisterre. No había nadie sin una pistola que amenazara la integridad de los presentes.

La escotilla del submarino se abrió y la sorpresa fue máxima cuando observaron emerger a Danilo, sosteniendo a Eli del brazo.

Kayla gruñó con rabia. Los habían encontrado gracias a Danilo. De lo contrario, sin dispositivos de vigilancia, era casi imposible detectarlos entre todos los buques.

—¡Quisiste hacerme un pulsito, hija! —gritó el hombre—. ¡Estas son las consecuencias de tus actos!

—¿Hija? —preguntó Khaled. La mirada de padre e hija se unieron en busca de respuestas—. ¿Cómo que hija?

Kayla negó con la cabeza. Sus ojos repletos de lágrimas y el nudo en la garganta le impedían

hablar.

—¡Cuéntaselo, Kayla, o lo haré yo! —increpó el director.

—No, yo... —Kayla se trabó y apretó los labios entre sí. El capitán solo la observaba a ella, intentaba ignorar las palabras del hombre repleto de oro que estaba frente a él.

—¡Ella está aquí para destruirte, capitán, porque quien la crio, fui yo! —soltó el malvado hombre. Khaled derramó varias lágrimas de decepción, que destrozaron el corazón de su hija.

—¿Eso es cierto? —preguntó con la voz rota—. ¿Viniste para hacerme daño?

—Sí, pero...

—Yo creí que al fin tenía algo que me atara a esta vida. Una razón para vivir, Kayla. Dejar el alcohol, la depresión y quizá volver a tierra firme. Eras un motivo para empezar de cero.

—Papá, perdóname, yo...

—No —la interrumpió—. Sé que te hice daño, pero esto es demasiado, Kayla.

El director levantó la mano y apretó el gatillo hacia el capitán. Ruth lo empujó y ambos cayeron al suelo. La bala se perdió entre los tripulantes que se agolparon en el Finisterre.

—¡Quiero la pieza, ahora! —ordenó el hombre poderoso. Khaled, quién sabía toda la verdad gracias a Ruth, observó a Jared, y solo con la mirada se entendieron. El capitán se levantó del suelo y levantó la cabeza con orgullo.

—¡El Finisterre ha pasado por mil calamidades y nunca se hundió! —bramó—. ¡No lo hará ahora! —Se dio la vuelta hacia todos los tripulantes, incluyendo los soldados y los reclusos que seguían a bordo—. ¡Lucharemos por el Finisterre!

—¡Por el Finisterre! —gritaron a coro, incluyendo Jared, quien gritó con más fuerza junto con Saúl.

Los marineros se cargaron con arpones. A la señal de Saúl atacaron a los barcos de estribor y babor. Las lanzas volaron asertivas. Los tablones entre navíos los conectaron y, propios a una escena de piratas, pasaron de barco a barco para luchar con las manos desnudas, pero con el valor que solo el Finisterre obsequiaba.

Khaled observó al hombre y mostró una sonrisa retadora. El otro solo gruñó con rabia. Esperaba la rendición, no que unos marineros quisieran aceptar una guerra.

Kayla se retiró con disimulo, bajó a la bodega del Finisterre, cargó una mochila y se hundió en el mar. Emergió cerca del submarino y sin que el hombre encargado de la masacre se enterara, se coló en el coloso de hierro en el que se había salvado de la catástrofe.

Khaled y Jared abordaron el barco, saltaron desde la proa y llegaron al submarino. El primer golpe se lo llevó Danilo en el rostro, por parte de Jared. Éste fingió golpear a Jared, pero en realidad lo tomó de la camisa y señaló uno de los barcos cercanos. Eli cayó y se resbaló hasta quedar suspendida del submarino. Saúl dejó la lucha junto con los demás tripulantes y con una ceja partida, se lanzó de cabeza al mar para tomarla en brazos antes de que cayera de lleno al agua.

Las miradas entre Jared y Danilo seguían junto a los golpes, aunque Danilo solo esquivaba. Al fin, sostuvo la mano de Jared y en ella dejó una llave plateada. Volvió a mirar al barco y con un acercamiento rápido susurró.

—Mi hermano pequeño está preso —confesó el pelirrojo—. Lo hice por él. Sácalo, por favor.

Los ojos brillantes del pelirrojo guardaban su impotencia y su malestar por la situación. Jared comprendió lo que ocurría y fingió caer al agua por un mal golpe para dirigirse al navío que le señalaba Danilo.

Junto al malvado hombre, Danilo siguió fingiendo, pues había ordenes que, de desobedecer, matarían a la única familia que le quedaba.

Los tripulantes a bordo del Finisterre ganaban terreno y armas que quitaban a los enemigos. El capitán luchaba con braveza, a pesar de que su contrincante tenía nociones militares. Con un codazo en la espalda, Khaled cayó al suelo. Boca arriba soportó las patadas del hombre, hasta que el filo de un cuchillo se quedó a centímetros de su rostro. Khaled lo sostuvo. Los brazos le temblaban. Gruñó con rabia y con el cuerpo fracturado, magullado y sangrando, posó un pie, luego otro y se levantó acompañado de un grito de valor y voluntad que siguieron todos sus tripulantes para tener más ánimo y ganas de luchar por el buque y por la libertad de toda la humanidad.

Ruth se fijó en la dirección de los barcos. Frunció el ceño y, sabiendo las coordenadas que Jared le confió, tomó el timón del Finisterre. Con un suave movimiento, una luz reflejó el cristal del puesto de mando. Esta luz rebotó entre cada barco que lo rodeaba, formando una estrella brillante cuyo reflejo se extendía hasta el cielo y volvía para terminar en un edificio de paredes negras y cristales de espejo que perdieron la potencia, desenmascarando el interior como un centro de investigaciones secretas.

—Siempre han estado aquí, vigilándonos —susurró Ruth—. Jamás nos hemos movido del sitio.

El brillo cegó a todos, Khaled tuvo un momento de despiste para darle un cabezazo al director y clavó el filo en sus dos piernas para que no pudiera seguir atacándolo. Pues él no era un asesino. Kayla salió del submarino y tomó al capitán del brazo.

—¡Vámonos! —le pidió.

—¿Por qué?

—¡Confía en mí! —El capitán dudó, pero el llanto sin cesar de Kayla, le formó un nudo en la garganta—. Por favor, confía en mí, solo por esta vez.

Khaled suspiró y acompañó a su hija a bordo del Finisterre. Cuando la luz de la estrella se intensificó, el mar vibró, todo estaba colisionando en el mundo. El sismo sacudió los navíos y tumbó a cada hombre que había en ellos.

—¡Vuelvan al Finisterre! —ordenó el capitán, tras no saber lo que estaba sucediendo.

Mientras todo se volvía un caos, Jared llegó a las entrañas del barco en el que permanecía secuestrado el hermano pequeño de Danilo. Allí, encerrado en una celda oscura y maloliente, el niño esperaba sentado con el dibujo de su hermano entre las manos, para que llegara a rescatarlo.

—Hola, pequeño —lo saludó Jared—. Soy amigo de tu hermano y vamos a salir de aquí.

—¿Mi hermano está bien? —preguntó con voz melancólica—. Hace mucho que no lo veo y me dijo que vendría pronto.

—Está bien. —Jared abrió la puerta con la llave que le confió Danilo y tomó al pequeño en brazos. Cuando el sismo se hizo más grande, Jared palideció. Aumentó la rapidez de sus pasos. Solo él sabía lo que significaba ese temblor que formaba olas gigantescas a su paso.

Kayla observó con odio al hombre que la había criado. Mostró un artificio que llevaba en las manos con un botón de color rojizo. El hombre negó con la cabeza, pero ella estaba segura de hacerlo. Lo apretó y la dinamita que había preparado en el interior del submarino hizo el resto. Los barcos cercanos se vieron afectados por la explosión, el edificio sintió el impacto en los cristales que reventaron, y el Finisterre fue sacudido con fuerza. Los cristales del buque, las ventanas y el puesto de mando del capitán, se rompieron, pero al menos, aguantó como solía

hacerlo.

Jared llegó con el niño en brazos. Lo ayudaron a subir, pero el lamento de Danilo le ensordeció. Arrastrado por el agua y una herida prominente en el pecho a causa de la explosión, Danilo parecía y se quejaba completamente solo.

Jared suspiró hondo y pese los regaños de todos a bordo, lo tomó en brazos y lo llevó consigo al barco.

—¡Jared, nos traicionó! —se quejó Kayla.

—Tenía un motivo de peso —expuso Jared, tocando la cabeza del pequeño nuevo tripulante—. Lo extorsionaron usando a su hermano.

—¡Hermanito! —gritó el niño y entre felicidad y preocupación, se agachó con él y lo abrazó—. ¡Ya quería verte!

—Y yo a ti. —El llanto de Danilo mostró el verdadero sufrimiento que había sentido durante todo el viaje. Apretó con cariño a su hermano y se olvidó del dolor por un segundo, solo por ver que se encontraba a salvo.

—¡Tenemos que darnos prisa! —anunció Jared—. ¡De lo contrario, no podremos reestablecer el mundo jamás!

Capítulo 12

Otra vida



El tiempo apremiaba y se desbordaba como las olas que cubrían al Finisterre y lo llevaban a la deriva entre los barcos naufragados a su alrededor. Las casas, que inundadas mostraban el desolado final de la humanidad, se dejaban ver de vez en cuando con el sube y baja de la marea. El control del buque era imposible, incluso para el capitán. Este dejó al mando a Saúl, quien sostenía con una mano el timón y con la otra a Eli. Si era el final de sus días, sería juntos, como llevaban haciéndolo años.

Khaled siguió a Jared, acompañado por Kayla y Ruth. Cuando el científico se adentró en el camarote del capitán, comprendieron que el Finisterre ya no era un buque normal, era la misma máquina que los salvaría del infierno de aguas azules y cálidas.

Jared presionó un botón y una cúpula cubrió el pasillo, y el camarote. Los cristales se cerraron a presión, y del suelo emergió un clon del aparato que había estallado y borrado toda la tierra del planeta. Dibujó un patrón en una pantalla táctil y un compartimento al lado de la cama del capitán, dejó caer la pieza que buscaban con tanto ahínco.

Todos se quedaron anonadados, sin embargo, Jared resopló observando la pieza y la máquina.

—¿Desde cuándo está eso ahí? —se preguntó el capitán.

—Estuve a bordo del Finisterre por un mes —contó Jared—. Nadie supo de mi presencia aquí, pero fue suficiente para crear este plan de emergencia. Sin embargo, hay un problema.

—¿Cuál problema? —preguntó Ruth. Se abrazó del capitán con el corazón en un puño—. No quiero más sorpresas.

—Siento decepcionaros. —Jared les mostró la pieza. En ella había una pantalla en negro—. Este aparato funciona de dos maneras. Una de ellas es a control remoto. Al parecer, cuando el magnetismo del planeta se descompuso, también lo hizo esa opción. Solo queda la manual.

—¿Y eso que implica? —insistió el capitán.

—Alguien tiene que accionarla desde dentro de la cúpula —aclaró.

Kayla se quedó en silencio y el corazón le latió como nunca.

—¿Qué pasaría con la persona que accionara la máquina desde dentro? —preguntó la joven. Jared suspiró hondo y se señaló el rostro.

—Imagina esto a una escala mucho mayor. —Las palabras de Jared fueron demoledoras—. Quién lo haga, no va a poder ver la luz de nuevo. —Tras una breve pausa, Jared suspiró y mostró una suave sonrisa—. Sé que debo hacerlo yo.

—¡Ni se te ocurra! —se negó Kayla, a ese punto, llorando como nunca—. ¡No voy a dejar que lo hagas!

—Esto es culpa mía, Kayla. Debo arreglarlo yo.

—¡Pero tú has cambiado, Jared! ¡No mereces ese final!

—Si así salvo al planeta que destruí, quiero hacerlo.

Kayla negó con la cabeza y se abrazó ella misma para llorar con más pesar. El cuerpo le tembló y fue abrazada por Jared. Su padre los miraba con los ojos azules más cristalinos que nunca. Él era el capitán del barco, juró protegerlos a todos. Suspiró hondo y cerró los ojos por un momento. El Finisterre era su buque, ellos las personas que debía llevar al puerto sanas y salvas. Cuando abrió los ojos, ignoró las lágrimas de miedo que se habían colado en sus mejillas. Soltó a Ruth un momento y mientras Jared abrazaba a Kayla, le arrebató la pieza.

—¿Capitán? —preguntó el científico al sentir que le había quitado el objeto—. ¿Qué pretende?

—Es mi trabajo, en el Finisterre no vamos a buscar culpables —aclaró Khaled—. Hemos trabajado juntos para sobrevivir. Nos hemos redimido y, aunque todos hemos cometido actos de los que nos arrepentimos, es de humanos errar y también cambiar. No va a haber un juicio para nadie mientras yo sea el capitán y, del mismo modo, juré que si me hundía era con mi barco y que protegería a todos los tripulantes. Así sería desde que acepté ser capitán del Finisterre hasta el día en que me muera.

—Khaled —sollozó Ruth. La observó y ella negó con la cabeza. No esperó a que él se acercara para estrecharlo con fuerza y empezar a llorar. Kayla estaba en shock. De repente, la desesperación le nubló la vista, las lágrimas se hicieron presentes y las piernas le fallaron. Jared tuvo que sostenerla para que no cayera al suelo.

—Respeto todo lo que venga del capitán —apuntó Jared—. Puedo daros unas horas antes de que el mundo colisione para siempre. Por si quieres despedirte de alguien.

Khaled aceptó, mientras consentía a Ruth con caricias por la espalda y pequeños besos en la cabeza. Jared colocó la pieza y apuntó las horas exactas en un marcador que contabilizaba marcha atrás desde el segundo en que lo puso en marcha. Ya no había retorno y la decisión estaba tomada.

Kayla se encerró en su camerino, Jared permanecía en silencio en el pasillo, y Danilo se estremeció en la enfermería cuando se enteró por megafonía y bajo las palabras del mismo capitán, lo que iba a suceder.

Eli tuvo que acostarse en el suelo, pues la tensión le subió por las nubes al enterarse. El disgusto fue suficiente para enfermarla. Saúl no tenía palabras, pero en todos los años que había trabajado junto a Khaled, era la primera vez que veía llorar al marinero. Golpeó su espalda varias veces y le dedicó una sonrisa fingida.

—Saluda a Kat de mi parte —comentó Saúl—. Y no hagáis muchas fiestas sin mí.

—Lo tendré en cuenta —Khaled fingió una sonrisa y volvió a abrazarlo—. Recuerda no cagarla con Eli. La vida es demasiado efímera para dejar pasar los momentos únicos con una persona.

—Te aseguro que no la dejaré ir.

Khaled se agachó y también estrechó a Eli. Ella no encontraba consuelo, menos en los brazos del capitán.

—Eres como el hijo que nunca tuve —confesó la mujer entre lágrimas—. No me pidas que apoye tu decisión.

—No lo haré. —Khaled dejó un beso en su frente—. Te aseguro que el amor es mutuo.

Los ojos de Eli se empezaron a llenar de lágrimas. Pronto suplicó por la vida del capitán.

—¡No, por favor, no! —Lo abrazó fuerte y con el cuerpo temblando—. ¡Por favor!

—Ya está. —El capitán no pudo evitar llorar y la abrazó hasta que sintió que la mujer se obligó a calmarse.

Ruth escuchaba los llantos de todos a bordo. El mareo, la angustia y la tristeza, la impulsaron a estar en cubierta, apoyada con las manos al borde del barco y observando al horizonte que se teñía de rojo, y mostraba un sol incandescente, propio de una película de ciencia ficción. De cerca se observaba colosal, como si en cualquier momento fuera a estamparse con el planeta. Sin embargo, el calor solo se sentía en el agua que ardía y se evaporaba por segundos.

—Creo que este verano va a ser muy caluroso —comentó Khaled. Ella lo miró de reojo sin mostrar ni una sola sonrisa—. Era un chiste, las personas sonrían.

—Khaled...

—Quiero verte sonreír, ¿es mucho pedir?

—En esta situación, sí. —El capitán suspiró hondo y observó junto con ella el sol abrasador, antes de entregarle un sobre—. ¿Qué es esto?

—No sé, ábrelo. —Ruth lo obedeció. Del sobre sacó una carta escrita a mano por el capitán, donde escribía una sola pregunta: ¿Me acompañas al fin del mundo?

Ruth levantó la mirada y lo observó. Aunque fuera con pena, mostró esa sonrisa que Khaled quería ver desde un inicio.

—¿Me estás proponiendo una cita?

—Así es, y no creo que se la niegues al capitán. —Ruth suspiró hondo y aceptó con la cabeza. Con cariño se guardó el sobre con la nota y tragó saliva, ocultando con ella el pesar—. Nos vemos en el comedor en media hora.

—Ahí estaré, capitán.

Tras despedirse de ella, Khaled intentó hablar con su hija, aun así, pese las insistentes llamadas a la puerta, Kayla no respondió.

Ruth vestía de negro, con el pelo ondulado y unos tacones finos. Caminó hasta el encuentro del capitán y dio una vuelta de pasarela.

—Guau —fue lo único que expresó Khaled al verla.

—Supongo que eso es bueno.

—Estás bellísima.

Se abrazaron y desearon que el beso que se dieron fuera eterno, infinito como el amor que se profesaban. El Finisterre fue testigo de las sonrisas, las caricias, los abrazos y los juegos al tirarse trocitos de comida. Testigo de la complicidad, la conexión y la verdad que se hallaba en dos corazones destinados a encontrarse y estar juntos.

La canción de Lana del Rey *Yes to heaven* amenizó la velada gracias a Jared, que unió la radio con la que habían retrasmitido la caja negra del avión con un CD que guardaba el capitán.

El silencio en el Finisterre era abismal. Tripulantes, reclusos y fuerzas de seguridad, respetaban tantísimo al capitán, que solo pudieron darle su espacio y su momento único con Ruth.

Jared se sentó en el suelo de la cabina de mandos y observó la noche estrellada. Tan apacible que parecía extraño saber, que, al otro lado, el Sol brillara como un atardecer anunciando el final de todo lo que conocían.

Khaled sostuvo las manos de Ruth y las colocó en su cuello. Mientras la canción sonaba, la sostuvo por la cintura y se la susurró al oído. Cantó cada estrofa y se la dedicó. Ruth cerró los

ojos y lo abrazó con más fuerza que nunca. Varias lágrimas murieron en la camisa del capitán. Él no dejó de entonar. Cerró los ojos y aguantó el llanto. Al contrario, sonrió y la ternura afloró en sus ojos azulados. Sentir el amor de todos de esa forma tan intensa, era lo que un humano siempre desearía antes de partir. Ruth terminó cantando con él, con la voz rota, las lágrimas mojando su rostro, y una sonrisa que alegraba más el corazón del capitán.

Tras la cena, Ruth observó fijamente a Khaled. Ambos se miraron para recordarse por siempre. La mujer suspiró hondo y pasó sobre la mesa. En un juego candente, dejó caer los platos y llegó hasta él. Se sentó sobre sus piernas y lo besó de vuelta. El calor los inundó. Khaled la tomó en brazos, pasó las dos manos por su espalda levantándole la camisa y la recostó sobre la mesa.

No hubo impedimento ni nadie que los fuera a interrumpir. Volvieron a ser uno, con solo el Finisterre de testigo.

Era la hora. Khaled volvió a intentar contactar con su hija, sin embargo, Kayla no estaba preparada para ninguna despedida. Bajó la mano después de llamar varias veces y solo susurró un «te quiero» que se llevó el pasillo y lo hundió en las paredes del buque.

Como un recluso en un pasillo al final de su vida, Khaled recordó cada momento especial a bordo del buque. Los tripulantes lo ovacionaron y aplaudieron mientras caminaba. Danilo pudo levantarse para recibirlo a pesar de su dolor. Jared incluso se inclinó, mostrando su más sincero respeto. Saúl y Eli hicieron el esfuerzo de encontrarse allí, aun cuando sus corazones estaban rotos.

Ruth lo acompañaba del brazo, lo apretaba. No quería dejarlo marchar, aunque debía hacerlo. Cuando el capitán se alejó de ella, tuvo que encontrar el consuelo en los brazos de Eli.

—Id a cubierta —ordenó el capitán.

—No queremos dejarte solo, capi —insistió Saúl—. Contigo hasta el final.

—Necesito que os marchéis —pidió de vuelta—. Si veo todo lo que voy a perder, a cuánta gente dejaré, no voy a ser capaz.

El llanto en los presentes y en el propio capitán fue imposible de disimular, pero aceptaron. Con abrazos de cariño y un beso por parte de Ruth, se despidieron y dejaron a Khaled solo antes de entrar a la máquina.

Dejó la mano en la palanca y abrió la puerta.

—¡Espera! —La voz de Kayla detuvo sus pasos. El capitán se dio la vuelta y la observó desesperada, corría por el pasillo hasta llegar con él. Se lanzó a sus brazos y lo apretó con fuerza. La joven temblaba por el malestar y no era capaz de contener el llanto. El capitán la abrazó y la alzó un poco del suelo. Cerró los ojos y sintió el aroma de su hija. Ya podía irse en paz.

Kayla se alejó solo unos centímetros del capitán, lo observó a los ojos y sonrió con suavidad.

—Temía que no salieras de tu camarote —comentó él.

—Tenía que pedirte, que, si hay otra vida, me busques.

—¿Qué?

Kayla sacó una pistola y disparó a la pierna del capitán. Este cayó al suelo y se sostuvo la herida. No sangraba mucho, Kayla sabía dónde herir para no causar daños graves, aun así, le dio el tiempo suficiente para colarse en la máquina y cerrar la puerta. Una, que ya no iba a abrirse porque así estaba programada.

—¡Kayla! ¡¿Qué demonios haces?! —Se levantó del suelo e intentó abrir, pero la cuenta

atrás continuaba y la puerta ya no iba a ceder—. ¡Kayla!

—Sé que te traicioné...

—¡Estaba todo perdonado! —gritó el capitán. Golpeó el cristal—. Kayla, no tenías que hacer esto, soy tu padre. Podría perdonarte la mayor de las traiciones con tal de tenerte a mi lado.

Las manos de Kayla se posaron en el cristal. Khaled apoyó las suyas al frente, deseando tocarla, aunque sin poder hacerlo. Ella esbozó una suave sonrisa entre el llanto. Su padre no pudo. Apoyó la frente y el pesar lo inundó.

—Te dije que no hubiera podido tener un peor padre y mentí, papá. Khaled Turner es el mejor padre que he podido tener y odio el hecho de no haber podido pasar más tiempo contigo.

—No te despidas, por favor...

—Estoy orgullosa del hombre que eres, de llevar tu sangre, de ser tu hija. Si volviera a nacer, te volvería a elegir mil veces y elegiría el mar otras mil para vivir aventuras a tu lado. En esta vida no podré, te lo prometo en la siguiente.

—Hija, te quiero muchísimo. —Ambos acariciaron el cristal—. No debiste hacer esto.

—Te mereces ser feliz, estar con Ruth, tener más hijos. —El capitán negaba con la cabeza, envuelto en el pesar y las lágrimas que a penas lo dejaban ver—. Ahora dices que no, pero serás un muy buen padre. Cuida de Jared, por favor. También merece una segunda oportunidad.

—Te la mereces igual que nosotros.

—Por eso te he dicho que me busques en otra vida —insistió Kayla para quitarle hierro a la situación. Se dio la vuelta y observó el contador a escasos segundos—. Adiós, papá, gracias por formar parte de mi vida, aunque fuera poco tiempo.

—Kayla... —Observó cómo se separaba del cristal y sus manos se alejaban—. ¡Kayla! —De nuevo aporreó el cristal. Observó a Kayla agacharse frente a la máquina y mover la pieza hacia la dirección correcta—. ¡Kayla, no!

Kayla cerró los ojos, recordó su casa, el pueblo y toda la gente que allí habitaba. El mundo tal y como debería de estar. Imaginó a su padre feliz junto con Ruth, y sonrió. Aunque la mano le tembló un poco no dudó y apretó el botón.

Una luz cegó al capitán. El temblor del barco lo tumbó en el suelo y se cubrió el rostro. Duró un segundo. Muy poco para procesar tanto. Cuando el capitán volvió a abrir los ojos, la máquina no estaba. Ni los cristales que lo separaban de Kayla. Ella tampoco se encontraba allí. El dolor desgarró el pecho de Khaled y gritó con fuerza, sin embargo, fue callado por el sonido de la multitud. Se levantó del suelo y comprobó que no estaba herido. Se asomó por la ventana de su camarote y vio el puerto.

Los turistas se fotografiaban y jugaban en la playa. Las gaviotas revoloteaban y los peces se observaban debajo de las aguas cristalinas.

Cuando subió a cubierta, no había nadie. Aturdido, caminó hasta observar con claridad las casas, las calles, el tránsito. El Finisterre estaba como antes de zarpar. Acarició el buque y observó los cristales en perfecto estado.

Las risas de Saúl y Eli lo descolocaron. Como siempre, discutían y se reían a la vez. La sonrisa se les quitó al observar el desconcierto de Khaled.

—Capi, ¿qué pasa? Parece que has visto un fantasma —bromeó Saúl.

—¿Dónde están todos? —preguntó Khaled.

—¿Quiénes?

—Todos los demás, Saúl, ¿dónde están?

—Los tripulantes tienen el día libre, tú lo ordenaste.

—¿Yo? —Eli y Saúl se observaron entre ellos al escuchar al capitán y, con preocupación, volvieron la mirada hacia él—. ¿No recuerdan nada?

—Iré a hacerte un té —comentó la mujer—. Te ves alterado y extraño.

—¿Y Ruth? —insistió Khaled.

—¿Quién?

El capitán empezó a sentir una ansiedad y una necesidad que jamás había sentido. Una especie de nostalgia y pena por algo que tuvo y fue único, y que, de repente, parecía un extraño y realista sueño.

Bajó del buque y sus piernas corrieron hasta llegar a la universidad. Sin embargo, antes de cruzar de calle, la vio. Con sus mismos ojos, igual sonrisa, el mismo corte de pelo. Cargaba una mochila y esperaba por alguien. El capitán ignoró los vehículos que por poco lo pisan, llegó a su lado y sin pensarlo la abrazó. Kayla estaba viva.

—Hija, Dios santo, estás aquí. —Ella se quedó inmóvil. Se notaba confusa. Sin embargo, la confusión se disipó cuando una voz lo llamó.

—¿Khaled? —Él la soltó y se dio la vuelta.

—Kat —pronunció con dificultad. Kayla entendió entonces, quién era el hombre que la estaba estrechando—. Kat, tú, también estás aquí.

—Claro. —La mujer, extrañada, ladeó la cabeza—. Han pasado muchos años. —Sonrió y le presentó al hombre que la acompañaba—. Él es Ezequiel, mi marido.

—Encantado. —El hombre extendió la mano con una sonrisa amable—. Soy el panadero de la tienda del puerto, así que puedes venir cuando quieras. Seguro que te regalo algo para los viajes en altamar.

—Sería genial, los tripulantes siempre tienen mucho apetito —Khaled le estrechó la mano. Luego miró de nuevo a Kat—. Siento lo que te hice.

—Está olvidado, no te preocupes. —La mujer le sonrió.

Khaled, feliz, observó a su hija. La joven, lejos de mostrar rencor u odio, sonrió con amplitud y fue ella quien le devolvió el abrazo.

—¡Así que tú eres mi papá! —dijo con alegría—. Mamá me contó muchas cosas de ti, tenemos que ponernos al día.

—Desde luego... Dijiste que te encontrara, y esta vez no pienso perderte. —A pesar de la expresión de extrañeza de la joven, Khaled volvió a estrecharla con fuerza.

—¿Qué ocurre? —Esa nueva voz también era conocida por el capitán.

—Tardaste en salir, Jared —regañó Kayla.

—Quería terminar el trabajo. —El capitán lo observó con detenimiento. Su rostro no estaba desfigurado, pero sus ojos verdes seguían siendo los mismos, a diferencia de que no había atisbo de la maldad que en él rebosaba antes de subir al Finisterre.

—Mira, es mi padre —lo presentó Kayla—. Papá, él es Jared, mi novio.

—Encantado, señor —Emocionado, Khaled estrechó la mano que el joven le ofrecía—. ¿Está bien?

—Sí, es solo que, estoy emocionado —confesó. Luego borró la sonrisa y levantó un dedo en advertencia—. No se te ocurra inventar nada extraño, ¿me oyes?

—¿Qué? ¡No! —Jared miró con miedo a Kat.

—No le hagas caso, Jared. Khaled seguro que tragó agua del mar antes de venir —bromeó la mujer.

—¡Obviamente no! —El capitán se unió a las risas luego del reclamo.

—En realidad —añadió Jared—. Esta mañana me levanté mirando al mar y, sentí una necesidad de estudiar náutica. Creo que dejaré la física y todo lo relacionado a la ciencia.

—No sabía eso —se sorprendió Kayla—. Mi padre es capitán de un buque, te podría enseñar muchas cosas. Pero ¿estás seguro de eso?

—Sí, de hecho, aproveché el terminar las tareas para hablar con nuestra tutora e informarle de la situación.

—¿Y no te regañó? Ruth suele ser muy autoritaria. —Al escuchar el nombre, Khaled prestó más atención.

—De hecho, hoy se ve extraña —continuó Jared.

—Espera, ¿Ruth? —preguntó el capitán a su hija. Ella asintió—. ¿Me puedes decir cuál es su clase?

Ruth se encontraba absorta en sus pensamientos. Un nudo en el pecho no la dejaba avanzar. En un papel en blanco, dibujaba la silueta de un barco sobre un mar profundo pero hermoso. Debería estar corrigiendo exámenes, sin embargo, su mente y corazón se perdían en los bocetos que repetía sin cesar desde que se había despertado. Igual como la música que en sus oídos se repetía desde los auriculares. Escuchaba una y otra vez a Lana del Rey con la misma canción: *Yes to heaven*. Suspiró hondo y se quitó los auriculares. De pronto, sus ojos empezaron a empañarse y tuvo que mirar por la ventana para recuperar el aliento.

—Señorita Ruth —le habló Kayla al llegar. El corazón de Khaled latió desbocado cuando la mujer llevó la mirada hacia él. Creía que no volvería a verla—. Mi padre insistió en conocerla.

Khaled dio un paso al frente. Con nerviosismo, quiso saludarla con una mano mientras se apoyaba de un muñeco que había en la clase. Sin embargo, la calavera artificial no aguantaba tanto peso, por lo que pronto volcó. La sostuvo para que no cayera, pero la cabeza rebotó por el suelo hasta llegar frente a la mesa de la profesora. Ruth siguió el recorrido del objeto y escondió una sonrisa.

—¿Qué haces? —le susurró Kayla.

—Estoy nervioso, ¿vale?

—Simplemente suelta eso y compórtate normal —Kayla fingió una sonrisa cuando la profesora los volvió a mirar—. Yo mejor me retiro.

Cuando Kayla se marchó, Khaled la obedeció y soltó la figura que se quebró en el suelo.

—Juro que puedo pagarlo —aclaró.

—Así que usted es el padre biológico de Kayla. —Khaled asintió—. Son como dos gotas de agua, más por los ojos.

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Para qué quería conocerme?

—Bueno, la verdad es que yo... —Khaled se calló, no le salían las palabras, no sabía cómo explicarle que la amaba si para ella nunca se habían conocido—. Quería saber quién es la profesora de Kayla.

Ruth se quedó en silencio. Lo observaba con el mismo anhelo con el que él la miraba.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Ruth.

—Soy el capitán Khaled Turner, del buque Finisterre. —El silencio siguió entre los dos, así que, aunque le parecía un infierno vivir sin ella, Khaled decidió marcharse para que no lo viera como un acosador—. Bueno, supongo que tendrá cosas que hacer. Nos vemos.

Khaled se retiró. Ruth observó la puerta por unos segundos, con el nombre en su mente y el nudo en la garganta, que se extendía por segundos. Llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó el sobre que Khaled escribió y firmó estando en el Finisterre.

La profesora se levantó de la silla y corrió por los pasillos en su búsqueda, hasta que lo interceptó a la salida.

—¡Espera, espera! —le gritó.

—¿Qué ocurre?

—¿Me acompañas al fin del mundo? —Con solo esa pregunta, Khaled volvió a sentirse vivo. Sonrió con felicidad, mueca que siguió Ruth. Esta vez, fue él quien aceptó la propuesta. Ruth lo abrazó por el cuello y se puso de puntitas. Juntaron sus labios y se besaron sin espera ni pausa. Sabiendo que nada podría separarlos, ni siquiera la peor de las catástrofes.

Kayla ahogó un grito de sorpresa y emoción al verlos. Jared expresó la risa en su totalidad.

—Tu padre vino pegando fuerte, eh. —Kayla le dio golpe en el brazo—. ¡Ey!

—Será tu capitán, así que tenle respeto o te tirará por la borda.

—Soy muy capaz —añadió Khaled cuando, en compañía de Ruth se reunió con ellos.

—Papá, ¿nos enseñas el buque? —preguntó Kayla con entusiasmo.

—Estoy muy interesado en verlo —continuó Jared—. Hasta me siento extraño, como emocionado o nostálgico, no sé.

—Bueno, si tu madre te deja. —Khaled observó a Kat y ella asintió.

—Es mayor de edad y eres su padre —contestó la mujer—. Disfruten.

—Gracias. —Tras el agradecimiento de Khaled, la mujer se retiró junto con su marido.

En el camino, las manos del capitán y Ruth se unieron. Caminaron mientras Jared y Kayla hablaban sobre el mar, historias de piratas y aventuras inolvidables, aunque estuvieran en lo más profundo del subconsciente. Khaled observó el parque que quedaba a su lado. Allí, Danilo jugaba con su hermano pequeño. Felices y sonriendo como nunca.

El capitán llevó la mirada al frente y cuando el Finisterre se observó en el puerto, sintió el abrazo más cálido y fuerte de Ruth. Suspiró hondo y rozó el buque con una mano. Después de lo vivido, nada lo alejaría del mar y sabía que tampoco lo harían todos los implicados. Estaban atados por algo mágico que no rompía el olvido. Danilo y su hermano pequeño se detuvieron a observar el buque. Aunque los recuerdos fueran difusos, el Finisterre los llamaba tanto como al capitán, y siempre los uniría en una experiencia única.

En cubierta, Khaled y Ruth observaron el atardecer, acompañados por Saúl y Eli, quienes no tardaron en besarse. El capitán sonrió al verlos.

—Ya era hora —comentó con retintín.

—No presiones —se quejó Saúl.

Kayla observaba el interior del barco. Se detuvo en el camarote del capitán, donde estaba la máquina para regresar el planeta a su estado. Acarició la puerta y observó el suelo, donde se arrodilló antes de apretar el botón. Luego sonrió.

—Cumplió lo que le pedí —susurró para sí misma.

—Kayla, hay una puesta de sol preciosa —la llamó Jared—. ¿La vemos junto con los demás?

—Claro —Kayla le tomó la mano y lo acompañó.

Dicen que lo que la marea se lleva, no regresa jamás, pero ¿qué pasa si nunca se lo llevó?

Sobre el autor



Jana V. Moreno es una autora residente en Valencia, España. Nació el treinta de marzo del noventa y seis en un pueblo Valenciano llamado Benimodo.

Comenzó a escribir en Wattpad, una aplicación gratuita de escritura. Un año más tarde, dio el paso a la publicación de sus libros en Amazon.

Sus libros de género variado mezclan el misterio, el romance, la acción, el erotismo y el humor.

Su primera obra, publicada en 2018 titulada "El peón: el juego ha comenzado" es la primera entrega de una trilogía de ámbito fantástico y paranormal.

En 2020 publicó su obra "A dos pasos detrás de mí" una novela policiaca y a su vez, publicó "Por capricho de la vida" una comedia romántica LGBT.

En el 2021, inició con el proyecto de la saga "Los hermanos Marim", un thriller policiaco donde destaca la acción, el romance y el erotismo. La saga dio su final en el 2023 con los libros "Justicia", "Venganza" y "Libertad".

De la saga surgió una secuela de tres libros iniciada a finales del 2022 y principio del 2023, empezando por "La tentación del villano" y siguiendo con "La muerte del villano" y "la redención del villano". Las tres concluidas en el 2023.

En el 2022 fue galardonada con el premio Watty con su novela "¡Estás como una cabra!" Siendo una novela de comedia romántica que da voz a las personas con autismo.

En el 2023 terminó dos retellings de cuentos cortos y eróticos sobre Blancanieves y La Bella y la bestia llamadas "Las rosas del caníbal" y "Blanca no es". El último consiguiendo una gran notoriedad en Wattpad antes de su eliminación.

En el mismo 2023 también publicó "Finisterre" una novela postapocalíptica de misterio y romance en alta mar.

Junto a esa publicación se sumó "Anairam", una crítica a la contaminación ambiental, donde el erotismo y el amor es el punto fuerte junto a la ciencia ficción.

También inició varios libros más; dos de romance y erotismo "Retorcida seducción", "El camarógrafo" y una novela de ciencia ficción y fantasía junto a romance LGBT llamada "Éxodo".

Puedes seguirla y contactarla en sus redes sociales.

Instagram: janav.moreno

Facebook: Jana V Moreno Escritora

Wattpad: JanaVMoreno